

VOCES

en el Fénix



COMO EN TODAS LAS ESFERAS DE LA VIDA EN SOCIEDAD, LA PRÁCTICA DEPORTIVA NOS PRESENTA IMPORTANTES CONTRADICCIONES. VALORES COMO COMPAÑERISMO, SACRIFICIO, ESFUERZO Y RESPETO A LAS REGLAS ESTABLECIDAS SE CONTRAPONEN CON LA VIOLENCIA, EL MACHISMO, LA XENOFOBIA, LA DESIGUALDAD Y LA DISCRIMINACIÓN. EN TIEMPOS EN QUE SE INVISIBILIZA EL ROL DE LO COLECTIVO Y SE EXACERBA EL INDIVIDUALISMO, ES TAREA DE TODOS VOLVER A TEJER UNA RED SOCIAL QUE NOS INCLUYA Y CONTENGA, Y VUELVA A PONER AL DEPORTE EN EL LUGAR DE ARTICULADOR DE VALORES DE INCLUSIÓN Y DESARROLLO INTEGRAL DE LAS PERSONAS.

PELOTA DE TRAPO

sumario

n°58

setiembre

2016

editorial

SIGUE RODANDO

Martín Fernández Nandín



CAROLINA DUEK Deporte, emoción y televisión: un trío infalible **6** **JAVIER SZLIFMAN** Fútbol, violencia y medios de comunicación **14** **PABLO ARIEL SCHARAGRODSKY** En los deportes queda mucho “género” por cortar **22** **ALEJO LEVORATTI** Deporte, inclusión y política: interrogantes sobre una relación compleja **30** **EMMANUEL FERRETTY** ¿Ciudades maravillosas? Gajos, astillas y pinchaduras para cuestionarnos desde el deporte **36** **RODOLFO IULIANO** Deporte y clase social **42** **ALEJANDRO DAMIÁN RODRÍGUEZ** El gimnasio, el crossfit y el running aportan pistas para pensar un nuevo modo de individuación **50** **JULIA HANG** Sacrificio y deporte amateur. Una mirada socio-antropológica a partir de un estudio con un grupo de nadadores adultos **56** **JUAN BRANZ** Deportistas, machos y argentinos **64** **RODRIGO DASKAL** Hinchas militantes: fútbol, pasión y política en el Club Atlético River Plate **72** **FEDERICO CZESLI** y **DIEGO MURZI** “Promesas de crack”. Consideraciones sobre el proceso de formación de futbolistas profesionales **78** **VERÓNICA MOREIRA** Los sentidos del boxeo **86** **NEMESIA HIJÓS** Gente que corre, runners y fanatizados: un análisis etnográfico sobre la permeabilidad del mercado en un running team **92** **NICOLÁS CABRERA** Gramsci, Bebote y Bullrich. La papa que calienta y no quema **102** **MARCOS BUCCELLATO** y **JOSÉ GARRIGA ZUCAL** “El club de la pelea”. Reflexiones sobre la regulación de la violencia **110**

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Decano

Dr. César Humberto Alborno

Vicedecano

José Luis Franza

Secretario General

Walter Guillermo Berardo

Secretaria Académica

Dra. María Teresa Casparri

Secretario de Hacienda y Administración

Contadora Carolina Alessandro

Secretario de Investigación y Doctorado

Prof. Adrián Ramos

Secretario de Extensión Universitaria

Carlos Eduardo Jara

Secretario de Bienestar Estudiantil

Federico Saravia

Secretario de Graduados y Relaciones Institucionales

Catalino Nuñez

Secretario de Relaciones Académicas Internacionales

Humberto Luis Pérez Van Morlegan

Director Gral. de la Escuela de Estudios de Posgrado

Catalino Nuñez

Director Académico de la Escuela de Estudios de Posgrado

Ricardo José María Pahlen

Secretario de Innovación Tecnológica

Juan Daniel Piorun

Secretario de Transferencia de Gestión de Tecnologías

Omar Quiroga

CONSEJO DIRECTIVO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Claustro de Profesores

TITULARES

José Luis Franza
Juan Carlos Valentín Briano
Walter Fabián Carnota
Gerardo Fernando Beltramo
Luis Alberto Beccaria
Héctor Chyrikins
Andrés Ernesto Di Pelino
Pablo Cristóbal Rota

SUPLENTES

Domingo Macrini
Heriberto Horacio Fernández
Juan Carlos Aldo Propatto
Javier Ignacio García Fronti
Roberto Emilio Pasqualino
Sandra Alicia Barrios

Claustro de Graduados

TITULARES

Luis Alberto Cowes
Rubén Arena
Fernando Franchi
Daniel Roberto González

SUPLENTES

Juan Carlos Jaite
Álvaro Javier Iriarte

Claustro de Alumnos

TITULARES

Mariela Coletta
Juan Gabriel Leone
María Laura Fernández
Schwanek
Florencia Hadida

SUPLENTES

Jonathan Barros
Belén Cutulle
César Agüero
Guido Lapajufker

Voces en el Fénix es una publicación del Plan Fénix

ISSN 1853-8819
Registro de la propiedad intelectual en trámite.



Los artículos firmados expresan las opiniones de los autores y no reflejan necesariamente la opinión del Plan Fénix ni de la Universidad de Buenos Aires.

staff

COMITE EDITORIAL

Eduardo Basualdo
Aldo Ferrer
Oscar Oszlak
Fernando Porta
Alejandro Rofman
Federico Schuster

DIRECTOR

Abraham L. Gak

COORDINACIÓN TEMÁTICA

José Garriga Zucal
Verónica Moreira

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Martín Fernández
Nandín

PRODUCCIÓN

Paola Severino
Erica Sermukslis
Gaspar Herrero

CORRECCIÓN

Claudio M. Díaz

DISEÑO EDITORIAL

Mariana Martínez

DESARROLLO Y DISEÑO DEL SITIO

Leandro M. Rossotti
Carlos Pissaco

Córdoba 2122, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Teléfono 4370-6135. www.vocesenelfenix.com / voces@vocesenelfenix.com

SIGUE RODANDO

Si bien a primera vista pareciera que el lugar que ocupa hoy en día la práctica deportiva en una sociedad es marginal frente a problemáticas como el empleo, la salud o la seguridad, prestando la suficiente atención podremos observar que es una actividad esencial en la vida de las personas, y que juega un papel central en la conformación de las subjetividades contemporáneas.

El deporte, además de ser un excelente medio para mantener el cuerpo saludable, nos permite desarrollarnos, integrarnos, incorporar a nuestra cotidianeidad nociones y valores importantes como compañerismo, sacrificio, esfuerzo y el respeto por las reglas establecidas.

Visto en perspectiva, la vinculación entre deporte e inclusión es una relación históricamente situada, es decir que en cada momento histórico será diferente el rol que cumplirá el primero para atender distintas problemáticas sociales como las adicciones, la violencia y la deserción escolar.

Sin embargo, no todo lo que rodea al deporte es maravilloso. Detrás de la práctica deportiva se encuentran los mismos males que aquejan en otros ámbitos de la vida social: violencia, machismo, xenofobia, desigualdad, discriminación, son elementos que se encuentran desde un primer momento cuando uno toma al deporte como objeto de estudio.

Así, desde una perspectiva de clase podremos ver cómo las preferencias deportivas guardan una correspondencia profunda con el resto de las preferencias que forman parte de la vida de las personas, y desde una perspectiva de género podremos ver cómo a lo largo de la historia la heteronormatividad dominante fue moldeando los cuerpos y asociando distintos deportes con cada género, suprimiendo la multiplicidad de sexualidades y afianzando la sexualidad binaria y reproductiva.

Si hablamos de violencia, el ejemplo que se nos presenta casi de inmediato es el del fútbol y las barras bravas. En un país como el nuestro, caracterizado por multiplicidad de desigualdades, pertenecer a uno de estos grupos, que ejerce el control sobre determinados espacios y situaciones, es un capital simbólico para nada despreciable. Aunque las barras no son el único actor en este juego, donde varios son los que reparten las ganancias y pocos los que ponen el cuerpo cuando surgen complicaciones, el problema parece quedar circunscrito a estos grupos organizados.

Si complejizamos un poco más el análisis, podremos ver también que hay otras violencias que se juegan en el deporte rey. Por ejemplo, al momento de pensar el proceso de conformación de un futbolista profesional vemos que el camino hacia el objetivo deseado –ser un jugador de Primera– es en realidad una carrera por la supervivencia, donde cada chico que se acerca con la ilusión de convertirse en un jugador de fútbol termina relacionándose con sus compañeros como enemigos u obstáculos a superar para alcanzar su meta.

El otro gran problema, además de la violencia, es el interés económico que envuelve a la práctica deportiva. Desde negocios multimillonarios asociados a los derechos de televisación –los mundiales de fútbol y los Juegos Olímpicos son la expresión más acabada–, hasta la intromisión de las principales marcas de vestimenta o calzado deportivo que crean necesidades superfluas y buscan fidelizar a sus clientes, pasando por la especulación inmobiliaria o la privatización del espacio público.

Sobre este punto, alcanza con echar un vistazo a la enorme contradicción que se da en las principales ciudades de nuestro país y nuestra región, entre los espacios acondicionados para los megaeventos deportivos y la realidad que rodea a los mismos, o la desigualdad reinante al momento de acceder a los espacios donde practicar determinados deportes, y los requisitos a cumplir para poder practicarlos.

Frente a un escenario como el que describimos, el rol de los medios masivos de comunicación no puede ni debe pasar desapercibido. Atento a los intereses que representan, podrán hacer hincapié en determinadas cuestiones, ocultando otras aristas que chocan con los mismos. Por ello, en tiempos en que la ideología liberal invisibiliza el rol de lo colectivo, y exagera el individualismo a todo nivel, será tarea de todos volver a tejer una red social que nos incluya y contenga, y vuelva a poner al deporte en el lugar de articulador de valores de inclusión y desarrollo integral de las personas.

Mientras tanto, solo podemos decir que, en el medio del barro, la pelota sigue rodando.

MARTÍN FERNÁNDEZ NANDÍN

Secretario de Redacción





LOS JUEGOS OLÍMPICOS SON UN MEGAEVENTO GLOBAL, TELEVISIVO Y DEPORTIVO. EL TERRENO PERFECTO PARA EL DESPLIEGUE DE LA EMOCIÓN VINCULADA AL DEPORTE. EN ELLOS SE DA LA COEXISTENCIA ENTRE LA PROFESIONALIZACIÓN Y EL ESPÍRITU AMATEUR. NOSOTROS/AS, COMO ESPECTADORES EMOCIONADOS/AS, ACOMPAÑAMOS TODO DESDE NUESTRO SILLÓN, EL LUGAR EN EL MUNDO DESDE EL CUAL CONSTRUIMOS NUESTRO PUNTO DE VISTA.

DEPORTE, EMOCIÓN Y TELEVISIÓN: UN TRÍO INFALIBLE



por **CAROLINA DUEK**. *Investigadora Adjunta del CONICET. Docente de la Carrera de Ciencias de la Comunicación - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires*



El llanto

Es la final. Lo aclara el comentarista una y otra vez y nos pone en clima para lo que va a pasar. Entran dos chicas, dos yudocas, listas para luchar. Una tiene un *judogi* azul y la otra, uno blanco. *Judogi*, informan en la televisión, es el traje que se cierra con un *obi*, el cinturón. Lo que vemos es un enfrentamiento entre dos deportistas de elite que se disputan una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Río 2016.

La disciplina nos es lejana. Desconocemos todo: su reglamento, las expectativas y las formas de ganar. Pero es la final. Reunidos frente al televisor vemos cómo luchan la argentina Paula Pareto y la surcoreana Bokyeong Jeong. Una de ellas será la campeona, otra la subcampeona. Parece obvio, pero no lo es: lo que se disputa es la conquista de uno de los títulos más importantes para cada una de las disciplinas olímpicas. Conseguir una medalla ubica a los deportistas entre los tres mejores del mundo, pero ganar la dorada es entrar en la historia grande del deporte.

El relator hizo evidente sus dudas durante el relato: parece que fue una “sorpresa” que la surcoreana haya llegado a la final; pero qué difícil rival es; ya es importante el segundo puesto para “La Peque” (tal el apodo de Pareto vinculado con su 1,50 metro de estatura y sus 48 kilos de peso) y demás modalizaciones que anticipaban una derrota. Digna, pero derrota al fin.

Pegados al televisor miramos los casi ocho minutos de combate. Atentos, sin comprender si colgarse del cuello de la rival estaba permitido y, de serlo, si era algo “bueno”. Aprendimos que tocar

la cara de la rival con la mano se consideraba una falta, pero desconocíamos todo lo demás. ¿Cómo se gana en el yudo? Aun no lo sabemos. Lo que sí quedó clarísimo fue la forma en la que el relato de Gonzalo Bonadeo (periodista a cargo de la transmisión de TyC Sports en la Argentina) fue imprimiendo un tono, una expectativa a cada segmento del combate que muchos mirábamos sin entender. En el final, llegó incluso a “discutir” al aire con el director de cámara por una repetición que se superponía con sus instancias decisivas.

En el minuto seis con veinte segundos Pareto iba ganando por 10 puntos a cero. Al comentarista no le parecía suficiente para relajarse él, primero, y contribuir a que lo hiciera su audiencia, después.

Los últimos minutos fueron de máxima tensión: a muchos nos caían lágrimas de conmoción que se soltaron jubilosamente cuando Bonadeo gritó “Vamos Peque, carajo”. Vimos a Pareto llorar y correr a abrazar a Laura Martinel, su entrenadora, a quien se “subió” aupada como un bebé mientras Laura le decía: “Sos leyenda, sos leyenda”.

No importa cuántas veces hayamos visto esas imágenes ni cuántas hayamos oído los gritos del relator; tampoco hace falta entender ese deporte: las lágrimas caen y la emoción se despliega guiada a la perfección por la combinación entre imágenes y sonidos. Una sinfonía breve, aunque histórica, se construye frente a nuestros ojos. Lloramos sin entender. Lloramos porque todos los caminos nos llevan a la emoción.

Otra característica de los Juegos Olímpicos es la coexistencia entre la profesionalización y el espíritu amateur: todos los atletas (salvo algunas excepciones en Río 2016, como el seleccionado de básquet de Estados Unidos que estuvo en un crucero seis estrellas en la bahía de Río de Janeiro) viven en la misma Villa, los cuartos son todos idénticos, están decorados del mismo modo y comen menús similares en un espacio común: un enorme comedor principal que se llena de personas fibrosas dispuestas a ingerir las calorías que indican sus planes de entrenamiento y alimentación.

El sillón

Los Juegos Olímpicos son un megaevento global, televisivo y deportivo. Estas tres dimensiones se ordenan en diferentes órdenes. Por un lado, en la competencia entre selecciones de deportes de diferentes países del mundo. Esto supone la puesta en escena de desempeños deportivos de alto rendimiento (quienes llegan a esos niveles de competencia pasaron por múltiples instancias clasificatorias). Por otro lado, es un evento que se emite, durante casi tres semanas, de manera ininterrumpida por televisión. Los Juegos Olímpicos de 2016 fueron transmitidos en la Argentina por cinco canales durante las 24 horas: durante el día se transmitían los eventos deportivos en directo, por la noche los análisis y por la madrugada se compilaban las repeticiones de los momentos más importantes de la jornada. Sin pausas, pero con matices: variaban los comentaristas, las elecciones de algunas disciplinas cuando había simultaneidad, el *staff* seleccionado y los conocimientos que cada conjunto de cada canal ponía en escena como “valor agregado” a las imágenes que se emitían de manera global del mismo modo.

Las transmisiones nos convocan permanentemente a “sentirnos parte” de eso que ocurre lejos y que vemos mediante una pantalla. Y es en este punto donde ingresa un elemento clave en la ecuación: el sillón. El sillón es ese elemento central, irremplazable, insustituible que nos acompaña amablemente en todas las transmisiones deportivas. No importa la calidad sino el ángulo con el que nos permite mirar la pantalla. Desde el sillón (silla, banquito o lo que ocupe el lugar simbólico del sillón), construimos nuestro punto de vista.

Emilse Pizarro definió en el diario *La Nación* este vínculo durante los Juegos Olímpicos como “adrenalina de sillón” y “chupete de café”, dos construcciones que incluyen términos aparentemente contradictorios. La adrenalina nos aumenta el ritmo cardíaco, la presión, la glucosa en sangre, acelera nuestro metabolismo. La adrenalina de sillón pareciera una contradicción al igual que el chupete de café. En inglés, al chupete se lo llama *pacifier*, pacificador, término que no se emparenta para nada con la caféina que, al igual que la adrenalina, nos “acelera”. La definición de Pizarro es adecuada e ingeniosa: los Juegos Olímpicos nos convocan *hacia y desde el sillón*. Durante infinidad de horas vemos deportes que no entendemos, no seguimos y de los que no podríamos nombrar un jugador importante del mundo. No importa.

Durante los Juegos Olímpicos los espectadores nos convertimos en benévolos receptores de todo lo que se nos ofrezca: entrevistas “profundas”, notas desde la Villa Olímpica, información

sobre la alimentación de los atletas. Nos llenamos de hidratos de carbono, nos mal alimentamos para garantizar que, fuera del tiempo laboral y de las obligaciones familiares, nos alcance la transmisión de lo que sea que se esté emitiendo. Equitación, natación, halterofilia, tiro, handball. ¿Acaso hay un plan mejor para un lunes que ver la clasificación de equitación durante el horario de almuerzo en el trabajo? Muchos responderíamos que no, que los Juegos Olímpicos, por la distancia de cuatro años que hay entre uno y otro y por la excepcionalidad de los desempeños, convierten *todo* en interesante. Sabemos, claramente, que no todo nos convoca por igual, pero nos dejamos llevar por el yachting, del cual nada sabemos pero del que podemos deducir cómo va por el tono que le imprime el comentarista a cada una de las regatas que se transmiten. Y en ese dejarse llevar nuestro sillón es clave. Nos acoge, nos invita y nos captura. Y allí

nos quedamos, entre paquetes semivacíos de galletitas y mates fríos, mirando todo, gritándole al televisor por cualquier cosa que ocurra.

Desde nuestras casas somos parte de un conjunto global de personas que ve las mismas imágenes en el mismo momento que nosotros. Somos parte de un colectivo informe cuya máxima diferencia se encuentra en la pertenencia: los Juegos Olímpicos ponen en escena los colectivos (imaginarios) nacionales que compiten por la consagración. La búsqueda constante se ordena en torno del “orgullo nacional”, dice Pierre Bourdieu en un análisis de los Juegos Olímpicos a lo largo del tiempo. El orgullo de ganar, de ser fiel a una transmisión y a una selección: el orgullo de seguir lo que ocurre sin matices y siempre, sin excepción alguna, desde el sillón, ese espacio personal inexplicable desde el que ordenamos nuestra percepción.



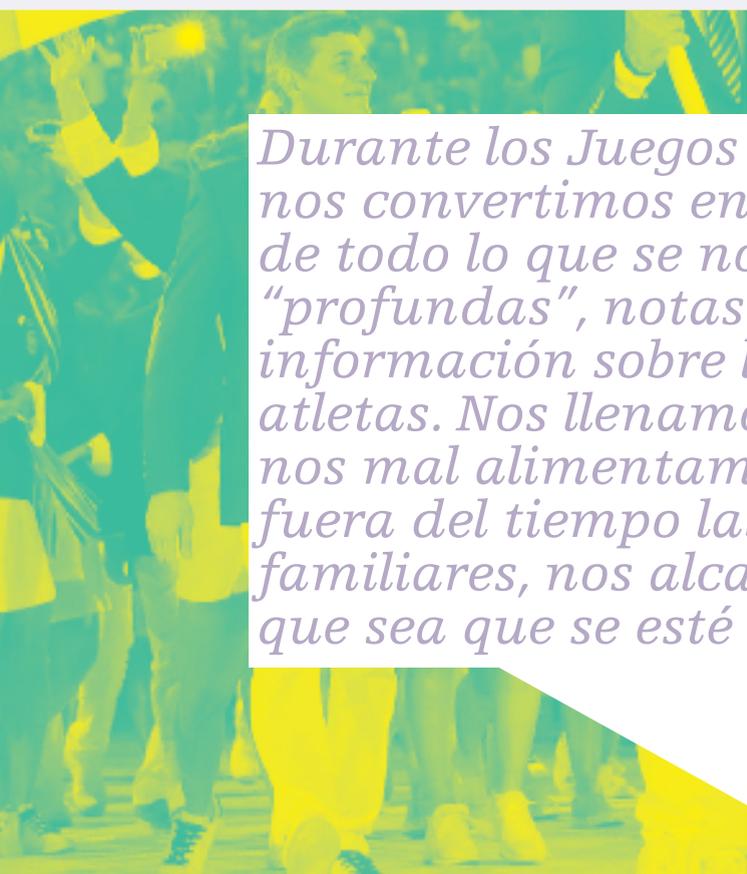
La exhibición

Los Juegos Olímpicos nos ofrecen imágenes y desempeños de calidad. Las investigaciones sobre televisión trabajan con la noción de representación: el modo en el que las imágenes y las narraciones se construyen en torno de entramados subjetivos, intencionalidad comunicativa y puntos de vista disímiles. No hay reflejo, repetimos en voz alta para quien nos quiera escuchar, todo es una representación. Recibimos contenido *desde* la mirada de una institución que transmite para nosotros. Ahora bien, ¿qué tienen de peculiar los Juegos Olímpicos en este sentido? Pablo Alabarces sostiene que no hay ficción en los desempeños: el atleta levantó o no la pesa. Podemos construir interpretaciones, explicaciones y miradas, pero lo que no podemos decir es que allí ocurrió algo que no vimos. La cámara puede estar de costado, puede jerarquizar una parte del desempeño individual

o grupal pero no puede mentirnos. Si fue gol, el anotador va a cambiar un número. Sin más trámite.

Otra característica de los Juegos Olímpicos es la coexistencia entre la profesionalización y el espíritu amateur: todos los atletas (salvo algunas excepciones en Río 2016, como el seleccionado de básquet de Estados Unidos que estuvo en un crucero seis estrellas en la bahía de Río de Janeiro) viven en la misma Villa, los cuartos son todos idénticos, están decorados del mismo modo y comen menús similares en un espacio común: un enorme comedor principal que se llena de personas fibrosas dispuestas a ingerir las calorías que indican sus planes de entrenamiento y alimentación.

Esta coexistencia es crucial para los espectadores: Emanuel Ginóbili, basquetbolista de la elite mundial, jugador de los San Antonio Spurs y estrella global, durmió en una cama de una pla-



Durante los Juegos Olímpicos los espectadores nos convertimos en benévolos receptores de todo lo que se nos ofrezca: entrevistas “profundas”, notas desde la Villa Olímpica, información sobre la alimentación de los atletas. Nos llenamos de hidratos de carbono, nos mal alimentamos para garantizar que, fuera del tiempo laboral y de las obligaciones familiares, nos alcance la transmisión de lo que sea que se esté emitiendo.



za durante las dos semanas de estadía en los Juegos. No importa qué lugar ocupan en el espacio extra-Juegos; el espíritu (falso pero potente como construcción narrativa) de la igualación se despliega con fuerza en la estructura y en los relatos.

La diferencia aparece en las *performances*: cuando tienen que “salir a la cancha” los desempeños son cruciales y ordenan el espectro del mérito, de la capacidad y del talento. La preparación previa, el acceso (o no) al financiamiento y patrocinadores, la existencia (o no) de equipos de trabajo que viajan con los atletas; todo eso sí aparece en los momentos clave. Hay que competir y es en esa conjunción de tiempo y espacio en la que todo el trabajo debe sintetizarse.

Es cierto que hay algunos resultados que están definidos casi de antemano. ¿Quién dudaba de los 100 metros libres de Usain Bolt? ¿O de Phelps en los 200 metros mariposa en natación? Pocos. Pero, ¿podríamos haber anticipado que Juan Martín Del Potro, después de todas sus lesiones y su casi retiro del circuito, iba a ganarle a Novak Djokovic, actual número uno del mundo, para obtener, luego, la medalla plateada? No, no había chances de nada con la llave que le había tocado en el sorteo. Y, sin embargo, lo vimos en el podio, llorando, con los pies destruidos y las manos ampolladas besando su medalla plateada. Emoción nuevamente, emoción olímpica y sorpresas que nos reconfortan como espectadores. Lloramos por el tenista, por su esfuerzo,

El sillón es ese elemento central, irremplazable, insustituible que nos acompaña amablemente en todas las transmisiones deportivas. No importa la calidad sino el ángulo con el que nos permite mirar la pantalla. Desde el sillón (silla, banquito o lo que ocupe el lugar simbólico del sillón), construimos nuestro punto de vista.

por la entrega “por la camiseta” y lloramos por nosotros mismos como espectadores que, mientras vemos eso, somos parte del conjunto de personas que se emocionan frente a las imágenes. Pero también lloramos (y agradecemos) por la realización de lo imprevisible: el secreto último del deporte.

No se puede fingir un desempeño. Todo lo demás se construye en un entramado complejo que ubica al espectador como recipiente compenetrado de un conjunto de colectivos sobre la pertenencia, el orgullo, la nación y la emoción. El mérito ordena las transmisiones, las “derrotas dignas” modalizan la angustia y los éxitos nos levantan del sillón de un salto. No se trata solo de ganar medallas sino de mejorar, de llegar a la meta y de no fallar.

Una de las escenas más conmovedoras y complejas de los Juegos de Río 2016 fue protagonizada por Fernanda Russo. Dieciséis años, oriunda de la provincia de Córdoba y la más joven de la delegación argentina. “Espero no haber defraudado, agradezco el apoyo y estoy conforme por tratarse de mi debut olímpico”, dijo al concluir su prueba de rifle de aire en la disciplina de tiro. La joven le cuenta a un cronista que extrañaba mucho a su madre en las etapas previas de preparación para la competencia. “No sé todavía el puesto porque hay chicas que no terminaron, pero calculo que andaré dentro de los treinta”, le dice a Gonzalo Bonadeo cuando él le pide que le explique a la audiencia qué

significan los 414,4 puntos que sumó. El periodista le dice: “En este momento estás 20”. La atleta, que nada sabía de su ranking por estar dando la nota, se sorprende y muestra una enorme sonrisa a la cámara. Bonadeo continúa dando precisiones sobre el puesto, la atleta se emociona, le pide que por favor le confirme lo que le está diciendo. “Me largo a llorar ya”, dice la adolescente. Dos minutos de tensión y ansiedad terminan cuando el periodista dice “Fernanda Russo, 20, quedaste 20, chiquita”. La atleta se tapa la boca, llora en silencio (y en primer plano), el periodista que tiene a su lado le dice “abrazate con tu mamá”. La madre la abraza y le pregunta qué ocurre. “20, mami, quedé 20”. Lloro Fernanda, llora su madre. Lloran por el puesto 20. Lloro la audiencia, explotan las redes sociales. Una chica de 16 años que no ganó nada conmueve a todos los espectadores.

La emoción nos convoca. El rendimiento deportivo es el anzuelo. El espíritu amateur es la promesa. Los Juegos Olímpicos son la exacta combinación de estos ingredientes. La televisión completa con relatos, información e historia. Nos puntúa la percepción. Por eso, deporte, televisión y emoción son un trío infalible y los Juegos Olímpicos son el terreno perfecto para su despliegue. Pero necesitan, para completarse de forma definitiva, que todos nosotros estemos frente a una pantalla (cualquiera sea) comiendo bizcochitos y tomando mates fríos. Desde el sillón, por supuesto.

por JAVIER SZLIFMAN. *Licenciado en Ciencias de la Comunicación (FSOC/UBA). Maestrando en Comunicación y Cultura (FSOC/UBA)*





EN EL FÚTBOL ARGENTINO ACTUAL LA VIOLENCIA ES UN CAPITAL SIMBÓLICO, QUE SE APLICA Y EJECUTA MEDIANTE UN CÁLCULO DE COSTOS Y BENEFICIOS. ANTE ESTOS HECHOS, LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN HACEN HINCAPIÉ EN LA RESPONSABILIDAD DE INDIVIDUOS AISLADOS, INADAPTADOS E IRRACIONALES. ES NECESARIO CORRER A LA VIOLENCIA DE ESE LUGAR DE LA IRRACIONALIDAD Y PENSARLA COMO EL ACCIONAR DE INDIVIDUOS Y GRUPOS PERFECTAMENTE ADAPTADOS AL ÁMBITO EN QUE SE MUEVEN. SOLO ASÍ PODREMOS SENTAR LAS BASES PARA CONTAR CON ESPECTÁCULOS DEPORTIVOS SEGUROS.

FÚTBOL, VIOLENCIA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

*¿La pasión? Hace rato que la pasión ya no va a la cancha porque la locura la echó a patadas.
Esta semana no puede quedar como una más en el calendario.*

Francisco Schiavo (*La Nación*, 15 de noviembre de 2014)

Los ocho días sucedidos entre el 6 y el 13 de noviembre de 2014 cargan con un triste récord para la historia del fútbol argentino. En ese tiempo, 7 hinchas perdieron la vida a raíz de lo que se conoce como “la violencia en el fútbol”: dos de ellos fallecieron por ataques entre hinchadas rivales (Javier Sánchez y Daniel Araujo, de San Telmo); tres fueron víctimas de enfrentamientos entre grupos de un mismo equipo (los llamados “El Petiso Ariel” y “Brutus”, de Ituzaingó, e Isaías Ruzak, de Almirante Brown) y dos murieron al caer de una tribuna (Luciano Adrián Jaime, de Belgrano de Córdoba, y Julio Choren, de Temperley).

La repetición y gravedad de los hechos dio lugar en los medios masivos a un volumen de crónicas y artículos de opinión poco frecuente, colocando al fenómeno con un despliegue permanente en la prensa. Tomaremos este período para analizar los discursos aparecidos en relación a los hechos mencionados en el diario *La Nación*, que por su importancia simbólica en la sociedad argentina constituye un actor relevante en la formación de ciertos sentidos asociados a la cuestión que abordamos. Consideramos trascendentes todas las muertes ocurridas en la historia del fútbol argentino (311 desde 1922), pero nos concentraremos en este corto período como punto de partida para reflexionar sobre la manera en que los medios masivos se vinculan con la temática.

Stella Martini y Lila Luchessi sostienen que los medios, a través de sus informaciones, construyen un sentido de sociedad y de poder. A través de la mirada subjetiva del periodista, el mundo “se vuelve a ver”. En este sentido, los medios de comunicación tienen un rol fundamental ya que muchas veces generan, sostienen e instalan consensos acerca de los lineamientos más importantes que surgen de las esferas de poder. Martini a su vez define a una noticia como “la construcción periodística de un acontecimiento cuya novedad, imprevisibilidad y efectos futuros sobre la sociedad lo ubican públicamente para su reconocimiento”. Agrega que, de esta forma, los periodistas no solo informan sino

que “construyen información” y así es como el periodismo incluye la “difusión y consolidación de imaginarios, símbolos, valores y tradiciones”. En tanto los medios de comunicación construyen y difunden el sentido social, junto a otras instituciones, avanzar en el análisis sobre ciertos términos relevantes a partir del discurso de la prensa probablemente ayude a entender ciertos estereotipos que circulan socialmente en torno a la práctica del fútbol profesional en la Argentina. En el caso de los hechos analizados, reaparecen con fuerza entonces una serie de actores que dan lugar a discursos y lugares comunes que explican en buena parte por qué los hechos se repiten, sin soluciones eficientes a la vista.



Los responsables

En los artículos analizados, las llamadas “barras bravas” se presentan como actores centrales en la cuestión de la violencia. Se trata de protagonistas consolidados en la prensa, presentados como incontrolables por su accionar mafioso y delictivo, apoyado por la complicidad de los directivos y la ineptitud de las fuerzas de seguridad. La capacidad de las barras de desarrollar sus prácticas violentas como herramienta de negocios y disputas de poder da lugar a situaciones poco frecuentes tiempo atrás, como el enfrentamiento entre miembros de una misma hinchada (el enfrentamiento entre fanáticos de Ituzaingó) o la disputa entre dos hinchadas rivales que no se enfrentaban en el campo de juego (los incidentes entre hinchas de San Telmo y Dock Sud, que terminaron con la muerte de dos fanáticos del primero).

Estos hechos muchas veces se enmarcan en los discursos periodísticos con términos asociados a la falta de racionalidad, enmarcados dentro de la “barbarie”, la locura o la “progresión incontrolable”. Se configura así un universo de términos asociados a estados presociales o categorías infrahumanas, al margen de la ley, no alcanzados por el proceso civilizatorio del Estado moderno. La descripción de los hechos sucedidos y las prácticas que se asocian a estos grupos en las mismas crónicas se contraponen con estos términos.

En su libro titulado *Haciendo amigos a las piñas*, el antropólogo José Garriga Zucal sostiene que los grupos de hinchas organizados “se destacan por la validez positiva que otorgan a las prácticas violentas”, a diferencia de otros actores del espectáculo que las repudian. El autor agrega que estas conductas violentas no pueden ser resumidas en una sola causa. “La masculinidad, las concepciones territoriales, los estilos juveniles, la búsqueda de reconocimiento y prestigio son algunos de los factores que pueden aparecer”, agrega el autor.

En su artículo “De violencia a ambientes de violencia”, Juan Manuel Sodo, doctor en Comunicación, afirma que “en la Argentina existen racionalidades y lógicas muy concretas, ancladas

en valoraciones relevantes para los actores, según las cuales las prácticas violentas en el contexto de la cultura futbolística no solamente son permitidas sino además consideradas legítimas”. Por lo tanto, términos como locura y barbarie parecen incluir las acciones de las barras en espacios carentes de cualquier tipo de lógica y razón, lo que suprime a la vez cualquier tipo de análisis y proyecto que avance en la construcción de acontecimientos deportivos seguros para los asistentes. O en todo caso, la solución posible para esta anomalía, según la lógica periodística, es aquella que propone prohibir a estos individuos en el espectáculo y hasta su encierro, con escaso avance en alguna reflexión que ponga en juego la cultura de la violencia presente en el es-



pectáculo futbolístico. Como bien escribe Pablo Alabarces en el trabajo de Garriga Zucal, en el fútbol argentino de estos tiempos la violencia dejó de ser una práctica esporádica en manos de bestias salvajes, “para pasar a ser un capital simbólico, una práctica que se aplica y ejecuta sabiamente, aunque parezca mentira, en un agudo cálculo de costos y beneficios”.

Esta lógica echa por tierra muchas de las iniciativas oficiales vigentes al momento de los hechos analizados, como la prohibición de la concurrencia de hinchas visitantes a los estadios o la disputa de encuentros en días y horarios incómodos para cualquier fanático que disponga de un empleo en días y horarios corrientes y desee concurrir a alentar a su equipo al estadio. Los trágicos incidentes entre fanáticos de Dock Sud y San Telmo ocurrieron en un día de semana por la tarde, en una jornada que ni siquiera enfrentaba en el césped a sus equipos.

A la vez, la presentación de las barras bravas con caracteres negativos, responsables centrales de la violencia en el espectáculo, determina la formación de un grupo antagónico, formado por individuos que siguen a su equipo guiados por la pasión, alejado de la violencia y de cualquier interés mercantil. “Javier no era un barrabrava, iba con sus hijos a la cancha”, afirmó su hermana Eugenia en *La Nación*, el 11 de noviembre de 2014.

Estas situaciones dan lugar a la presentación en la prensa de un panorama sombrío sobre el ambiente del fútbol, azotado por una violencia incontrolable. En este sentido, Claudio Cerviño afirmó: “Son como fugacidades dentro de un panorama sombrío, en el que se conjugan el despropósito, la intolerancia, el ridículo. Con un agravante: el recrudecimiento de la violencia. Por los intereses de siempre, y por la ausencia, también de siempre, de la determinación de erradicarla”. Los hechos demuestran que la violencia aparece en diferentes manifestaciones en el espectáculo futbolístico desde el nacimiento mismo del juego. Quizá lo que recrudece es el interés de los medios masivos por vincularse con esta faceta del espectáculo. Guiados frecuentemente por la llamada “exasperación de caso”, los medios periodísticos echan luz sobre estos hechos ante situaciones trágicas, retirando el foco cuando este tipo de prácticas no alcanzan semejante gravedad.

Alabarces agrega: “Ser miembro de una hinchada hoy no significa la pertenencia a un grupo de delincuentes inadaptados; por el contrario, significa la integración de un colectivo perfectamente adaptado a la degradación de una sociedad que ha deteriorado sus modos de integración social”. Esta concepción de los hinchas no se percibe en muchos de los discursos aparecidos en los medios, que frecuentemente repudian y condenan los hechos pero que muy pocas veces reflexionan sobre las condiciones que permiten que estas prácticas tengan lugar.

En los grupos de hinchas, las prácticas violentas son un capital simbólico que se aplica y ejecuta sabiamente, en un agudo cálculo de costos y beneficios. La destreza en la lucha otorga prestigio entre los pares, permite ascender internamente y es fuente de negocios. Seguir utilizando términos ligados a la falta de raciocinio, la adaptación o la locura va en la dirección contraria.

Los otros actores

La presentación en las crónicas de las barras bravas como responsables centrales de los trágicos sucesos también da lugar a la aparición de una serie de actores vinculados a la problemática de la violencia, ya sea como cómplices o responsables directos.

Un universo investido de caracteres negativos que por acción u omisión ve pasar los sucesos sin dar lugar a soluciones. “Porque la policía, en verdad, protege a los ajenos. Los dirigentes les tienen miedo a las barras bravas”, afirma Schiavo.

Tras la muerte de Luciano Adrián Jaime, al caer de una tribuna en Córdoba, Ariel Ruya escribió: “Tal vez sea, como afirman tantos, la ausencia del Estado. Acaso, como sugieren otros, la responsabilidad es del sistema”. La reflexión, habitual en este tipo de tragedias dentro y fuera del fútbol, encierra una estrategia de poner en cuestionamiento actores generales, que echan la responsabilidad en un todo, o al menos en un otro. En todo caso, con la necesaria tarea estatal de controlar las habilitaciones de los estadios deportivos a través de sus instrucciones pertinentes, lo que una vez más se oculta es la responsabilidad concreta de los propios clubes, organizadores del espectáculo, en garantizar estadios seguros y confortables para los asistentes. O de los propios funcionarios, encargados de supervisarlos y otorgar o no las habilitaciones correspondientes. La metáfora del sistema da lugar a una descripción de un todo infectado que no permite echar luz sobre las verdaderas causas que permiten que las tragedias tengan lugar.

A su vez, Sergio Berni, entonces viceministro de Seguridad, declaró: “No podemos parar el fútbol por tres o cuatro violentos”.

Estas declaraciones, más allá del análisis gubernamental de las causas de los hechos, no solo apuntan a deslindar las responsabilidades del aparato estatal, sino que intentan direccionar la responsabilidad total en un grupo concreto, devenido una anomalía que es necesario desterrar para contar con eventos deportivos seguros. Además, supone, como en otros discursos analizados, investir como responsable de los actos violentos, por acción u omisión, a un otro. Frecuentemente la violencia parece estar en otro sector. Esto es también palpable en los discursos asociados a la propia prensa, que en ningún caso se presenta como involucrada en la problemática, dejando de lado su responsabilidad en la construcción de imaginarios, símbolos, valores y tradiciones.

La gravedad de los hechos analizados en todo caso impone con fuerza la determinación de ciertas medidas concretas que puedan avanzar hacia el castigo de los responsables como medida inmediata y, como ya se dijo, hacia la concreción de eventos deportivos seguros, donde la violencia no sea una práctica legítima para muchos de sus actores. Pero en todo caso, cualquier medida que se presente como una solución inmediata a esta problemática esconde una falsedad en sí misma. La suposición de que solo con voluntad política y una firme determinación desaparecerán las prácticas violentas en los espectáculos va en el mismo sentido. La cultura de la violencia, legítima para muchos asistentes, supone la necesidad de planes integrales en distintos sentidos con efectos a largo plazo, que involucren a los distintos actores participantes, no solo a las barras bravas, la Justicia y la policía.

Conclusión

El período analizado expone buena parte de los diferentes factores que dan lugar a la aparición de la violencia en los espectáculos deportivos. Disputas internas de hinchadas dirimidas con armas de fuego, incidentes entre hinchadas rivales sin mediar más motivos que la pertenencia a bandos opuestos, estadios en malas condiciones que dan lugar a tragedias. La policía, habitual participante en este tipo de tragedias, no aparece esta vez como responsable directo.

El fútbol profesional en la Argentina se presenta ya como un espacio donde la violencia es considerada legítima para algunos de sus actores participantes. Estas prácticas no son ya responsabilidad de individuos aislados, inadaptados e irracionales. Se trata de individuos y grupos perfectamente adaptados al ámbito en que se mueven, donde ya la práctica violenta no es una anomalía ni un desvío, sino un factor trascendente, parte del paisaje cotidiano. Para muchos de los discursos aparecidos en la prensa, ellos invisten con sus caracteres a todo el mundo futbolístico.

La semana de noviembre de 2014 refleja como pocas veces que los incidentes en relación al fútbol argentino se han vuelto una práctica frecuente. “La cultura futbolística argentina se ha transformado en un espacio donde la violencia se vuelve un estilo, un modo de actuar, una forma de entender la vida y de marcar la relación con el mundo”, afirma Alabarces.

Entonces, del lado de los medios masivos, es importante correr definitivamente a la violencia del lugar de la irracionalidad. Como dijimos previamente, en los grupos de hinchas, las prácticas violentas son un capital simbólico que se aplica y ejecuta sabiamente, en un agudo cálculo de costos y beneficios. La destreza en la lucha otorga prestigio entre los pares, permite ascender internamente y es fuente de negocios. Seguir utilizando términos ligados a la falta de raciocinio, la adaptación o la locura va en la dirección contraria. Es importante también reflexionar sobre los motivos que hacen que los grupos de hinchas diriman sus conflictos internos a través de la violencia o por qué muchas veces esta tiene lugar sin que existan conflictos más que pertenecer a equipos diferentes.

El fútbol profesional en la Argentina se presenta ya como un espacio donde la violencia es considerada legítima para algunos de sus actores participantes. Estas prácticas no son ya responsabilidad de individuos aislados, inadaptados e irracionales. Se trata de individuos y grupos perfectamente adaptados al ámbito en que se mueven, donde ya la práctica violenta no es una anomalía ni un desvío, sino un factor trascendente, parte del paisaje cotidiano.



Al trabajar sobre la posibilidad de la aparición de la violencia, y de la cultura de la violencia presente en el espectáculo, también se daría lugar a nuevas propuestas que podrían contribuir a mejorar la situación actual, para salir de los lugares comunes que invitan a “encerrar estos delincuentes en la cárcel” o la repetida “voluntad política para terminar con este flagelo”, frases corrientes en el ámbito deportivo.

A la vez, el señalamiento de las barras bravas como responsables centrales de la violencia, junto a otros actores que las sostienen o fomentan, evita muchas veces avanzar en medidas que permitirían contar con espectáculos deportivos seguros. Una organización limpia y transparente, estadios confortables, fuerzas de seguridad preparadas, son factores que mejorarían ampliamente la situación actual, pero que muchas veces se dejan de lado en los análisis periodísticos, que hacen foco en “los violentos” como los únicos responsables.

Por eso, es necesario abandonar buena parte de los lugares comunes en relación con la problemática, para poder avanzar en

reflexiones más acabadas. No será suficiente solo con voluntad política. En todo caso, se trata de una comprensión integral del problema como punto de partida para una gestión eficiente. Por último, sería necesario que los medios masivos se asumieran como parte de la problemática, evitando señalar siempre a los diferentes actores como responsables y manteniéndose ellos al margen. Jean Grize plantea inicialmente que “el discurso es creación de sentido y construye para ello objetos de pensamiento a partir de la significación de los términos en los cuales sirve”. Los medios masivos de comunicación son actores centrales en la construcción y difusión de sentidos que circulan socialmente. En el caso del fútbol profesional, la prensa fue un actor central para el desarrollo de este deporte en la Argentina. Ambos sectores (el fútbol y la prensa) evolucionaron fuertemente en las primeras décadas del siglo XX y en muchos casos se valieron uno del otro para alcanzar a mayor cantidad de fanáticos y lectores/oyentes. Su importancia en esta industria cultural moderna que es el fútbol se mantiene hasta el día de hoy, también en la cuestión de la violencia.







EN LOS DEPORTES QUEDA MUCHO "GÉNERO" POR CORTAR

HISTÓRICAMENTE LA PRÁCTICA DEPORTIVA ESTUVO RELACIONADA CON UNA CIERTA FORMA DE REPRESENTAR LA DIFERENCIA SEXUAL Y CORPORAL, SUPRIMIENDO LA MULTIPLICIDAD DE SEXUALIDADES Y ECONOMÍAS DE DESEO EXISTENTES Y AFIANZANDO LA SEXUALIDAD BINARIA Y REPRODUCTIVA. A PESAR DE QUE EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS SE AMPLIÓ Y SE MODIFICÓ EN PARTE CIERTOS SENTIDOS PATRIARCALES, MUCHAS MUJERES DEPORTISTAS SIGUIERON SUFRIENDO CASOS DE DISCRIMINACIÓN Y SEGREGACIÓN SEXUAL. POR TODO ESTO, EN EL UNIVERSO DEPORTIVO QUEDA AÚN MUCHO GÉNERO POR CORTAR.

por PABLO ARIEL SCHARAGRODSKY. *Doctor en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes. Docente-investigador en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad Nacional de La Plata*

Los deportes, las gimnasias y demás propuestas de educación corporal modernas –que transmitieron sentidos modernos– se constituyeron durante el “largo siglo XIX” en algunas ciudades de Europa y, también, de Estados Unidos. Su emergencia estuvo, en gran parte, vinculada con la compleja expansión de la vida en algunas ciudades europeas; la imposición paulatina de nuevos códigos de moralidad y civilidad modernas (hábitos de disciplina, de autocontrol, de competencia, de progreso, etc.); la lucha desde ciertos sectores sociales contra los “excesos” y los “peligros” de la creciente vida urbana como el alcoholismo, el sedentarismo, la “degeneración”, el tabaquismo o los “vicios” sexuales; los incipientes cambios en los procesos de industrialización y sus consecuencias “no deseadas” en el *stock* físico de las naciones; la emergencia de los Estados nacionales y la contribución en la construcción de un “canon” físico y de un sentido de pertenencia a la “comunidad imaginada”; el surgimiento del Estado educador y su preocupación por la enseñanza de la cultura física; la necesidad de regenerar cuerpos y poblaciones; la producción de cuerpos sanos y aptos para el trabajo y la vida social; la inclusión jerárquica de los grupos subalternos en un nuevo orden corporal y sensorial; la lucha contra ciertas enfermedades y la promoción de un determinado estilo de vida higiénico y moralmente saludable. Estos y otros factores lentamente potenciaron la actividad física, los deportes y las demás propuestas de educación corporal ligadas a dicho universo.

Sin embargo, otras finalidades tanto o más importantes que las anteriormente citadas fueron construidas, difundidas y legitimadas por y a través de los deportes desde mediados del siglo XIX. Nos referimos a aquellas relacionadas con la definición de una cierta forma de (re)presentar la diferencia sexual y corporal. Los deportes modernos transmitieron, distribuyeron y pusieron en circulación –con las reapropiaciones propias de cada caso– una serie de conceptualizaciones desde y sobre los cuerpos produciendo su materialidad, sexualizándolos y generizándolos. América del Sur, y en particular la Argentina en formación, participaron activamente en el vasto y complejo proceso de globalización, circulación, intercambio, apropiación, imposición y resignificación de ciertas prácticas, saberes y discursos vinculados con la cultura deportiva que se produjo abiertamente entre algunos países europeos (Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia, Suiza, Italia, Portugal, España, etc.) y Estados Unidos,

intensificado en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX.

En este complejo proceso de difusión e intercambio internacional en el que circularon personas, saberes, discursos y prácticas, los distintos deportes lentamente introdujeron ciertas formas legítimas y deseables sobre cómo construir un determinado ideal ficcional corporal femenino –y también masculino– acompañado por usos adecuados, dignos y correctos sobre el deseo, el placer, la sensibilidad física, el erotismo, las emociones, la moral sexual o cierta estética corporal a la hora de moverse, ejercitarse, divertirse o practicar un deporte. En este contexto, dos son las preguntas que condensan el presente trabajo: ¿cómo los distintos deportes históricamente contribuyeron a configurar un cierto tipo de feminidad y no otra? ¿Cuáles han sido los tonos semánticos que se configuraron en y desde el universo deportivo en las últimas décadas?



Historias sobre ideales corporales femeninos dominantes y sus resistencias en los deportes

En una revisión panorámica y de ninguna manera exhaustiva, es posible señalar que los deportes practicados por las niñas y mujeres, más allá de ciertas negociaciones, fugas y resistencias, reforzó –desde finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX en la Argentina especialmente urbana– el proceso de construcción de los cuerpos femeninos a partir de varios núcleos conceptuales: la maternidad como uno de los fines centrales (ejercitar los cuerpos de las niñas para que en un futuro sean sanas y buenas madres de familia), reforzando la binariedad a través de la naturalización de tareas y actividades físicas (determinadas actividades físicas, gimnasias, juegos y deportes solo podían ser practicados por niñas y mujeres), instalando la belleza como un atributo solamente femenino ante la deseante y, en muchos casos, coercitiva mirada heterosexual masculina (las prácticas deportivas debían desarrollar la “natural” belleza femenina), jerarquizando ciertas partes o regiones corporales por sobre otras (privilegiando el abdomen, pelvis, diafragma, glúteos, senos, pantorrillas, etc.), naturalizando ciertas enfermedades en las niñas y mujeres (clorosis, histeria, dispepsia, agorafobia, dolores uterinos, etc.), cuestionando aquellas prácticas deportivas que según ciertos discursos podían generar graves perjuicios en la descendencia o, lo que era peor, desdibujaría su función sexual pudiendo virilizar a las niñas (cuestionando a la machona, varonera, copia ridícula del varón,

machorra, hombruna, viriloide, invertida, marimacho, feona, etc.) y esencializando cierta moralidad corporal supuestamente femenil (gracia, elegancia, moderación, recato, decoro, suavidad, coordinación y soltura en los movimientos).

Si bien hubo una diversidad de sentidos sobre las feminidades construidas a partir y desde la heterogénea cultura deportiva, producto de la compleja articulación entre el sector social, el grupo de pertenencia, la edad, el tipo de religión, la ideología, el capital cultural, la orientación sexual, la profesión, la biografía personal, la trayectoria, el territorio o la institución en donde se hayan vivenciado ciertas prácticas corporales, los discursos –y las prácticas– dominantes a la hora de pensar a los cuerpos femeninos en movimiento, con algunos matices y ciertas ambigüedades, mantuvo tonos claramente jerárquicos, binarios, duales, oposicionales, exclusivos y excluyentes.

Estos tonos, en el heterogéneo universo deportivo, se configuraron durante buena parte del siglo XX a partir de dos grandes lógicas sexualizadas y generizadas. Por un lado, a partir de la transmisión/imposición de una cierta economía de deseo posible como la única, correcta y verdadera. El régimen heteronormativo que circuló, atravesó y se transmitió en los recurrentes discursos, prácticas y saberes vinculados con la cultura física y los deportes, suprimió la multiplicidad de sexualidades y economías de deseo existentes y afianzó la sexualidad binaria, reproductiva y médico jurídica. De alguna manera, la heterosexualidad normativa modeló un perfil corporal, reguló com-

Los deportes modernos transmitieron, distribuyeron y pusieron en circulación –con las reapropiaciones propias de cada caso– una serie de conceptualizaciones desde y sobre los cuerpos produciendo su materialidad, sexualizándolos y generizándolos.



pulsivamente cierta economía de deseo, produjo una estética somática, fabricó ciertas reglas de etiqueta y vestido, imaginó una determinada proxemia, elaboró juegos de apariencia y de seducción sujetos a una dictadura androcéntrica de la belleza, semantizó y ponderó determinadas partes o franjas del cuerpo por encima de otras, gestionó ciertas formas de mirar, sentir y pensar, configuró un universo gestual específico, definió algunos estilos y patrones corporales que incluyeron formas de pararse, desplazarse o moverse y, en definitiva, contribuyó a la configuración de un cierto *ethos* sexual femenino deseable, posible y pensable. Por otro lado, y de la mano de la consolidación y naturalización del imperativo heterosexual, se fueron delineando las feminidades indeseables, inadecuadas, enfermas, desviadas, anormales, alteradas o defectuosas. Las mismas, como hemos mencionado, tuvieron en el campo de la cultura física y deportiva nombre y apellido: machona, varonera, marimacho, etc. Estos estigmas se articularon con otras dimensiones de la realidad social como la clase, la etnia, el color de piel, la orientación sexual, etc., complejizando los sentidos y las múltiples opresiones sobre los supuestos cuerpos femeninos abyectos. Todo ello avaló la fabricación de la lógica de la mismidad: las “otras” en la “cultura física” y en los deportes. Estas últimas, estuvieron representadas por niñas y mujeres con cualidades, siluetas, características, propiedades, ideologías y funciones que no se asociaban imaginariamente –y arbitrariamente– con lo que significaba desde el discurso dominante ser una “verdadera” niña o mujer durante una práctica gímnica, lúdica o deportiva.

Algunos actores sociales cuestionaron durante la primera mitad del siglo XX, en parte, dicho régimen corporal femenino y ofrecieron algunos sentidos alternativos, aunque no contrahegemónicos, al proyecto corporal/deportivo femenino moderno domi-

nante. Por ejemplo, agentes y actores sociales vinculados con movimientos políticos a principios del siglo XX, emparentados con los diferentes feminismos, estimularon la actividad física y deportiva femenina, pero con fines de independencia social y de autonomía personal, los/as socialistas estimularon la actividad física femenina a los sectores populares y subalternos con fines emancipatorios, pacifistas, solidarios y más justos, y los/as anarquistas estimularon la actividad física femenina más allá de la oferta tradicional, y con fines de independencia personal y de autonomía individual. Pequeños cambios y resignificaciones a nivel global y local producto de ciertas mejoras en las condiciones materiales de vida de algunos sectores sociales urbanos; de nuevas formas de entretenimiento y ocio; del crecimiento de la cultura urbana; del significativo desarrollo de los clubes deportivos; del mayor consumo deportivo de parte de ciertos sectores femeninos; de la emergencia de nuevas sensibilidades referidas a los cuerpos, las moralidades, las estéticas y las sexualidades; del crecimiento lento pero sostenido del sistema educativo argentino a partir de los años '20 y en los años '40 durante el peronismo –donde se amplió la participación deportiva femenina–, comenzaron en parte y muy lentamente a erosionar el ideal tradicional femenino más conservador.

Sin embargo, recién en los años '60 y especialmente en los '70 ciertos grupos de mujeres lucharon no solo por el acceso a la práctica de ciertas actividades físicas y deportivas antes vedadas o cuasiprohibidas, sino que cuestionaron los sentidos patriarcales y sexistas de muchas de ellas. Lentamente, con la apertura de la democracia –a principios de los '80–, la Argentina no solo construyó un nuevo orden político, sino también –aunque lentamente– un nuevo orden sexual más democrático y con una mayor participación de grupos colectivos de mujeres.

A pesar de haberse ampliado, y en parte modificado ciertos sentidos patriarcales vinculados con el universo deportivo, en las últimas dos décadas muchísimas mujeres deportistas sufrieron casos "decimonónicos" de discriminación y segregación sexual.

Actualidades sobre ideales corporales femeninos dominantes y sus erosiones, cuestionamientos y fugas en los deportes

El orden sexuado y generizado comenzó a erosionarse y a ser más cuestionado –y visibilizado– en la Argentina en las últimas tres o cuatro décadas del siglo XX, potenciado, fundamentalmente, por la segunda y tercera ola del feminismo y otros movimientos libertarios emparentados con la teoría social crítica, los movimientos decoloniales, la teoría crítica y poscrítica de la educación y la producción *queer*. Producto de nuevos actores, imaginarios, órdenes simbólicos y de un clima de época, se inició un lento proceso de crítica y lucha contra el orden patriarcal en el ámbito jurídico-político que, especialmente en las últimas dos décadas, planteó una serie de legislaciones y políticas so-

bre las sexualidades y las identidades generizadas hasta esos momentos no propuestas o poco mencionadas o visibilizadas. Tanto en la Argentina como en varios países latinoamericanos y europeos se destacaron diversos actores sociales en la producción de un *corpus* legislativo amplio que contempló la educación sexual integral, la salud reproductiva, el derecho a la identidad de género y el matrimonio igualitario, instalando nuevas semánticas sobre cómo presentar y problematizar las diferencias sexuales. Esta importante cantidad de leyes y disposiciones dirigidas a la regulación de la vida cotidiana atravesó e influyó también el campo de las actividades físicas y deportivas con el fin de ampliar los derechos de aquellos/as que históricamente habían sido políticamente silenciados, excluidos, cuestionados u omitidos.

Sin embargo, entre las disposiciones legales y las prácticas deportivas efectivas hubo y sigue habiendo tensiones, hiatos y conflictos significativos. A pesar de haberse ampliado, y en parte modificado ciertos sentidos patriarcales vinculados con el universo deportivo, en las últimas dos décadas muchísimas mujeres deportistas sufrieron casos "decimonónicos" de discriminación y segregación sexual. Por ejemplo, una tiradora en 1996 no fue premiada por ser mujer a pesar de haber ganado el torneo (a muchos varones); en el 2003 una deportista no pudo practicar ciertas pruebas vinculadas con la pesca por el hecho de ser mujer; igual lógica se produjo en otros deportes como el básquetbol o el rugby. Asimismo, ha habido en las últimas décadas asociaciones y federaciones deportivas que legitimaron un trato desigual y minoritario en la conducción de dichas organizaciones y, por ejemplo, en lo relativo a viáticos por participación en torneos, un menor estipendio a las mujeres con relación a los varones. No obstante ello, en la mayoría de los casos, a diferencia

El régimen heteronormativo que circuló, atravesó y se transmitió en los recurrentes discursos, prácticas y saberes vinculados con la cultura física y los deportes, suprimió la multiplicidad de sexualidades y economías de deseo existentes y afianzó la sexualidad binaria, reproductiva y médico-jurídica

de las primeras cinco o seis décadas del siglo XX, alguna agencia o espacio del Estado (el Poder Judicial, el Inadi, el Ministerio de Educación, etc.) cuestionó la discriminación y resolvió jurídicamente a favor de las discriminadas. Este cambio incluyó a otros colectivos sexuales. Por ejemplo, en los últimos años varias jugadoras de hockey transexuales, que obligadas tuvieron que dejar de competir por casos de discriminación institucional, fueron reincorporadas a través de medidas judiciales. Con respecto a la participación y a los logros en ciertos eventos como los Juegos Olímpicos o determinados torneos internacionales, las mujeres, si bien desde el retorno de la democracia han equiparado en parte el acceso con respecto a los varones, su “real” participación y los “logros” deportivos siguen siendo claramente desiguales. De hecho, los medios de comunicación masivos como la televisión y la prensa a la hora de cubrir los Juegos Olímpicos o ciertos eventos deportivos mantienen, salvo excepciones, un lenguaje sexista y estereotipado.

En este heterogéneo escenario, la Encuesta Nacional de Actividad Física y Deportiva que se realizó hace unos pocos años a través de la Secretaria de Deporte, conjuntamente con el Ministerio de Salud de la Nación, muestra ciertas lógicas de desigualdad que persisten a la hora de moverse o practicar un deporte.





Por ejemplo, entre las conclusiones se menciona que la práctica de actividades físicas y/o deportivas aumenta en ambos sexos a medida que se eleva el nivel socioeconómico. Sin embargo se observan diferencias entre varones y mujeres cercanas al 10% en favor de los varones en todos niveles. Asimismo, un 40% de las mujeres sostienen no haber realizado actividad a lo largo de su vida. Situación que se incrementa en las mujeres mayores de 50 años. En cambio, el 80% de los varones manifiestan haber realizado actividad física alguna vez en su vida. Ese índice desciende en los mayores de 66 años. Por otra parte, las actividades a las que las mujeres atribuyen más importancia son caminar (52%) y hacer gimnasia (26%). Es muy bajo el índice de actividad deportiva. En cambio, las actividades a las que los varones atribuyen más importancia son la práctica de fútbol (34%), caminar (26%) y hacer gimnasia (11,3%). De igual manera, en las mujeres predominan como lugares de práctica el espacio público y el gimnasio. En cambio, en los varones predomina como lugar de práctica el espacio público, seguido por el club. Por último, en el caso de las mujeres predominan como motivos de práctica las razones de salud (45,8%), por gusto o diversión (30,3%) y por razones estéticas (14%). En cambio, la principal motivación en los varones es el gusto o la diversión (55,3%), que disminuye a partir de los 35 años y las razones de salud (29,4%), que se incrementan a partir de los 50 años, correlativo con el marcado aumento de la caminata. Un dato es positivamente significativo según la encuesta nacional: las mujeres que realizan actividad presentan una mayor frecuencia de práctica, mostrando una tendencia superior al hábito. Un 67% de ellas lo hace tres o más veces por semana. En cambio, los varones realizan actividades físicas y deportivas con menores índices de frecuencia que las mujeres ya que el 20% lo hace tres veces por semana y el 30% más de tres veces.

En este complejo y variado contexto, y si bien en las últimas décadas el escenario deportivo –no exento de contradicciones y ambivalencias– estuvo atravesado por cambios vinculados con la búsqueda de mayor igualdad, equidad, respeto a las diferencias y ampliación de derechos, no cabe duda de que en la actualidad, en el heterogéneo universo deportivo, aún queda mucho “género” por cortar.



LA VINCULACIÓN ENTRE DEPORTE E INCLUSIÓN ES UNA RELACIÓN HISTÓRICAMENTE SITUADA. A CADA MOMENTO HISTÓRICO-POLÍTICO LE CORRESPONDE UNA LECTURA Y SU CONSECUENTE CRISTALIZACIÓN EN POLÍTICAS PÚBLICAS. ASÍ, LAS POSIBILIDADES QUE TIENE EL DEPORTE PARA ATENDER DISTINTAS PROBLEMÁTICAS SOCIALES COMO LAS ADICCIONES, LA VIOLENCIA, LA DESERCIÓN ESCOLAR, DEPENDERÁN DE LA LÍNEA QUE LE IMPRIMA CADA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO. EN UN MOMENTO DE CAMBIOS COMPLEJOS, LA INCERTIDUMBRE EN EL ÁREA ES CADA VEZ MAYOR.

DEPORTE, INCLUSIÓN Y POLÍTICA: INTERROGANTES SOBRE UNA RELACIÓN COMPLEJA



por **ALEJO LEVORATTI**. Profesor y Licenciado en Educación Física por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Magíster en Antropología Social, IDES-IDAES/ Universidad Nacional de General San Martín (UNSAM). Estudiante del Doctorado con mención en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Docente - Investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata

Regularmente se suele escuchar hablar a políticos, funcionarios, representantes de ONG, periodistas, sobre las posibilidades que tendría el deporte para atender a distintas problemáticas sociales como las adicciones, la violencia, la deserción escolar, por solo nombrar algunas.

Regularmente se suele escuchar hablar a políticos, funcionarios, representantes de ONG, periodistas, sobre las posibilidades que tendría el deporte para atender distintas problemáticas sociales como las adicciones, la violencia, la deserción escolar, por solo nombrar algunas, identificándose en el caso argentino a partir del año 2007 como una de sus principales potencialidades el logro de la inclusión. Esta ligación entre el deporte y la atención de diferentes tópicos sociales donde priman los rasgos moralizantes de estas prácticas son promovidas por distintos organismos internacionales como las Naciones Unidas, la UNESCO, el Comité Olímpico, organismos regionales como la OEA, en el caso argentino el Estado nacional y los provinciales.

Retomando estos lineamientos encontramos alrededor del mundo un sinnúmero de experiencias implementadas por distintas agencias estatales, organismos internacionales, organismos de crédito, organizaciones no gubernamentales, enfocadas en esa dirección bajo distintos lemas: deporte para todos, deporte para el desarrollo, deporte social, deporte por la paz. En estas experiencias se exacerban determinadas características del deporte que lo posicionan como una práctica que posibilita la adquisición de determinados “valores sociales” como la solidaridad, el respeto, el compañerismo, la lealtad, la honestidad, la amistad. Al mismo tiempo, se coloca el foco en la desigual posibilidad de acceso a las prácticas deportivas de la población a partir de contemplar las diferencias, concibiendo como un derecho sin distinción de género, edad, condición física, social, cultural o

étnica. En las construcciones de estas narrativas sobre el deporte y su vinculación con la inclusión se utilizan las figuras de deportistas consagrados como máximos exponentes de dichos valores. Ingresando a los elementos que singularizarían estas prácticas se destaca como uno de los rasgos centrales de ellas su universalidad, dada principalmente por su código reglamentario y el carácter competitivo, presentándose utópicamente la premisa de la igualdad entre los participantes. Es importante mencionar que en relación al código reglamentario distintas experiencias como aquellas vinculadas al “Fútbol Callejero” se encuentran trabajando en la modalidad “tres tiempos”, donde el código reglamentario es acordado previamente entre los participantes.

Con este cuadro de situación que conjuga elementos locales con internacionales, nos preguntamos sobre cómo se ha presentado la ligación entre deporte e inclusión en las políticas públicas desarrolladas por el Estado nacional argentino. Sobre esa cuestión lo primero que se advierte es que aunque el Estado nacional desarrolló desde el año 1989 a través de la Secretaría de Deportes de la Nación distintos programas, en general para atender a problemáticas sociales, la temática de la inclusión es colocada en la agenda de la política deportiva recién a partir del año 2007. Durante la presidencia de la doctora Cristina Fernández de Kirchner se reorganiza la estructura orgánica de la Secretaría de Deportes de la Nación, creándose una Subsecretaría de Deporte Social. Asimismo, en los planes de desarrollo nacional del deporte se destacan tres áreas: deporte social, desarrollo deportivo

y deporte de representación (alto rendimiento), dirigiendo la primera de estas hacia aquellas propuestas que orientan la realización de actividades deportivas y su vínculo con la inclusión social. En tal contexto, se define al deporte social como “...la práctica de actividad física y deportivas orientadas a la población en su conjunto, sin discriminación de edad, sexo, condición física, social, cultural o étnica (...) generadora de situaciones de inclusión...”. Este direccionamiento de un grupo de prácticas deportivas hacia la inclusión tiene sus condiciones de posibilidad en un contexto político de búsqueda de mayor amplitud de derechos, y la consideración de estas prácticas culturales como uno de ellos, retomándose en sus lineamientos las concepciones sobre los derechos de los niños, niñas y adolescentes. La incorporación de estos conceptos para explicar el fenómeno deportivo debe ubicarse dentro de un proceso de disputas simbólicas en el ámbito de las políticas públicas. Asimismo, es importante remarcar que los programas y propuestas que se realizaron en la materia en muchos casos mantenían rasgos focalizados en determinados grupos poblacionales, en lugar de generar desde el Estado espacios donde la población en su conjunto participe del fenómeno deportivo.

A partir del 2016, con la implementación del plan estratégico 2016-2020 de la Secretaría de Deporte, Educación Física y Recreación de la Nación, las políticas serán objeto de una resignificación organizándose en áreas: Deportiva, Desarrollo Deportivo, Deporte de Representación Nacional, Juegos Deportivos, Educación Física y Recreación, Deporte y la Discapacidad; Deporte

y la Salud, Adultos Mayores, Asociaciones Civiles del Deporte, Actividades Recreativas, Ciencias y Servicios aplicados al Deporte. Esta redistribución de los programas y proyectos llevó a la desaparición del área específica destinada a los deportes que buscan la inclusión social, presentándose una nueva lógica de las políticas donde las mismas se encuentran direccionadas desde los juegos deportivos y de educación física y recreación hacia la selección de posibles atletas para las etapas “superiores” del deporte.

De lo expresado se observa que la vinculación entre deporte e inclusión es una relación históricamente situada y políticamente informada. Ahora bien, lo primero que nos preguntamos es: ¿por qué se selecciona la categoría y prácticas ligadas al “deporte” en lugar de otras prácticas corporales? Esta interrogación se desprende de las visiones de distintos analistas que destacan entre sus características principales y hasta en algunos casos se reconocen como rasgos intrínsecos: la competencia entre los participantes; la universalidad de las normas sin tener en cuenta las condiciones singulares de los actores; la igualdad promueve una clasificación de los participantes principalmente en base a criterios biológicos: sexo, edad cronológica, que entabla criterios de “normalidad” e invisibiliza otras características vinculadas con las condiciones sociales, culturales, económicas; la selección de aquellos que tienen un mayor resultado y su búsqueda permanente planteando una segregación de los que tendrían menor rendimiento en la práctica en cuestión; la primacía de procurar el máximo rendimiento; el proceso de mercantilización presente en el deporte. Dicho esto, quedarían pocos argumentos para vincular al deporte con la inclusión, pero lo que salta a la vista es que socialmente se visualizan en lugar de estas posibles “contradicciones” una serie de características sociales y morales que promueve esta práctica, que por cierto se encuentra esencializada, teniendo una alta pregnancia en términos simbólicos, considerándola una “institución social” que posibilita la generación y la promoción de determinados lazos sociales y morales. Ambas cuestiones no nos exceptúan de advertir paradojas en la relación entre deporte e inclusión, pero no debemos olvidarnos el carácter social, cultural e histórico, planteando la necesidad de discutir las acepciones sobre el deporte en las políticas públi-





cas ligadas a la inclusión social. Esta cuestión llevará a reflexionar qué deporte promueve tales prácticas, qué concepciones sobre la inclusión informa estas prácticas, qué lineamientos se les dará, qué prácticas corporales se seleccionarán, qué reglamentación particular se construirá, qué formación deben tener los profesionales a cargo de tales procesos pedagógicos y sus capacitaciones, qué organizaciones se encargarán de su desarrollo y promoción, qué circulación entre las esferas de los deportes se propondrá de los jugadores, qué modalidad de contienda se promoverá, qué relación se establecerá con el alto rendimiento y en base a ello cómo logrará la legitimidad social.

Es importante remarcar que los programas y propuestas que se realizaron en la materia en muchos casos mantenían rasgos focalizados en determinados grupos poblacionales, en lugar de generar desde el Estado espacios donde la población en su conjunto participe del fenómeno deportivo.



¿CIUDADES MARAVILLOSAS? GAJOS, ASTILLAS Y PINCHADURAS PARA CUESTIONARNOS DESDE EL DEPORTE

por EMMANUEL FERRETTY. *Profesor en Educación Física y Doctorando en Comunicación (UNLP). Becario de la Comisión de Investigaciones Científicas (CIC) de la provincia de Buenos Aires con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-FaHCE-UNLP/CONICET). Integrante del Seminario Permanente de Estudios Sociales del Deporte. Docente*



HOY EN DÍA ES IMPENSABLE UNA CIUDAD QUE NO CUENTE CON ESPACIOS DESTINADOS A LA PRÁCTICA DEPORTIVA. LA UTILIZACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO CON ESTOS FINES HA MOLDEADO LA FISONOMÍA DE LAS URBES A LO LARGO DE LAS DÉCADAS, PERO LEJOS DE SER UN ELEMENTO DESTACABLE, EXPRESA UNA PODEROSA CONTRADICCIÓN: MIENTRAS SE PROCLAMA EL PODER IGUALADOR DEL DEPORTE, CRECE LA DESIGUALDAD EN EL ACCESO AL ESPACIO URBANO. LOS MEGAEVENTOS DEPORTIVOS, AQUELLOS QUE ATRAEN LAS MIRADAS DEL MUNDO ENTERO, NO HACEN OTRA COSA QUE MOSTRAR ESTE PROBLEMA DEL MODO MÁS ESPECTACULAR.

I.

Los llamados megaeventos deportivos –aquellos de carácter internacional, de alcance global y de asistencia multitudinaria– suelen dejar postales imborrables en las memorias de los espectadores y también engrosan los archivos de los medios masivos de comunicación. Son imágenes que nos impresionan, nos reconfortan, nos desvelan y que disparan horas de conversación en la letanía del tiempo. De hecho, si tuviese que elegir una postal deportiva (por llamarla de alguna manera) de este año 2016 que avanza implacable sobre su trecho final, no recupero justamente una imagen de *spot* publicitario, de folleto turístico u otra extraída de alguna propaganda política, sino aquella que me ha invitado a pensar, desde la incomodidad que me genera, algunas relaciones entre deporte y ciudad para entender las lógicas sociales y culturales que las atraviesan. Me refiero a una fotografía tomada en plena inauguración de los Juegos Olímpicos en Río de Janeiro desde un elevado, precario y tenue rincón próximo al estadio Maracaná, que muestra en su borde inferior a un puñado de cariocas observando los fuegos artificiales que buscan el cielo sobre el templo futbolístico brasileño.

Si miramos esta imagen con los anteojos del mito y, además, tiramos por la borda toda posibilidad de análisis crítico, diremos que estamos ante la representación gráfica de “la fiesta” (mayúscula): la fiesta del deporte, la fiesta brasileña, la alegría que no tiene fin. O el significado por excelencia que articula los significantes deporte, carioca y Brasil. Pero lejos de constituir una imagen pintoresca, alegre e inclusiva, creo que enfoca los viejos privilegios y las potentes desigualdades que desarman los lentes del mito de un cachetazo. ¿O me van a decir que si existiese tal fiesta, cualquier fiesta, elegirían vivirla desde afuera? Al mismo tiempo, la foto es peligrosa porque junto a la seducción de lo pintoresco crea cierta ilusión de proximidad:

en la inmensidad de Río, estos cariocas están en una zona próxima al estadio. Sin embargo, si abandonamos las distancias físicas para mirar las distancias sociales, diremos que al mismo tiempo están cerca y excluidos. Resumiendo: los protagonistas de esta postal estaban viendo la fiesta a la que nunca fueron invitados como tales.

Pensaba entonces en las contradicciones del deporte que, mediante reglamentos e instituciones, intenta igualar las condiciones generales de competencia entre los participantes pero que “puertas afuera” profundiza la competencia por el espacio urbano, por los espacios legítimos y deseables, por los espacios públicos vulnerados que son aprovechados por capitales privados para generar millones. Es decir, llegaba a la idea de que el deporte como institución amplía las desigualdades ya existentes en las ciudades que toma por asalto, sobre todo, para este tipo de eventos. Y como si fuera poco, contradictoriamente, pregona la igualdad de los pueblos y de la humanidad.

De hecho, como se sabe, el velo de la “fiesta deportiva” suele tapar los conflictos de las sociedades que son exprimidas para eventos de esta magnitud. Como sabemos, el Brasil de los Juegos estaba en plena crisis política ante el avance implacable de la derecha más acérrima. Además, se intensificaban los procesos de “pacificación” –léase represión y muerte– en las favelas, con ello los desplazamientos forzados de cientos y cientos de familias. Afortunadamente, las calles se colmaron con acciones de protesta ante la escalada de estos hechos y algunos manifestantes denunciaron estos *Jogos da exclusão* (juegos de la exclusión). Queda claro entonces que la postal que elegí no es la mejor (ni la peor) cara de Río pero, definitivamente, no es el retrato con el que suele presentarse la *ciudad maravillosa*.

II.

Lo que la experiencia histórica también demuestra es que casi nunca el impacto de estos eventos es positivo en términos de desarrollo urbano inclusivo. Los megaeventos deportivos de hoy son, sin dudas, la cara más visible de este fenómeno porque traccionan varias esferas de distintas sociedades bajo el mismo imperativo del capitalismo globalizado: serás espectáculo o serás nada. Pero los espacios exclusivos (y excluyentes) en y para el deporte funcionan en todas las ciudades y por requerimiento de todas las sociedades: están los clubes y/o los balnearios que se adueñan de las costas, restringen el ingreso y las explotan comercialmente; existen los predios deportivos de lujo y los clubes de campo ubicados en terrenos privilegiados geográficamente y por su cotización pero amurallados por estar rodeados de asentamientos; crece la privatización de la calle, su deterioro como bien público y el tedio que genera la movilidad cotidiana ante el crecimiento exponencial del parque automotor, el declive del transporte público y la fragilidad de los que se animan a la movilidad llamada sustentable o no motorizada montados en tablas, patines, bicicletas de todo tipo. Sufre el viejo, conocido e infatigable peatón.

Hoy, ahora, este humilde y breve texto nos propone una recapitulación. Con más preguntas que respuestas invito a pensar si imaginan una ciudad sin deportes o, al mismo tiempo, al deporte sin sus enclaves urbanos. ¿A qué deportes y a qué ciudades haríamos referencia? Sin dudas, ambas existen. Pero en la Argentina, como bien han señalado Julio Frydenberg y Eduardo Archetti, en el proceso de modernización de finales de siglo XIX y principios de siglo XX, el deporte fue un elemento relevante no solo para la conformación de identidades nacionales y masculinas sino también para el crecimiento urbano de la capital argentina: la ciudad de Buenos Aires. En ese entonces los espacios protagónicos del deporte eran los espacios públicos urbanos

(parques, plazas, potreros), los predios municipales y los de los clubes deportivos que, basados en el asociacionismo, propusieron un modo de creación de lazos sociales vecinales, comunales, urbanos. Si bien esta lógica aún subsiste (literalmente resiste), es más común ver a los gobiernos y a las ciudades que gobiernan competir entre sí por estándares internacionales, solo por el hecho de obtener los beneficios materiales y simbólicos que conlleva ser elegidas como la *ciudad del deporte*.

Para comprender esta lógica del galardón es necesario entender que cuando conectamos como claves a las palabras deporte y ciudad en la misma oración evocamos una potencia que pocas veces ponemos de relieve porque nos resulta algo obvio e indisoluble, pero que históricamente refiere a dos grandes fenómenos de la humanidad occidental. En realidad, si le quitamos algo de esta solemnidad, diremos que hacia finales del siglo XIX estos fenómenos son dimensiones articuladas de un mismo proceso que aún nos constituye y que solemos llamar modernidad. Por un lado, en los comienzos de esta modernidad, las ciudades industriales le abrían paso a la vida urbana todavía incipiente, precaria, constitutivamente desigual: se era patrón, trabajador o vagabundo. Por el otro, los deportes y las ejercitaciones físicas comienzan a convertirse en formas sistemáticas, con lógicas propias de educación, saneamiento y fortalecimiento de los cuerpos en el tiempo libre, es decir, por fuera de y para el trabajo. Primero, se ocuparían de los cuerpos jóvenes y adultos masculinos, luego de todos los rangos etarios y tardíamente de las mujeres. Los deportes también solían ser profundamente desiguales: los había para distinguidos y para plebeyos. Es decir, ciudad y deporte en realidad fueron fenómenos que, articulados, colaboraron con la construcción de esas desigualdades, no como reflejo de la sociedad que los producía sino como dimensiones relativamente autónomas en su funcionamiento.

El deporte como institución amplía las desigualdades ya existentes en las ciudades que toma por asalto, sobre todo, para este tipo de eventos. Y como si fuera poco, contradictoriamente, pregona la igualdad de los pueblos y de la humanidad.

III.

Desde esta plataforma histórica, propongo entonces un cambio de foco: que miremos cómo son las ciudades que habitamos y que busquemos en la microscopía de los procesos que cocinan a fuego lento, en nuestra vida cotidiana, otras maravillas y miserias del mundo. Por ello, cabe preguntarnos: ¿en qué espacios, en cuáles prácticas y en qué modalidades se expresa lo deportivo en la(s) ciudad(es) hoy? Recuperando a Pierre Bourdieu podríamos ampliar este primer interrogante y preguntarnos: ¿cómo [y en dónde] se puede ser deportista? Esta segunda pregunta complejiza la cuestión porque nos lleva a considerar que el deporte excede su práctica efectiva incluyendo los consumos mediáticos, estéticos, nutricionales, entre otros, que se generan en torno al fenómeno deportivo. Además, podríamos agregar: ¿qué sociabilidades urbanas promueve hoy el deporte? ¿Son los espacios públicos urbanos, los clubes y las instalaciones municipales los espacios dominantes del deporte en la ciudad contemporánea? Sin dudas, estos interrogantes exigen gravitar sobre la ciudad con el cuerpo y los sentidos despiertos. ¿Qué observamos, sentimos y/o pensamos cuando, a nuestro lado, en una calle o en un parque cualquiera alguien pasa corriendo, pedaleando, patinando enfocado en su entrenamiento? ¿Qué nos genera ese pasaje cercano o distante, veloz o pausado, individual o multitudinario? Porque quien haya tenido la experiencia de escuchar el zumbido que genera la fricción del caucho de las ruedas con el asfalto en el pasar de un pelotón de ciclistas, o el golpe cíclico de miles de plantas del pie de corredores de una maratón, sabrá que no solo el número, sino también la disciplina, el evento y el momento de una competencia nos ponen ante un cuadro perceptivo diferente. Como espectadores, solemos emocionarnos ante los momentos de máxima tensión.

En esas transiciones, entre cuadro y cuadro, también podemos dejar de ser espectadores. Por ejemplo, ¿qué sucede si alguno/a saborea el asfalto o comete un error estratégico irreversible para el resultado de la contienda? ¿Cómo nos sentimos en el preciso instante en el que nos sabemos favorecidos o perjudicados directamente por la situación? ¿Y si en su andar exigido algún/a corredor/a roza o colisiona con nuestro cuerpo; si nos moja su transpiración, si olemos su esfuerzo, si abrazamos su dolor (y el nuestro) en la misma escena? Sin dudas, la tensión aumenta y el resultado de las acciones se hace más impredecible de lo que habitualmente son. El deporte, la competencia callejera, parece llevarnos al máximo de la incertidumbre excediendo las franjas y las vallas de los circuitos delimitados. La ciudad no es una bestia domesticable.



IV.

¿Cuáles son las prácticas deportivas y los cuerpos que, a cotidiano, construyen el paisaje urbano de las ciudades que vivimos?

¿Por qué algunas de ellas nos generan admiración o entusiasmo y otras rechazo o, al menos, cierta sensación de incomodidad?

¿Cuáles son los motivos que unen, aunque sea transitoriamente, a cada uno/a de los/as protagonistas de una práctica? ¿Por qué nuestra mirada, altamente selectiva, se dirige a ese/a corredor/a o ciclista y no al acróbata de la esquina? Creo que estas son algunas preguntas que nos pueden permitir bucear en nuestras sociedades y entender las matrices culturales a partir de las cuales vivimos, sentimos y pensamos el fenómeno deportivo y la vida urbana.

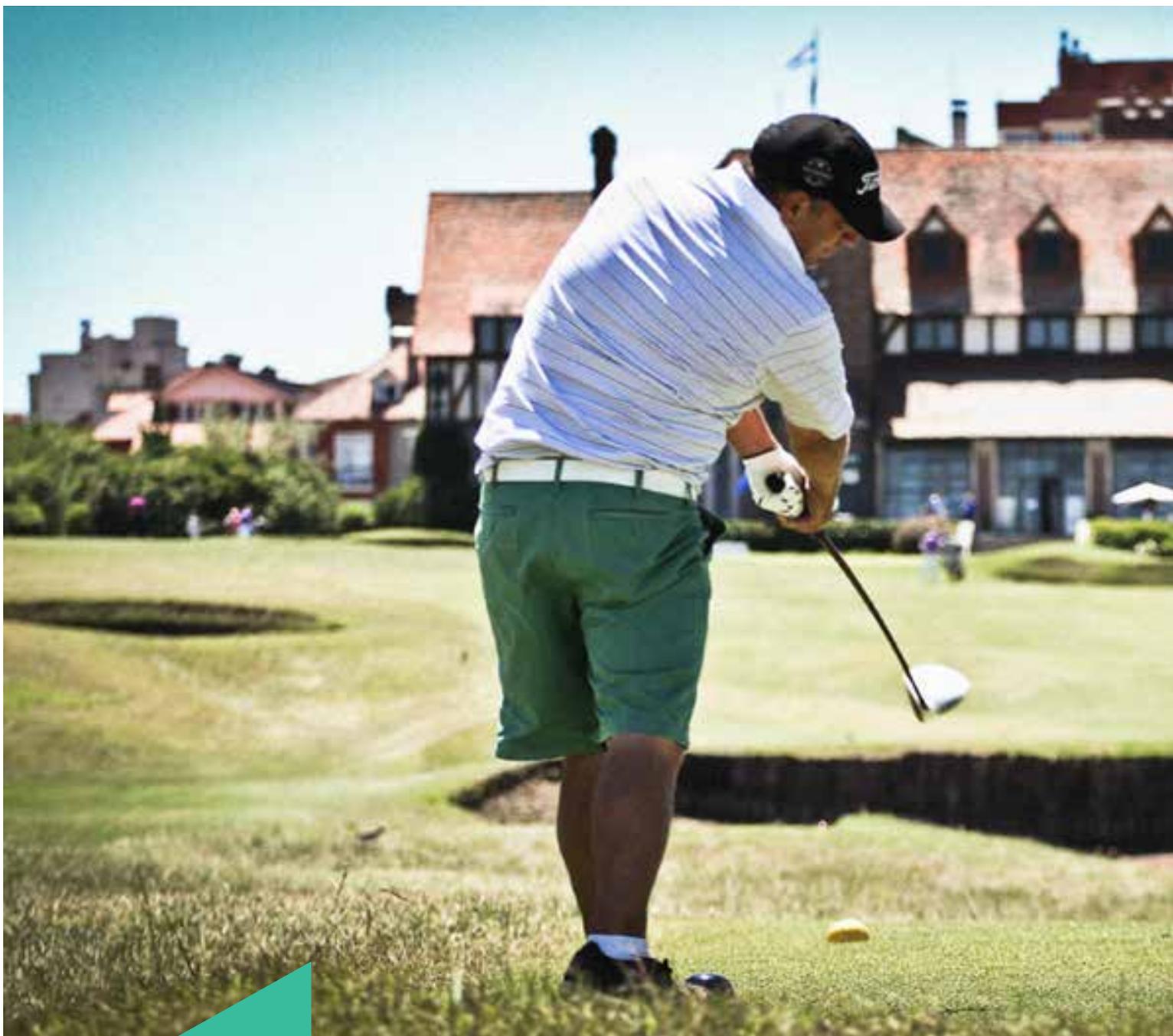
Volveremos a encontrar las maravillas y las miserias en la calle. También en los spots, en los folletos y en las campañas. Tal vez, algunos las encuentren en las largas procesiones futbolísticas que llevan a los simpatizantes y/o barras de los clubes desde variados puntos de las ciudades hasta el estadio en donde juegan los clubes de sus amores. Otros seguramente observen la gran cantidad de personas que utilizan las calles, plazas y parques para entrenar corriendo y/o pedaleando con llamativas y sofisticadas prendas y accesorios. O, ciertamente, quedemos perplejos ante el boom del pedestrismo –hoy llamado *running*– convocan-

do a miles de personas en un mismo evento y mostrándonos un calendario anual infinito. Seguramente, también se han percatado del aluvión de prácticas acrobáticas realizadas por jóvenes tales como *skateboarding*, *longboarding*, *bicicross*, *parkour*, *slackline*; cuyas lógicas pendulan entre la recreación y la competencia poniendo en jaque las definiciones de los que nos formamos bajo la lógica deportiva. Sin dudas, también seguiremos mirando atentos los megaeventos que tantos motivos condensan para pensarnos en una lógica del acontecimiento diferente: ¿qué es lo que realmente celebramos?

Sin embargo, este pluralismo actual nos muestra otra paradoja como desafío: encontramos cada vez más expresiones de prácticas corporales urbanas lúdicas y/o deportivas pero, al mismo tiempo, contamos con el crecimiento de los llamados deportes de aventura o en la naturaleza que, en un sentido general, se presentan como un escape placentero del artefacto quizá más megalomaniaco que haya inventado el hombre: la ciudad. ¿Será esta la historia del cazador que muere en su trampa? Probablemente. Pero mientras existan lugares para ser felices en la infelicidad, para gozar entre las penurias, las postales maravillosas de las ciudades seguirán tapando con sus bordes los baches, la tierra y la sangre.



El deporte, la competencia callejera, parece llevarnos al máximo de la incertidumbre excediendo las franjas y las vallas de los circuitos delimitados. La ciudad no es una bestia domesticable.



DEPORTE Y CLASE SOCIAL

por **RODOLFO IULIANO**. *Lic. en Sociología (UNLP). Mg en Ciencias Sociales (UNLP) y Candidato a Dr. en Antropología Social (IDAES-UNSAM). FaHCE-CIMeCS-IdIHCS-UNLP*



HOY EN DÍA LOS MUNDOS DEPORTIVOS TIENEN UN PAPEL CENTRAL EN LA CONFORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES Y LAS SUBJETIVIDADES CONTEMPORÁNEAS. SI NOS PARAMOS DESDE LA PERSPECTIVA DE LAS CLASES SOCIALES PODREMOS VER CÓMO LAS PREFERENCIAS DEPORTIVAS DE LOS SUJETOS GUARDAN UNA CORRESPONDENCIA PROFUNDA CON EL RESTO DE LAS PREFERENCIAS QUE COMPONEN SUS ESTILOS DE VIDA, YA SEAN ESTAS ALIMENTARIAS, DE VESTIMENTA O MUSICALES. A CONTINUACIÓN, UN DETALLADO ANÁLISIS DESDE LA CORRIENTE DISPOSICIONALISTA.

La vinculación de los fenómenos deportivos con las clases sociales ha sido objeto de reflexión tanto desde las ciencias sociales como desde los discursos corrientes. Con frecuencia se ha concebido al deporte como agente integrador cuando los destinatarios imaginados fueron los sectores populares o las clases trabajadoras (especialmente en cuanto a sus fracciones desempleadas o informales). Incluso se han formulado programas estatales basados en categorías específicas de deporte, como las referidas a la promoción del “deporte social” (o “comunitario”), donde “social” remite a la población en situación de pobreza, y donde “deporte” remite a un conjunto de iniciativas civilizatorias tendientes a disminuir los umbrales de violencia, a recuperar a las poblaciones vulnerables del consumo de drogas, a sacar a los chicos de la calle, etc.; es decir, a compensar desde el deporte el conjunto de carencias imaginadas para las clases bajas.

Desde las ciencias sociales la perspectiva clasista ha postulado el supuesto de que las formas de la existencia dependen de las condiciones materiales de vida de los sujetos. El análisis de clase implica, por lo tanto, una teoría de las determinaciones, una elaboración del modo en que las formas de la conciencia, de la vida simbólica y sus productos se relacionan con la existencia material del sujeto, en definitiva, con su condición de clase. Las versiones más reduccionistas derivan directamente de la posición de clase del sujeto (sea el lugar que ocupa en las relaciones de producción o la posición socioeconómica, dependiendo de la perspectiva) sus modos de pensar y de actuar. Las versiones menos reduccionistas conceden diferentes grados de autonomía

(nunca absoluta) y positividad a las formas de la conciencia y sus manifestaciones prácticas.

Considerando a los deportes modernos como formas que asumen un conjunto de instituciones, prácticas y simbolizaciones relacionadas con la disposición de los cuerpos en juegos sociales singularmente reglados, el punto de vista clasista se ha interrogado por las lógicas que inscriben a aquellas instituciones, prácticas y simbolizaciones en un orden desigualmente estructurado, que podemos denominar estructura de clases. Así, los análisis que apuntan a comprender al fenómeno deportivo desde la óptica de las clases sociales procuran reconstruir las vinculaciones existentes entre la posición de clase de los sujetos y sus preferencias deportivas, sea como practicantes o como espectadores.

Existen diferentes orientaciones de la pregunta por la relación entre deporte y clases sociales, de las cuales solo mencionaremos algunas. Los análisis economicistas han enfocado sus esfuerzos a la imputación de clase de determinadas prácticas o consumos deportivos. Por su parte, las perspectivas inspiradas en la teoría crítica han encuadrado su punto de mira en los procesos de mercantilización del deporte, el cual es conceptualizado como una instancia de distracción que enajena al sujeto de una experiencia directa de sus condiciones materiales de explotación, componiendo representaciones de las industrias deportivas como maquinarias de imposición de mercancías deportivas consumibles, y de los practicantes y espectadores como sujetos aspiracionales los primeros, y consumidores irreflexivos los segundos. Por su parte y en consonancia con los desarrollos

Si la práctica deportiva duradera y sistemática es capaz de operar como una instancia socializadora e incorporar en los sujetos determinados modos de ver, sentir y actuar, cabe abrir una interrogación sobre la posibilidad de transferir esas disposiciones a otros contextos de actuación como el campo político, económico, cultural, etc.

del materialismo cultural, tomaron forma interpretaciones de la expansión del fenómeno deportivo que han puesto el acento en las experiencias de adhesión e identificación hegemónicas de las mayorías respecto de las producciones deportivas particulares. Por último, y procurando superar el reduccionismo economicista, un conjunto de producciones han configurado la corriente disposicionalista, en el marco de la cual se han formulado sugestivas posibilidades analíticas para el fenómeno deportivo.

Por cuestiones de espacio no podremos profundizar en cada una de estas corrientes, así que vamos a centrarnos en las posibilidades y alcances de la interpretación disposicionalista, la cual ha representado una importante contribución al análisis clasista de los fenómenos deportivos, tanto por su elaboración conceptual como por la repercusión que tuvo entre los investigadores sociales del deporte.

El clasismo de la perspectiva disposicionalista radica en su operación de reconstrucción analítica de los vínculos estructurales existentes entre el universo de las posiciones sociales de los sujetos (las clases) y sus estilos de vida, entendiendo al deporte como una de las dimensiones constitutivas de esos estilos de vida. Sin embargo, la relación de determinación entre clase y práctica deportiva no es conceptualizada en términos mecánicos, sino modulada a través de la mediación de las disposiciones. Estas disposiciones son formas de percibir, sentir, valorar y actuar que fueron incorporadas por los sujetos en diferentes procesos de socialización de clase. En efecto, la perspectiva disposicionalista apunta a reconstruir el proceso por el cual determinadas estructuras sociales (clases) se incorporan bajo

la forma de disposiciones en los sujetos, a partir de procesos de socialización (más tempranos o más tardíos) y que se activan en determinados contextos de acción.

Siendo esto así, y fruto de la acción del sistema de las disposiciones, las preferencias deportivas de los sujetos guardan una correspondencia profunda con el resto de las preferencias (alimentarias, vestimenta, musicales, etc.) que componen sus estilos de vida. Siguiendo este esquema de análisis podremos observar que determinadas categorías de sujetos que ocupan determinadas posiciones de clase tendrán disposición a preferir determinados tipos de prácticas o espectáculos deportivos, vestimentas y consumos culturales, diferentes de aquellos que preferirán quienes se ubiquen en otras posiciones de clase. Y esta correspondencia se opera en la ilusión de los sujetos de estar eligiendo libremente, cuando estructuralmente sus disposiciones, que son prerreflexivas, están actuando para que prefieran y disfruten aquello que se corresponde con su posición de clase. Las disposiciones aparecen, entonces, como mecanismos de ajuste de las elecciones de los sujetos respecto de sus estilos de vida, de las necesidades de las condiciones de existencia de la clase o fracción de clase de la que proceden.

Ya en las primeras formulaciones de esta corriente analítica encontramos una posición crítica respecto del economicismo en la explicación de las preferencias deportivas. Desde esta perspectiva, la adhesión a una práctica deportiva no guarda relación directa con la posición económica del sujeto sino con sus disposiciones (de clase) incorporadas. Esto puede observarse en los procesos de ascenso social o desclasamiento, cuando un sujeto se encuentra en una nueva posición de clase pero sus gustos deportivos no se ajustan a los correspondientes a la nueva posi-

ción, sino a aquellos en los que había sido socializado. Por ejemplo, es posible referir al caso de sujetos que se han enriquecido rápidamente modificando su posición de clase, pero han conservado las preferencias deportivas de su anterior posición de clase. A modo de ejemplo, también podemos considerar que, muchas veces, los obstáculos económicos no alcanzan para explicar la distribución de los deportes entre las clases, sino que hay que prestar atención a otros filtros como la tradición familiar, el aprendizaje temprano, las “buenas maneras” y la sociabilidad. Si bien es cierto que este modelo analítico apunta a mostrar la correlación entre determinadas prácticas deportivas y determinadas posiciones de clase, también permite captar cierta variabilidad, donde diferentes fracciones de clase aparecen desarrollando expectativas diferenciadas sobre un mismo deporte, en función de sus esquemas disposicionales de clase también diversos. Por ejemplo, desde esta óptica es posible concebir que sujetos procedentes de los sectores populares o más bien de las clases trabajadoras, esperen de la gimnasia un cuerpo musculoso, mientras que aquellos procedentes de las clases altas busquen un cuerpo saludable.

Al lado de los sentidos que los actores confieren a los diferentes deportes, también es posible encontrar diferentes modalidades de práctica, diferentes estilos con que es posible practicar deportes. Si prestamos atención a los deportes que habiendo sido exclusivos han experimentado procesos de relativa popularización, como es el caso del golf o del tenis, vemos que para reconstruir las formas de diferenciación que se operan adquiere una mayor significación el estudio de los diferentes estilos de práctica, que en muchos casos se corresponden con diferentes categorías de participante.

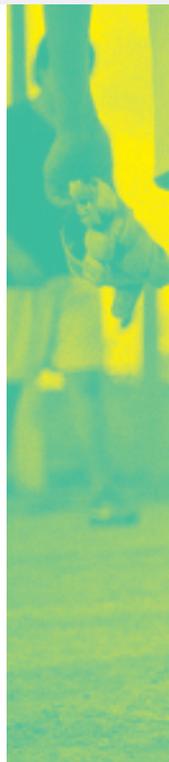


Esta perspectiva nos permite desarrollar un trabajo de indagación sobre las categorías de practicantes deportivos y la frecuencia de su práctica, interrogándonos por sus tránsitos institucionales para encontrar indicios sobre los procesos de inculcación de disposiciones que producen afinidad o rechazo hacia determinadas prácticas y espectáculos deportivos. Podemos interrogarnos por los juegos familiares, los gustos paternos, las experiencias escolares en los diferentes cursos de educación física para interpretar las huellas disposicionales sedimentadas en los sujetos bajo la forma de afinidades más o menos naturalizadas con determinados tipos de deportes o rechazo respecto de otros, incluso respecto de la práctica o el consumo mismo de cualquier tipo de deporte.

Recientes revisiones del paradigma disposicionalista advierten que es necesario conceptualizar a los deportes no solo como escenarios de actualización de disposiciones tempranamente incorporadas, sino como instancias de constitución de disposiciones en sí mismas. Y es tarea del investigador no dar por sentada la inculcación de disposiciones, sino reconstruir la profundidad, sistematicidad y durabilidad de la práctica deportiva para poder calibrar el grado de consistencia de los esquemas de percepción y apreciación que podrían haberse incorporado, y por este camino concebirlos como algo más que una actualización de las disposiciones de inculcación temprana.

Otra pregunta que habilita este enfoque, y que se vincula directamente con el esfuerzo por analizar al deporte desde el problema de las clases sociales, es por el carácter transferible de las disposiciones. Si la práctica deportiva duradera y sistemática es capaz de operar como una instancia socializadora e incorporar en los sujetos determinados modos de ver, sentir y actuar, cabe abrir una interrogación sobre la posibilidad de transferir esas disposiciones a otros contextos de actuación como el campo político, económico, cultural, etc. La pregunta clásica del disposicionalismo es por el modo en que las disposiciones de clase vuelven afines determinadas prácticas deportivas para determinada categoría de sujeto y no otra. Por ejemplo, las disposiciones al trabajo sistemático y disciplinado propias de la clase obrera han sido interpretadas como la plataforma que impulsa a los sujetos de clase obrera a practicar boxeo, y que excluye a los sectores desocupados por carecer de las disposiciones al trabajo disciplinado y metódico. Sin embargo, en este punto la pregunta se invierte y apunta a analizar si las disposiciones adquiridas en el contexto de la práctica de un determinado deporte pueden transferirse a otro escenario de actuación del sujeto; por ejemplo, ¿es posible transferir la disposición a positivar la experiencia del dolor propia del rugby, cuando el sujeto despliega su actividad en otro campo como el político o el deportivo? Las respuestas son necesariamente empíricas y requieren una indagación que siga muy de cerca a los actores y prácticas deportivas estudiadas.

Fruto de la acción del sistema de las disposiciones, las preferencias deportivas de los sujetos guardan una correspondencia profunda con el resto de las preferencias (alimentarias, vestimenta, musicales, etc.) que componen sus estilos de vida. Siguiendo este esquema de análisis podremos observar que determinadas categorías de sujetos que ocupan determinadas posiciones de clase tendrán disposición a preferir determinados tipos de prácticas o espectáculos deportivos, vestimentas y consumos culturales, diferentes de aquellos que preferirán quienes se ubiquen en otras posiciones de clase.



Como hemos intentado mostrar hasta aquí, la preocupación por la dimensión de clase de los fenómenos deportivos es analíticamente potente y mantiene toda su actualidad, en tanto repone un punto de vista relacional y da cuenta del carácter estructurante que en nuestras sociedades tienen las desigualdades sociales, la explotación material y la dominación simbólica. Sin embargo, en este punto consideramos necesario formular algunos reparos en torno a las posibilidades del análisis del deporte desde la perspectiva de las clases sociales, y en particular, en su inflexión disposicionalista.

Uno de los aspectos a problematizar es la asunción de la perspectiva de clase como punto de partida, como grilla de análisis todo terreno y como premisa analítica. Puesto en otros términos, si en nuestras investigaciones vamos a buscar la actuación de la clase social en torno a nuestros objetos, lo más probable es que sea eso lo que encontremos, más por un efecto de mirada que por un hallazgo empírico. Así, el objetivo de dimensionar la gravitación de los componentes de clase en un fenómeno deportivo es productivo en la medida en que se impone como un emergente em-

pírico, que se conquista con la elaboración en campo del objeto de investigación. Cuando el determinante de clase no es más que un presupuesto asumido de antemano, existen grandes riesgos de que los fenómenos deportivos que nos aboquemos a estudiar serán representados nada más que como ejemplos, constataciones, de lo que ya teníamos resuelto teóricamente.

Al asumir con el disposicionalismo que las prácticas deportivas son un elemento más del estilo de vida, análogo al resto, intercambiable, se corre el riesgo de diluir analíticamente su especificidad, su singularidad como experiencia material concreta, y por este camino empobrecer el análisis. En efecto, al concebir al universo de las prácticas y espectáculos deportivos como un ingrediente entre otros, necesario para reconstruir los estilos de vida y organizarlos en función de la clase social, la singularidad del deporte queda diluida y por lo tanto la capacidad de comprender el fenómeno y de producir conocimiento nuevo queda fuertemente constreñida.

Se ha señalado como uno de los límites del análisis de clase la conceptualización del deporte como una simple exteriorización



en el terreno de los estilos de vida de aquello que se produce en el espacio social. Así el deporte aparece como un mero efecto, como un territorio donde tienen repercusión las diferencias y las beligerancias de clase. Este lugar subsidiario lo afilia a la preocupación por las clases, pero en un lugar degradado, como un mero reproductor. Es oportuno tomarnos en serio las facultades productivas que tiene el deporte en sus diferentes dimensiones (como espectáculo producido o consumido, como actividad practicada, como entramado simbólico), el papel central que tienen los mundos deportivos en la conformación de las sociedades y las subjetividades contemporáneas.

Si la orientación disposicionalista tiene un afán clasificatorio, que busca producir interpretaciones a partir de identificar las correspondencias entre prácticas deportivas y posiciones sociales, se impone la necesidad de complementar y reencuadrar este análisis desde una inquietud que restituya al deporte su singularidad, dando cuenta de aquello que los diferentes deportes en su materialidad no solo instituyen, sino habilitan y hacen hacer, en el mismo momento que se hacen a sí mismos.

Para potenciarse, el análisis de clase podría mudar de estatuto y dejar de ser una premisa que sabemos de memoria antes de iniciar la investigación, para pasar a ser una clave de lectura particular, empíricamente emergente, de dimensiones que coexisten con otros planos de la experiencia deportiva como el apasionamiento, el placer, las aficiones, el sacrificio, la ludicidad, el uso del “tiempo libre”, las representaciones sobre la salud y lo saludable, las profesiones y las trayectorias de profesionalización, los imaginarios de género, los entramados políticos constitutivos de las formas estatales en su sentido amplio (es decir, empírico). En definitiva, al asumir que no todo lo que acontece en torno al fenómeno deportivo puede explicarse en términos de luchas sociales por la apropiación de recursos; de consumos aspiracionales, jerarquizantes y distintivos; de actualización de disposiciones de clase, estaremos en mejores condiciones de calibrar en qué medida y de qué manera efectivamente juegan estos determinantes de clase en el desenvolvimiento de los fenómenos deportivos.

Para concluir, mientras que buena parte del periodismo y los tomadores de decisiones públicas, como señalamos al inicio, vinculan al deporte con las clases sociales (bajas) en términos moralizantes, civilizatorios y celebratorios, las ciencias sociales consideraron el estudio del deporte, y por supuesto de su relación con la estructura de clases, como un quehacer ilegítimo durante buena parte del siglo XX. La conquista relativamente reciente de su legitimidad comenzó a tomar forma de la mano del desarrollo de una sociología crítica que denunció su condición de entretenimiento pasatista y se sirvió del análisis de clase para dar sustento sociológico a esta impugnación de su propio objeto, convirtiéndolo en un objeto digno de ser criticado desde el campo de las ciencias sociales. El análisis clasista del deporte, o más precisamente, buena parte de las investigaciones que han abierto dimensiones de clase en su estudio del deporte, han desarrollado sustantivos aportes al estado de conocimiento sobre las formas de la dominación material y simbólica que se juegan en torno al fenómeno deportivo. Conquistada la legitimidad del campo y del objeto (aún relativas en términos comparativos), quizás estemos en condiciones de hacer un balance sobre los alcances de la pregunta por la relación entre deporte y clases sociales, atendiendo a la necesidad de combinar la sensibilidad política y analítica frente a las desigualdades sociales, con la disposición al descubrimiento de aquellos planos de los fenómenos deportivos que no se inscriben necesaria ni completamente en la lógica de la clase social, pero sin los cuales la pregunta por su estructuración de clase corre el riesgo de empantanarse y girar en círculos, impotentizando por este camino las posibilidades teóricas que nos brindan los mundos deportivos en tanto objetos de la investigación social.



EN LOS ÚLTIMOS AÑOS NOS ENCONTRAMOS ANTE LA APARICIÓN Y MASIFICACIÓN DE UNA SERIE DE RUTINAS Y TÉCNICAS CORPORALES QUE POCO TIENEN QUE VER CON EL DEPORTE. LA COMPETENCIA FRENTE A OTRAS PERSONAS, CARACTERÍSTICA CENTRAL Y EXCLUYENTE DE TODA DISCIPLINA DEPORTIVA, ES REEMPLAZADA POR LA COMPETENCIA CONTRA UNO MISMO. RASGO DISTINTIVO DE LOS VIENTOS NEOLIBERALES QUE VUELVEN A SOPLAR, LA INDIVIDUACIÓN TACHADA DE PRAGMATISMO ES UN SIGNO DE ESTOS TIEMPOS.

**EL GIMNASIO,
EL CROSSFIT
Y EL RUNNING
APORTAN PISTAS
PARA PENSAR UN
NUEVO MODO DE
INDIVIDUACIÓN**



por **ALEJANDRO DAMIÁN RODRÍGUEZ**. *Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Becario Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*

E

l campo de los estudios sociales del deporte se ha constituido, en las últimas décadas en nuestro país, en un espacio prolífico para la producción de literatura especializada. Y ello aun a pesar de que, en el campo académico en que está inserto, continúa siendo catalogado como una variante socioantropológica dedicada al estudio de un tema menor.

La producción socioantropológica del deporte se ha concentrado en estudiar el fenómeno desde dos perspectivas opuestas y fundadas en el terreno: la primera colocando el foco en los espectadores, la segunda decididamente concentrada en sus practicantes, ya sean deportistas profesionales o amateurs. El fútbol, la natación, el boxeo, el rugby, el polo y el automovilismo, entre otras manifestaciones deportivas que podríamos denominar tradicionales, han sido objeto privilegiado de los científicos sociales que se dedicaron a pensar el fenómeno.

Sin embargo, las últimas décadas del siglo XX nos ha alumbrado una novedad que tiene plena vigencia también en la actualidad: la aparición de un conjunto de técnicas corporales que de manera muy difícil, salvo a costa de volver muy elástica la categoría aglutinadora de deporte, podrían ser clasificadas como tales. Me refiero específicamente a la aparición y/o masificación de: a) el entrenamiento mecánico y rutinario del gimnasio; b) las técnicas corporales que mixturán gimnasia y danza denominadas de *fitness* grupal; c) el entrenamiento militarizado del *crossfit*, y d) el *running*, disciplina hermanada al deporte atletismo pero que se ha ampliado para un público que excede notoriamente a los atletas federados en esa competencia o que lo practican de modo recreativo.

La notoria visibilidad de gimnasios, *boxes* de *crossfit* y espacios de entrenamiento montados en plazas y parques públicos para *runners* son muestra suficiente de que el objeto de estudio ha cambiado, y del mismo modo, la disciplina que pretende estudiarlos también debería mutar, a menos que nos cerremos a dar cuenta de una realidad que se muestra sumamente dinámica, con categorías que ya la exceden. Algunas fuentes periodísticas ratifican lo antepuesto. Según un periódico de tirada nacional, para el año 2005 existían alrededor de tres mil gimnasios en todo el territorio nacional. Por su parte, actualmente es posible encontrar más de 60 *boxes* de *crossfit* en la CABA mientras se cuentan alrededor de 500 mil corredores anotados en alguna de las muchas maratones –4k, 8k, 21k, 42k– de una agenda de carreras que año tras año se multiplica. Los grupos de entrenamiento donde entrenan los corredores muestran un crecimiento también constante.

En definitiva, el deporte tiene ahora un hermano no reconocido, pero que a costa de su cada vez mayor popularidad se ha ganado un lugar dentro de este campo de estudios.

La aparición y/o la masificación de este conjunto de técnicas corporales plantean un desafío para el campo de los estudios

sociales del deporte. ¿Cómo se procesa dentro de su ámbito un conjunto de prácticas que evita la competencia, característica central y excluyente de toda disciplina deportiva, o que, en otros términos, reemplaza la competencia individual y/o grupal frente a otras personas o equipos por una donde el elemento central para comprenderla es la competencia que el entrenado en estas técnicas emprende contra sí mismo?

La hipótesis que propongo es que para comprender la aparición y/o masificación de este conjunto de prácticas es necesario prestar atención a un nuevo modo de individuación que corre en paralelo. Algunos autores lo han denominado el individuo pragmático. Fundados en la sociología de Gabriel Tarde, en la filosofía norteamericana pragmatista primero, y en la sociología pragmática francesa post-bourdieuana segundo, el enfoque del individuo pragmático propone un nuevo tipo de individuación caracterizado por los ajustes prácticos entre acciones y contextos en los que el “actante” –utilizando una categoría propia de los pensadores pragmáticos– se desenvuelve. El individuo pragmático pone a prueba sus acciones en situaciones reales de interacción hasta que logra “puntos de ajuste” siempre móviles y sujetos a evaluaciones. Es decir, se mueve en función de contratos, que si bien no son efímeros tampoco son eternos. La puesta a prueba supone evaluaciones constantes de sus acciones. Pensar a partir del surgimiento del individuo pragmático –y cómo piensa y actúa en el mundo– puede ser una estrategia

útil para interpretar de qué hablamos cuando sostenemos que estamos frente a un cambio de época, frente a la renovación del liberalismo, o lisa y llanamente, que nos encontramos frente a una sociedad que se ha vuelto neoliberal. El neoliberalismo se ha impuesto en nuestra sociedad, de eso no hay dudas, pero también se ha impuesto como “piedra de toque”; todos los males que la aquejan parecen poder ser imputados como sus consecuencias. Sin embargo, este tipo de estrategia rápidamente encuentra sus propios límites. Convertido en un significante vacío capaz de albergar los más confusos y contradictorios significados, la apelación al neoliberalismo y sus consecuencias termina por convertirse en un lugar común y remanido. Su aparente capacidad todo-explicativa se nos vuelve en contra: de pretender explicarlo todo con él, termina sirviéndonos para muy poco.

Pensar a partir del individuo pragmático, como modo de individuación propio de la época neoliberal puede ser una estrategia alternativa y más viable para interpretar de qué se trata ese cambio de época y que la apelación al fenómeno no se transforme en parte de una retórica vacía. Entonces, ¿de qué tipo de individuo hablamos en este nuevo contexto?

Algunos autores sostienen que la aparición del individuo pragmático debería ser relacionada con el surgimiento de una nueva derecha menos conservadora y más ajustada a los tiempos actuales. Así, Lucas Rubinich, en su texto *Productores privilegiados de visiones del mundo. Nociones de libertad en disputa*, de 2011, nos dice:

“Lo que podría denominarse una nueva derecha, una vez superado el terrorismo de estado, podía aparecer despojada de togas medievales, de inciensos ahuyentadores de blasfemias y renegar de discursos oscurantistas. El centro de la cuestión estaba puesto en el individuo libre y esto permitía, a la par que un mundo darwiniano ‘que descubre las motivaciones de la adhesión al trabajo y a la empresa en la inseguridad, el sufrimiento y el estrés’ (Bourdieu 1999: 141), también una relación amable con espacios de la cultura y la ciencia, cuyas zonas más dinámicas siempre habían confrontado con un poder que revestía formas tradicionales ligadas, en Latinoamérica principalmente, al catolicismo conservador. Un tipo ideal de joven emprendedor de una empresa transnacional –sinónimo del nuevo hombre neoliberal– posee elementos relativistas culturales en relación a sus consumos musicales o gastronómicos, acepta la diversidad sexual, no es religioso en un sentido fuerte, considera lógico el divorcio, puede relacionarse con objetos de artes visuales contemporáneos. Es de alguna manera la culminación del proyecto liberal que parece acercarse, si no a la política, sí a las formas y estilos de vida de estos sectores. Y estos estilos de vida suponen, por lo menos, algún tipo de relación con las zonas dinámicas del campo cultural y de las formas de producción simbólica a la vez que dinámicas, heterónomas”.



El autor nos describe un individuo renovado, flexible, de opiniones y gustos relativistas; los valores-guías –apartados del mundo real– no parecen ser para este individuo ni útiles ni necesarios para pensar, juzgar y actuar. Por el contrario, se asemejan más a un lastre. Él se guía por sus normas propias que va rearmando en la práctica. Pensar a partir de la idea del individuo pragmático también permite cruzar y estudiar diversos planos de la vida cotidiana bajo un mismo enfoque. ¿Cómo actuaría el individuo pragmático en relación al amor o la religión? Podríamos hipotetizar. En el amor, el individuo pragmático no contraería lazos con proyección de largo plazo. Sus vínculos pueden ser estables en el tiempo, pero siempre están siendo puestos a prueba, renovados una y otra vez cada día. El individuo pragmático puede contraer o no matrimonio y considera lógico el divorcio, tal cual sostiene el autor citado. El individuo pragmático desprecia de las instituciones, especialmente del Estado, lo cual lo lleva a evitar cualquier tipo de contrato que no involucre sólo un acuerdo entre privados. El Estado no debería intervenir en la vida íntima de las personas, sostiene. El individuo pragmático prefiere los lazos contruidos en la práctica. Todo un repertorio de frases comunes, naturalizadas y de total vigencia hoy día son la mejor muestra de la aparición de esta pragmática individual: “Nos elegimos todos los días”; “No necesito del Estado para comprometerme con otra persona”; “No necesito que un juez y/o cura ratifiquen mi amor”, entre muchas otras que alargan la lista.

En materia religiosa, podría inferirse una actitud similar. El individuo pragmático rechazaría de plano y por igual todas las religiones tradicionales. El judaísmo, el cristianismo o el islam le resultan igualmente incomprensibles desde su punto de vista pragmático. La improvisación es su mejor estrategia, razón por la cual los repertorios de normas religiosas, que se suponen viables y útiles para todo tiempo y lugar, le resultan inútilmente incomprensibles. Esto no quiere decir que el individuo pragmático no sea religioso. Por el contrario, si se vuelve religioso, él prefiere crear su propia religión. Puede creer en un Dios o no, en una fuerza sobrenatural, en la existencia de energías vitales, en la inmortalidad del espíritu, o en la existencia de todo ello al mismo tiempo sin observar contradicción alguna entre las partes. Puede también mixturar su creencia con algunos símbolos de las grandes religiones mundiales que consideró apropiados. El sincretismo es una actitud de vida para el individuo pragmático. No está de más decir que la relación con Dios, si es que cree en su existencia, es estrictamente personal. Él no necesita de mediadores, de los cuales también desprecia, del mismo modo que ocurre con casi todos los representantes de instituciones, en especial los del Estado. El individuo pragmático entabla un contacto directo con Dios, con su Dios que construyó a partir de un rompecabezas de partes extraídas de múltiples religiones, como si fuera un acuerdo entre privados. Él y Dios, Dios y Él en un mismo pacto mutuo que los une, al menos momentáneamente,



hasta que el individuo pragmático decida ajustar su situación religiosa a un nuevo contexto de cosas.

El mismo ejercicio podría realizarse para pensar la relación del nuevo individuo pragmático con el mundo del trabajo o con lo que aquí nos atañe, que es el deporte. Pensar la aparición de este conjunto heterogéneo de prácticas que difícilmente pueden ser rotuladas como deportivas, es un ejercicio que debería hacerse en sintonía con este nuevo individuo pragmático. ¿Qué mejor escenario para un individuo pragmático que uno como el que componen todas estas técnicas deportivas renovadas, caracterizadas por la idea de que hay que autosuperarse constantemente y ponerse a prueba una y otra vez todo el tiempo? Esto es exactamente lo que se hace en estos nuevos espacios de entrenamiento: entrenar, sin una meta precisa en el horizonte, solo con la obligación moral de tener que estar autosuperándose todos los días. Sin ningún plan de acción preestablecido y de largo plazo, los nuevos escenarios deportivos del gimnasio masificado, el *crossfit* y el *running* constituyen el mejor teatro de operaciones para este tipo de individuo que buscar probarse a sí mismo todo el tiempo. La única competencia que vale para este individuo pragmático y su vínculo con estos nuevos deportes es aquella en la que compite contra sí mismo. La particularidad de esta competencia radica en que si bien es posible datar un punto de inicio, difícilmente pueda colocarse una meta final como en otros deportes clásicos; aquí, por el contrario, la competencia

nunca acaba. Debe reiniciarse siempre, una y otra vez, a fin de, en los términos propios de los actores con los que interactué en mi investigación sobre el tema, “sacar lo mejor de uno mismo”. Y siempre parece haber algo más para “sacar” de adentro del yo para ponerlo a prueba. Se trata de un modo de mejorarse, de rehacerse, de convertirse, en cada nuevo entrenamiento que se lleva a cabo. Claro está, todo esto vuelve mucho más complejo el escenario de estudios de esta disciplina denominada en términos muy amplios socioantropología del deporte.

En resumen, pensar el cruce entre un nuevo tipo de individuación, que puede ser rotulado como pragmático, y la aparición y/o masificación de un conjunto de técnicas corporales que exceden a lo deportivo pero que se encuentran emparentadas, es la clave de análisis que propongo. Como otra clave conexas, el individuo pragmático que busca poner(se) a prueba todo el tiempo en este amplio repertorio de técnicas corporales *fitness*, basadas en la autosuperación constante de sí mismo, también encuentra una estrategia efectiva a través de la cual delimitarse de los demás, en un contexto donde las marcas de diferenciación tradicionales (profesión, educación, gustos) se han vuelto menos efectivas o, por lo menos, a las que ahora se les ha adosado una nueva: “Yo me pongo a prueba todos los días y de ese modo me mejoro” es también otra manera de decir “yo soy mejor que el resto”. Es tarea de los estudios sociales del deporte interpretar qué es lo que está cambiando dentro de su campo.

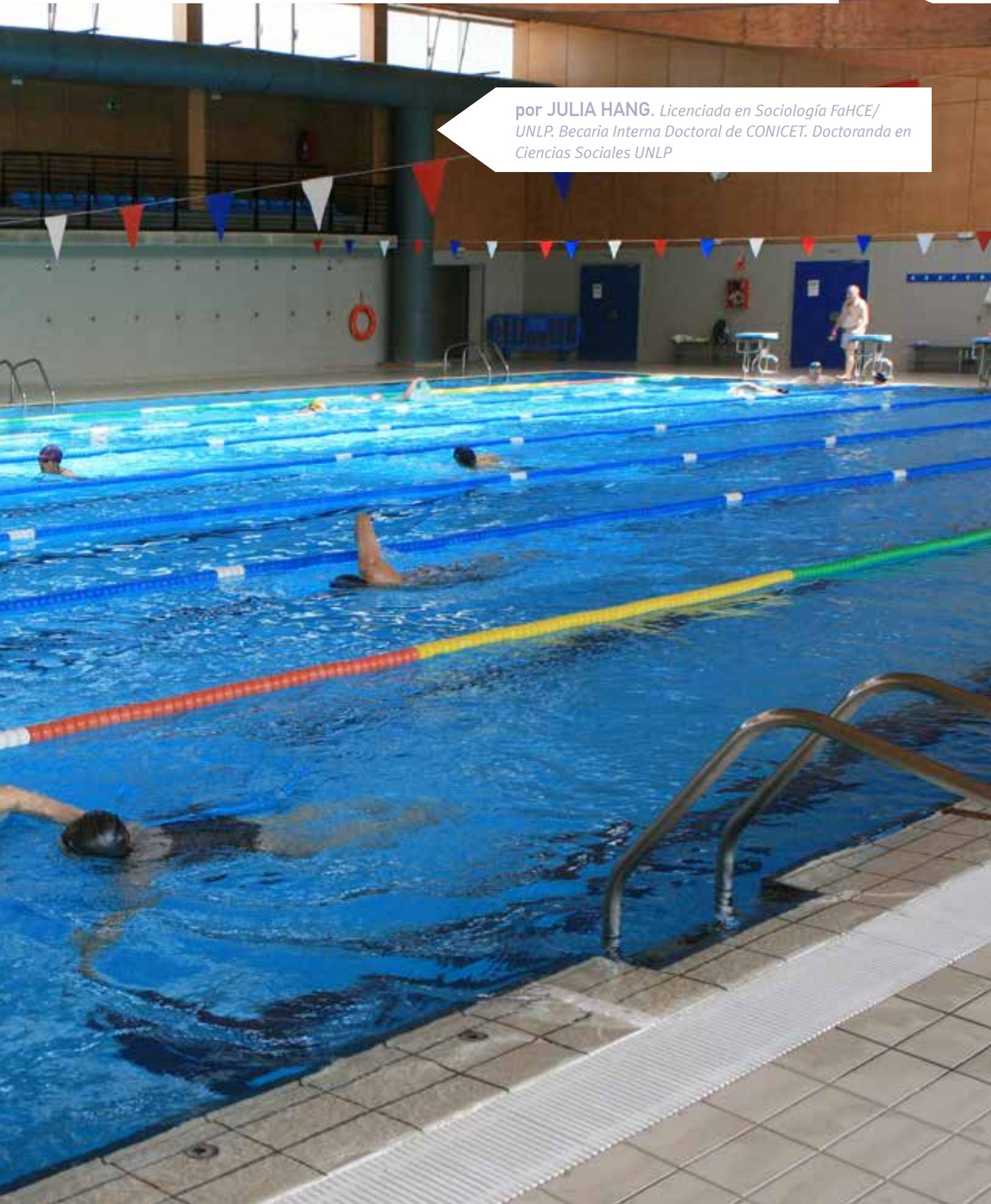
Pensar la aparición de este conjunto heterogéneo de prácticas que difícilmente pueden ser rotuladas como deportivas, es un ejercicio que debería hacerse en sintonía con este nuevo individuo pragmático. ¿Qué mejor escenario para un individuo pragmático que uno como el que componen todas estas técnicas deportivas renovadas, caracterizadas por la idea de que hay que autosuperarse constantemente y ponerse a prueba una y otra vez todo el tiempo?



SACRIFICIO Y DEPORTE AMATEUR. UNA MIRADA SOCIO-ANTROPOLÓGICA A PARTIR DE UN ESTUDIO CON UN GRUPO DE NADADORES ADULTOS

EL SACRIFICIO VINCULADO AL DEPORTE, YA SEA EN SU DIMENSIÓN ECONÓMICA COMO EN SU DIMENSIÓN CORPORAL, TERMINA CONVIRTIÉNDOSE EN UNA CARACTERÍSTICA IDENTITARIA QUE DETERMINARÁ EL IDEAL MORAL Y LA COSMOVISIÓN DE QUIENES COMPARTEN ESE ESFUERZO. EN TIEMPOS EN QUE LA IDEOLOGÍA LIBERAL INVISIBILIZA EL ROL DE LO COLECTIVO, Y RESALTA UNA IDEA DE TRIUNFO Y ÉXITO BASADOS SOLO EN EL SACRIFICIO PERSONAL, ES TAREA DE TODOS RESCATAR EL VALOR DE LA RED DE RELACIONES SOCIALES QUE SOSTIENEN A LAS PERSONAS Y PERMITEN QUE ESE SACRIFICIO SEA POSIBLE.

por **JULIA HANG**. *Licenciada en Sociología FaHCE/
UNLP. Becaria Interna Doctoral de CONICET. Doctoranda en
Ciencias Sociales UNLP*



Si hay algo en lo cual las personas que gustamos de mirar y practicar deporte solemos estar de acuerdo, es que sin al menos un poco de sacrificio, el éxito deportivo no es posible. Durante eventos como los Juegos Olímpicos, por ejemplo, vemos cómo los medios de comunicación destacan e indagan constantemente en las historias de deportistas que, frente a todas las adversidades, y con mucho sacrificio, logran alzarse con el oro. Como espectadores, estas historias nos emocionan. En esta ecuación, cuanto mayor es la adversidad enfrentada por el deportista, mayor es el sacrificio y, por lo tanto, mayor la emoción.

En nuestro sentido común está instalado que, desde pequeños, para lograr lo que queremos hay que esforzarse, trabajar duro y perseverar. Estas categorías, que internalizamos en instancias de socialización como la familia, la escuela o el club deportivo, no significan lo mismo para todas las personas. Si bien es recurrente que se asocie el deporte al sacrificio, y en particular el deporte amateur, sacrificarse no implica lo mismo para todos los deportistas. Los diversos grupos sociales significan sus prácticas de manera diferente, en función de su posición económica, el género, la edad y muchas más variables. Por eso, una de las

tareas de la antropología y la sociología consiste en desentrañar los sentidos específicos que las palabras y las prácticas adquieren para las personas.

Este texto se basa en una investigación realizada en los últimos seis años con nadadores master, adultos de entre 20 y 80 años que entrenan y compiten, donde buscamos mostrar y analizar los sentidos diversos que la categoría de sacrificio adquiere para este grupo de deportistas de un club de la ciudad de La Plata. Creemos que indagando en esta asociación entre deporte y sacrificio es posible pensar una continuidad a la hora de evaluar y comprender otros procesos sociales.

Los estudios sociales del deporte han mostrado que el análisis de las distintas prácticas deportivas nos permite entender cuestiones sociales más amplias (tales como cuestiones de género, desigualdad, política, clase social, entre otras). Creemos, por lo tanto, que vale la pena preguntarnos por los modos en que los valores aprendidos e incorporados en el deporte (tanto en la socialización como en la aprendizaje de las técnicas corporales) se incorporan en el cuerpo bajo un ideal moral del sacrificio, de modo tal que generan esquemas de visión, de comprensión y de evaluación del mundo social.

Podemos sostener que en el caso de los master, la idea de sufrir y sacrificarse en el entrenamiento funciona de hecho como una apuesta a futuro, como una inversión que tendrá sus frutos en la competencia, pero además y fundamentalmente, como marca de superioridad moral, que hermana a los nadadores que han compartido y transitado una experiencia de sacrificio en el agua.

Los nadadores master y el sacrificio

El equipo de natación master del club Unidos de La Plata está compuesto por aproximadamente 60 personas de entre 20 y 80 años. Dos veces por año participan de los Campeonatos Argentinos de Natación Master, que tienen lugar en distintos puntos del país. Allí, las categorías están divididas por sexo y edad (cada categoría incluye 5 años). Si bien en términos de posición socioeconómica podemos clasificar a los miembros del equipo como pertenecientes a la clase media, el equipo está marcado por una heterogeneidad de trayectorias vitales, profesionales y familiares que hace difícil establecer regularidades entre las maneras de pensar, sentir y actuar de sus miembros. Es por esta diversidad que se ponen en juego una variedad de sentidos en torno a la noción de sacrificio que, a modo de análisis, podemos reconstruir en dos dimensiones: por un lado, una dimensión económica, con la cual los nadadores asocian el sacrificio a trabajar y ahorrar para poder tener dinero para participar de las competencias y la práctica. Y por otro, una dimensión corporal, asociada al dolor, al sufrimiento, al agotamiento en los entrenamientos y/o en los días de competencia.

Durante las entrevistas con los nadadores, en conversaciones informales e incluso durante los entrenamientos, el sacrificio aparece como condición necesaria para superarse. En los entrenamientos pudimos observar quejas y comentarios asociados al dolor, al cansancio corporal, al agotamiento, que aparecen constantemente. Una de las nadadoras incluso sostuvo que ese entrenamiento era “una tortura”. Dichas categorías aparecen englobadas por varios de los nadadores bajo el término de sacrificio. Como observadora, entonces, una de las primeras preguntas que emergía refiere a por qué estas personas realizan estos sacrificios. Y del mismo modo, qué significa sacrificarse para los distintos actores. A continuación, entonces, analizaremos esta noción en dos claves analíticas: en su relación con “lo económico” y “lo corporal”.

El sacrificio corporal

Una representación que los nadadores asocian al sacrificio refiere a un sacrificio corporal. Marisa, subcampeona sudamericana en las carreras de 50 y 100 metros pecho en su categoría de mujeres de 45 a 50 años, asegura: “Yo hice un sacrificio inmenso para ganar esas medallas. Entrené con dolor, agotada. Me tomaba dos colectivos todos los días. Muchas veces no tenía ganas de ir, el cuerpo no me respondía. Pero hacía el esfuerzo porque sabía que si quería ganar tenía que entrenar”. Aquí el sacrificio aparece asociado a lo corporal, al agotamiento, al sufrimiento, al dolor, a la imposición de ir a entrenar más allá de estar cansado por las obligaciones diarias.

Al mismo tiempo, no solo a través de las entrevistas sino también en las observaciones en entrenamientos y competencias, pudimos observar cómo los nadadores incorporan, brazada a brazada, una ética del sacrificio. Seguir con el entrenamiento cuando el cuerpo no da más, expresado en quejidos, expresiones de dolor y agotamiento, suspiros; alentar a los compañeros a seguir porque falta poco, son prácticas categorizadas por los nadadores como sacrificio. A través del trabajo con el cuerpo, durante los entrenamientos compartidos cuatro veces por semana, los master incorporan, al tiempo que producen, una ética del sacrificio que opera generando moralidades y principios de visión y clasificación del mundo social.

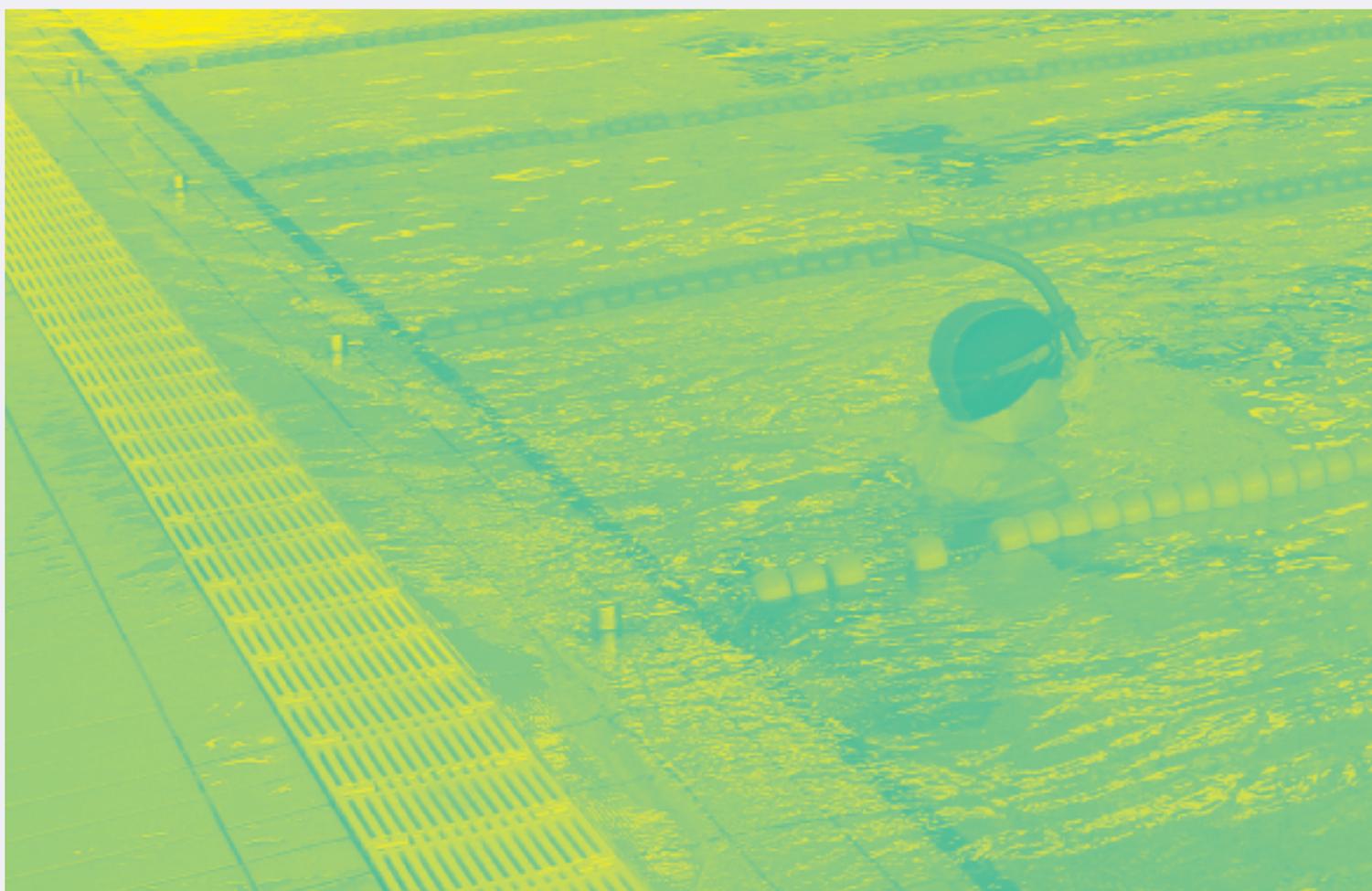
El sacrificio económico

Con respecto a la dimensión económica, Lidia, una nadadora de 65 años de edad, afirma: “No es verdad que los master tienen plata. Muchos hacemos bastante sacrificio para poder participar”. Hacer el sacrificio significa para Lidia trabajar para poder reunir la cantidad de dinero suficiente para pagar las inscripciones, viajar a los torneos y comprar la indumentaria necesaria para entrenar y competir.

Del mismo modo, Mariano, un nadador de 35 años de edad, ingeniero, afirma que “el nadador master hace un esfuerzo mayor, es más valorable. No es lo mismo un nadador juvenil que un tipo que está trabajando, y que le dedica tiempo y esfuerzo a mantenerse compitiendo”.

Al igual que para Lidia, para Mariano el sacrificio aparece aso-

ciado a la dimensión económica, a través del “tener que trabajar”. Así, distingue a los master que tienen que trabajar, pero a su vez dedican tiempo y esfuerzo a seguir entrenando, de aquellos deportistas (juveniles o profesionales) que tienen tiempo (para *entrenar y descansar*). Esta clasificación nos permite considerar los modos en que los sentidos en torno al sacrificio aparecen atravesados por una nueva variable, la variable generacional, donde para los adultos, invertir tiempo y esfuerzo en entrenar redundaría para Mariano en una acción “más valorable”. Hasta aquí, entonces, podemos pensar cómo en torno a la noción de sacrificio y sus vínculos con las dimensiones económicas y generacionales, los nadadores comienzan a establecer categorizaciones que les permiten delimitar sentidos acerca de lo valioso, que seguiremos profundizando a continuación.



Sacrificio y amateurismo

Podemos también pensar al sacrificio en relación con el valor del amateurismo. En este sentido, el hecho de que varios nadadores reafirmen el valor de lo amateur en contraposición a lo profesional implicaría una clasificación moral que hace del sacrificio una característica identitaria. Es decir que ser *master*, a diferencia de aquellos que cobran por competir o que obtienen algún rédito económico, implicaría un mayor *sacrificio*. “A nosotros nadie nos da nada, gastamos y gastamos para seguir representando al club”, enfatizaba Gustavo, un ingeniero de 65 años de edad miembro del equipo master desde hace 15.

Aquí se sostiene el valor de lo amateur, lo que implica no solo no obtener ningún beneficio económico, sino, por el contrario, invertir. Pero Gustavo no invierte porque sí, lo hace para “representar al club”.

Esta idea es interesante, ya que el sacrificio se hace en pos de una institución, la cual, como sostienen los nadadores, *no reconoce nada*. Diversas investigaciones en el campo de los estudios sociales del deporte también remarcan la continuidad existente entre deporte y sacrificio, y el sistema de clasificaciones morales que se establece en torno a él. Entre los “fierros” se representan a su cuerpo como un producto construido a base de la voluntad y el esfuerzo individual, de su sacrificio físico, a través del cual trazan una distancia de aquellos que no logran lo que se proponen, su cuerpo en términos específicos, pero en términos más amplios también cualquier otro objetivo profesional, económico o laboral porque no se valoran ni tienen voluntad. Para el caso del rugby, a través del sacrificio se construye honor y masculinidad, distanciándose así de otros deportes y sectores sociales.

A través del trabajo con el cuerpo, durante los entrenamientos compartidos cuatro veces por semana, los master incorporan, al tiempo que producen, una ética del sacrificio que opera generando moralidades y principios de visión y clasificación del mundo social.

¿Sacrificio para quién y para qué?

Hasta aquí, hemos realizado un breve análisis en torno a los sentidos que el sacrificio adquiere para los nadadores. El sacrificio es económico, es corporal, es generacional, es por el club, pero es por uno mismo, para ganar una medalla. Como observadora, me llamaba la atención las prácticas a las cuales los nadadores denominaban como sacrificadas. Incluso como deportista, creía que exageraban a la hora de pensar su práctica como sacrificada. Sin embargo, como investigadora, ahondando en las prácticas y representaciones, he podido comprender a qué refieren con esta idea de sacrificio. A diferencia de otros deportes en los cuales el sacrificio aparece como una práctica ascética, para los nadadores es más complejo. Cuando viajan a los torneos, además de competir, salen a bailar, duermen poco o consumen bebidas alcohólicas. Sin embargo, ellos hablan de sacrificio.

¿Qué quiere decir esto? Pareciera entonces que la noción nativa de sacrificio opera como una representación de un ideal que no todos cumplen. Sin embargo, el hecho de que los actores presenten su actividad como *sacrificada* nos obliga a tomarla en serio y comprenderla en sus contextos específicos.

Por lo tanto, podemos sostener que en el caso de los master, la idea de sufrir y sacrificarse en el entrenamiento funciona de hecho como una apuesta a futuro, como una inversión que tendrá sus frutos en la competencia, pero además y fundamentalmente, como marca de superioridad moral, que hermana a los nadadores que han compartido y transitado una experiencia de sacrificio en el agua.

Y hay un plus: el club al cual representan, Unidos de La Plata, en los últimos diez años ha estado atravesando una situación económica adversa, expresada en el deterioro de las instalaciones, la falta de infraestructura adecuada. Frente a nadadores que optaron por irse a entrenar a piletas nuevas, los que se quedan destacan el hecho de seguir representando al club a pesar de todo, a pesar de que es un club que para ellos no solo no los reconoce como deportistas, sino que a la vez no les da nada. Pero lo hacen, como ellos sostienen, por amor al club, al equipo y a sus compañeros. Se produce así una alterización con otros equipos, con otros nadadores y también con otros deportes (los cuales sí serían beneficiados por el club), ayudando a reforzar los lazos identitarios entre estos nadadores, y una idea de superioridad moral construida al calor del sacrificio.

Los antropólogos han mostrado que toda relación social se organiza como intercambio. Tampoco exento de contradicciones, el

sacrificio organiza en una economía moral del don-intercambio las relaciones entre los nadadores. Si los nadadores creen que el sacrificio vale la pena por la futura obtención de una medalla, también esperan del club reconocimiento. Ese reconocimiento negado (“nadie nos da nada”) funciona como el “don” no devuelto en esa relación de reciprocidad. Por eso encontramos las quejas constantes de los nadadores.

El análisis de los sentidos nativos en torno al sacrificio en distintos contextos de interacción, nos permitió discutir con la noción instrumental del sacrificio como medio para lograr un objetivo, y a su vez desnaturalizar la idea del sentido común del sacrificio individual como una entrega desinteresada y preguntarnos por las recompensas que este sacrificio tiene para los deportistas. Podemos pensar, como sostienen los nadadores master, que la recompensa es una medalla. Pero fundamentalmente el sacrificio se construye como marca identitaria a través de la cual entra en juego una distinción con otros espacios y otros agentes del mundo social. Distinción que vale la pena seguir explorando para comprender el modo en que a través de ella se juegan maneras de comprender el mundo social, valores, moralidades, relaciones de poder, jerarquías grupales, distinciones (intragrupales e intergrupales), jerarquías etarias, y de clase. Si al principio del artículo planteábamos que indagar en una práctica como la natación vale la pena porque nos permite al mismo tiempo pensar problemas sociales más amplios, ya que a través de este juego de identidades entre quienes se sacrifican y quienes no, se establecen evaluaciones morales no solo en torno a lo que el deporte debería ser, sino a la sociedad. El sacrificio, cuando aparece como sacrificio individual, invisibiliza la red de relaciones sociales que sostienen a las personas, los capitales que permiten que ese sacrificio en el agua sea posible. Establece una dimensión moral acerca de lo valioso, de lo aceptable y lo reprochable en la cual, como varias investigaciones sobre deporte coinciden, el destino y el éxito de las personas parecería depender solo del trabajo y el esfuerzo personal. Pero por otro lado el sacrificio, el trabajo con el cuerpo, redundando en beneficios, en goces corporales, subjetiva a las personas, las hermana. A estas contradicciones, que quizá no sean tales sino partes de un mismo proceso, las ciencias sociales deben estar atentas, sobre todo en un contexto de fuerte avance de la ideología liberal en las sociedades latinoamericanas, aquella que mejor invisibiliza el rol de lo colectivo, de lo heredado, de lo estructural y resalta una idea de triunfo y éxito basados solo en el sacrificio personal.

El sacrificio, cuando aparece como sacrificio individual, invisibiliza la red de relaciones sociales que sostienen a las personas, los capitales que permiten que ese sacrificio en el agua sea posible. Establece una dimensión moral acerca de lo valioso, de lo aceptable y lo reprobable en la cual, como varias investigaciones sobre deporte coinciden, el destino y el éxito de las personas parecería depender solo del trabajo y el esfuerzo personal.





EL DEPORTE EN GENERAL, Y EL RUGBY EN PARTICULAR, ES UN ESPACIO MOLDEADO POR Y PARA HOMBRES. SER HOMBRE ES SER FUERTE, VIGOROSO, PROVEEDOR, CORAJUDO, VIRIL, Y EL JUGADOR DE RUGBY CONJUGA TODAS ESAS CARACTERÍSTICAS. ELLAS INSTAURAN JERARQUÍAS Y ORDENAN A UNA PARTE DE LA SOCIEDAD. ALLÍ RADICA LA EFICACIA DE SU CARÁCTER EXCLUSIVO Y DE PRIVILEGIO. SOMETERSE A ESA JERARQUIZACIÓN Y LOGRAR SOSTENER EL ESCALAFÓN CONSEGUIDO ES LA PRUEBA A PASAR.

DEPORTISTAS, MACHOS Y ARGENTINOS

por **JUAN BRANZ**. *Doctor en Comunicación (UNLP). Becario Posdoctoral CONICET/DAES. Docente FPyCS/UNLP*



Durante siete años observé e intenté comprender qué es *ser macho* entre un grupo de hombres que juegan al rugby en la Argentina. El deporte, como la política, o como el ejército, son espacios moldeados históricamente por y para hombres. Las lógicas que organizan esos lugares (y la mayoría de las instituciones en las que participamos cotidianamente) tienen una fuerte y estricta relación con la modelación de nuestros cuerpos: en el cuerpo podemos analizar las marcas que las prácticas y los discursos –que se nos presentan “naturales”, como si fuesen biología pura–, dividen el mundo entre lo *masculino* y lo *femenino*. En el cuerpo se proyectan deseos que se vinculan con el consumo de productos (ligados, por ejemplo, a la idea de una estética dominante: ser “bello”, “blanco”, “delgado”), o de mandatos sociales y culturales que, desde dichas instituciones, se nos presentan como “necesarias” para ser parte de un grupo al que queremos pertenecer. Ser hombre, y hombre “de verdad”, implica responder a esas disposiciones que, inevitablemente, tendremos que aprender y aprehender, desde niños hasta que la muerte diga basta. Cuando hablamos de ser *macho de verdad*, nos referimos a lo que, en tendencia, nuestras sociedades (patriarcales, profundamente machistas, sexistas y homofóbicas) interpretan, adhieren, garantizan y legitiman: *ser hombre* es ser fuerte, vigoroso, proveedor, corajudo, viril. Esos son los atributos que incluyen históricamente a un hombre dentro del colectivo hombres. El cuerpo debe exhibir esas características y, además, el cuerpo debe ser hablado, debe ser visto y reconocido por hombres y mujeres como un cuerpo dominante. Pues entonces, para ser hombre, hemos aprendido del esfuerzo y el sacrificio de modelar nuestro cuerpo y, también, “saber ver” y “saber hablar” sobre nuestro cuerpo masculino. Esto es un acto de comunicación. Porque la comunicación le da sentido a nuestra cultura, y nuestra cultura

les da forma a nuestras formas de hacer. Es un intercambio de posturas, gestos, palabras, que establece una representación moralmente aceptada entre propios y ajenos a esa masculinidad aceptada.

La experiencia entre cuerpo y deporte es –casi– ineludible para quienes nos interesa entender problemas como la violencia (en todas sus formas), la discriminación, la nación, el género. ¿Qué espacio tan propicio tenemos al alcance de nuestros ojos para entender la relación entre cuerpo y masculinidad? Si ya dijimos que el deporte es uno de los espacios estricta e históricamente pensado y practicado por hombres, el rugby nos habilita a pensar en esa relación, aunque con un agregado: en la Argentina, hace más de cien años, el rugby es practicado por hombres que, en su mayoría, detentan poder; poder real, concreto, de decisión, tanto en la órbita estatal como en la privada. Esos hombres que se han encargado de que el rugby sea un deporte exclusivamente masculino y masculinizante. Hombres que pertenecen a círculos de privilegios (económicos, sociales, culturales): “hombres importantes”. No es un espacio de participación democrática. Hay barreras económicas, pero también culturales. El rugby no es para “negros” en la Argentina. Es para “caballeros”, de estirpe inglesa o francesa (como las tradiciones del rugby lo determinan). Además de ser vigorosos, viriles y heterosexuales, a la hora de jugar hay dos cuestiones que deben complementarse como pares necesarios: la racionalidad de un *gentleman* y la animalidad de un “toro” (las metáforas suelen provenir del mundo animal para explicitar un salvajismo controlado). El rugby es un deporte profundamente mediado por la agresividad en sus técnicas de juego, pero estrictamente codificado bajo normas de “caballerosidad” y “respeto” hacia los rivales y hacia los árbitros. Si pensamos en el par civilización/barbarie, desde el sentido común y desde nuestra historia político institucional, enseguida

abonaríamos a una idea de nación civilizada: blanca, urbana, refinada, masculina, sin ningún vestigio de “lo otro”; entendiendo “lo otro” como la *negritud*, *lo rural*, *lo vulgar*. El espacio del rugby y sus integrantes han enlazado lo animal y lo racional, arrogando una posición de clase, de estatus social, de distinción, de acuerdo con criterios que también quienes no cumplen con los requisitos para ser un *verdadero hombre* aceptan y naturalizan una idea de una masculinidad dominante. Vaya mérito que supieron conseguir: el rugby es un lugar donde se aprende a ser *hombre de verdad*. ¿Quién discutiría esa autenticidad de un hombre distinguido, con un cuerpo vigoroso, si desde el Estado –históricamente– se ha reforzado una imagen positiva sobre las formas de ver y ser visto como hombre? Asistimos a un problema: quienes no respondan a los modos de exhibir un cuerpo que tenga las marcas de una masculinidad aceptada socialmente, no podrán incluirse en el colectivo *hombres verdaderos*. Esto es concebido como un premio que se logra con esfuerzo en diferentes esferas y se conquista ante la aprobación cultural de nuestras sociedades mediante prácticas, pruebas y diversas modalidades de llegar a poseer una “verdadera virilidad” y un modo civilizado de actuar (respetable, distinguido, elegante). Hay un discurso que se encarna en el cuerpo, que se aprende, que se logra y se alcanza. Que llega a ser auténtico cuando los otros lo reconocen. Cuando se “sabe estar” entre hombres se llega a una hombría legítima, “normal”.

Por fuera quedan otras masculinidades, emparentadas a la sensibilidad, al reto de conseguir el estatuto masculino esquivando a la virilidad y la fuerza como únicos atributos que determinan el reconocimiento de hombría. Pero el rugby no lo permite: es un círculo de sociabilidad que solo habilita a aquella *hombría de verdad*; que se sintetiza en el cuerpo, en el lenguaje y en la moral. Hay una constante disputa, al pensar sobre las etiquetas colocadas a los hombres (tanto por los mismos hombres y por las mujeres que reproducen ese orden cuasi normativo), al deshonorar a un hombre por su capacidad sexual y su *verdadera hombría*. Lo que se esquivo es el desprestigio. La etiqueta del desprestigiado en este caso se le asigna por falta de astucia y recursos. Hay ciertos bordes donde se puede estar cerca de la deshonor masculina. Pero hay estrategias constantes de fijación de esa identidad que, como dijimos más arriba, tienen que ver con la palabra que se hace cuerpo.

En la Argentina, hace más de cien años, el rugby es practicado por hombres que, en su mayoría, detentan poder; poder real, concreto, de decisión, tanto en la órbita estatal como en la privada. Esos hombres que se han encargado de que el rugby sea un deporte exclusivamente masculino y masculinizante. Hombres que pertenecen a círculos de privilegios (económicos, sociales, culturales): “hombres importantes”. No es un espacio de participación democrática. Hay barreras económicas, pero también culturales.

La categoría “honor” atraviesa fuertemente el espacio del rugby en la Argentina. Y no es casual. Si entendemos, como hipótesis, que el rugby era –y es– una de las instituciones que repone los valores morales, éticos, políticos, culturales y sociales de la modernidad, y del proyecto denominado civilizatorio, la exaltación del honor, justamente, es un componente esencial para la Argentina como nación. Sobre todo, para la cultura burguesa.

He compartido múltiples secuencias donde fui parte de un “saber ver”, un “saber escuchar” y un “saber ser” de un *verdadero macho*. Escenas donde todos estábamos y debíamos sostener la hombría, por ejemplo, en rondas de anécdotas sexuales diversas. En algunos casos, si alguien narraba una historia donde había participado de una relación sexual con dos mujeres, se redoblaba la apuesta: otro sumaba a dos mujeres y “un putito”, sin perder crédito de su masculinidad, o sin echar a perder (sobre la mirada de los otros) su hombría. Tanto es así que uno de los interlocutores clave de mi investigación triplicó la apuesta y expuso el cuento de sus compañeros con una travesti. Se cumplía el precepto de que las mujeres y los hombres gay son el “otro” con los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades, los subalternizan. Y al suprimirlos, pregonan su virilidad. Allí radica la eficacia de la virilidad: en certificarla. En que el otro la acredite. Si la virilidad es el certificado que habilita a una masculinidad dominante dentro del rugby, la dimensión de la sensibilidad es la que impugna el pergamino de la *verdadera masculinidad*. Es suprimida por una dinámica de relaciones de hombría que clausuran, por ejemplo, el efecto del llanto, la angustia, la añoranza por una mujer, o las muestras de dolor corporal. La domesticación de la sensibilidad es el contralor y el sustento de la auténtica hombría.

Aquí también se produce y reproduce el sentido del **honor** –y por lo tanto el deshonor–, que tendrá que ver con la puesta del cuerpo, con dirimir en cancha –y través de la fuerza física– aquel coraje físico, pero manteniendo la legitimidad histórica y por sobre todo la legalidad institucional. Así se va estructurando lo que representa el *honor y el deshonor*. Que a su vez está revestido de gran importancia, porque será la marca distintiva que permitirá, o no, pertenecer al espacio del rugby, cuyo acceso estará regulado en relación a la acumulación de capital social, económico y cultural, como ya hemos explicado. Pero a veces el límite de lo *justo o lo injusto* (líneas divisorias que guardan relación con lo construido como honorable) recorre márgenes borrosos. Se delimita así otro borde. Lo que sucede dentro de la cancha, y fuera de ella. Los jugadores logran separar tiempos y espacios. Acceden a concebir dos espacios que, en apariencia, consideran diferentes: antes y después del partido. Luego de la disputa también se hacen cuerpo el *honor y la caballerosidad*, que se traducirán en el “olvido” de toda acción agresiva (propia o ajena), y donde la noción de tiempo se transforma. Queda evidenciado, ante la relajación de los cuerpos, que ya no se buscará justicia, que el tiempo para eso, pasó. Solo se mantienen reglas de camaradería y cortesía, históricamente argumentadas. La deshonor de volver el tiempo atrás, intentando salvar el honor



(afectado en alguna acción del juego), podría desembocar en la expulsión del espacio de pertenencia.

Los agentes estructuran así las formas de pertenecer a un espacio distintivo, como es la práctica del rugby en la Argentina. Y además, son cuidadosos en respetar y mantener los *códigos de honor*, que les permiten, ni más ni menos, identificarse con formas de legítimas de *ser hombre*. Garantía necesaria –y suficiente– para reforzar sus identidades.

El honor es algo que se posee, se alcanza. Pero también se puede perder. Pero si se pierde, se puede recuperar. La caballerosidad recubre una forma honorable de actuar en el rugby. Una imagen que expone otro interlocutor es la de “el rugby es un deporte de animales jugado por caballeros”. Es la bravura y el impulso agresivo, complementado con la templanza; con la verdadera característica de un heredero de aquel legado y aquellas tradiciones que marcaron a los “de afuera” y a “los de adentro” del rugby. Ser un caballero es domesticar esos impulsos, esa agresión inherente a la dinámica del juego. Ser caballero implica un sistema moral de “buenos” y “malos” hombres. Los que responden a ideales que se reproducen éticamente en el rugby son los “buenos”. El resto es deshonorado. Y eso se aprende, se reproduce, se interioriza, con los mensajes que los más experimentados les dan a los niños y jóvenes: en la manera de entrenarse, de manejarse fuera

de la cancha, de “enseñar con el ejemplo” (sobre todo, y como dijimos, con una jerarquía etaria). Porque el honor se consigue de arriba hacia abajo. Y demanda un esfuerzo, dentro y fuera de la cancha. Afuera de la cancha “hay que comportarse como caballero. Tenés que ser un señor”, dicen los jugadores de rugby. Un “señor” es reproducir el imaginario emparentado con “lo inglés”: hombres mesurados, educados y elegantes.

Recorrimos los sentidos asignados a la cultura inglesa y francesa vinculada al deporte y a las clases sociales en la Argentina, lo cual parece encarnarse en los cuerpos. La cultura del *gentleman* y del *fair play*, emparentada con lo denominado como “lo inglés”, se reprodujo desde los boletines históricos fundacionales de los clubes de rugby hasta los actuales. Se incorpora esa noción de honor desprendida de ese sistema cultural y moral mediante, por ejemplo, los “banderines de honor” entregados a fin de cada año a los niños y los adultos jugadores. Un jugador cuenta “lo que es el verdadero honor cuando se entregan los banderines”. Es mediante una ceremonia donde se certifica y cualifican esos atributos a los jugadores que mejor los portaron, los poseyeron, los cuidaron, no los perdieron, tras un argumento meritocrático. La categoría “honor” atraviesa fuertemente el espacio del rugby en la Argentina. Y no es casual. Si entendemos, como hipótesis, que el rugby era –y es– una de las instituciones que repone los

valores morales, éticos, políticos, culturales y sociales de la modernidad, y del proyecto denominado civilizatorio, la exaltación del honor, justamente, es un componente esencial para la Argentina como nación. Sobre todo, para la cultura burguesa.

El honor, en el rugby, se emparenta con la reputación. Con una forma de ver y ser visto, de considerar y ser considerado, de evaluar y ser evaluado, de respetar y ser respetado entre la necesidad de los sectores dominantes (en su espacio de sociabilidad y hacia el exterior del mismo) de instaurar jerarquías en el plano, también, de lo simbólico.

Como insiste Sandra Gayol, el honor proveyó un lenguaje. Es la retórica del honor y la caballerosidad que la contiene en el rugby, como cimientos de la respetabilidad social lograda por sus participantes y, a su vez, como mecanismo de diferenciación. Para Gayol ser un *gentleman* no era un atributo obtenido de la posición social que se ocupase. Era una condición lograda con esfuerzo y esmero desplegando una batería de gestos, prácticas y palabras, aprendidos y expresados con “naturalidad”. Lo que se lograba era la distinción. Esa marca que separa y que une a un colectivo respetable y honorable: de *verdaderos caballeros*. Esta marca que es, al mismo tiempo, el destierro de todo lo que tenga que ver con la irracionalidad y la bravura, atribuida a otros grupos sociales, otra vez, como operación de identificación.

En el caso del rugby, el honor específico intragrupal, y el beneficio que trae aparejado resistir, someterse al dolor corporal, tanto en los entrenamientos como en competencia, es el vinculado –históricamente– a garantizar un espacio estructurado en base al modelo de masculinidad moderno. Quizá sea el reconocimiento de mayor valía: garantizar, institucionalmente, los modos de ser *macho*. Emparentado, claro, con la dimensión social de clase. Sostener la autopercepción relacionada con el prestigio social atribuido demanda el sacrificio de exponer el cuerpo al dolor. Y excluye, por contrapartida, a quienes no se sometan a la práctica, ni puedan (por “naturaleza biológica”) solventar materialmente la lógica *amateurista* del rugby.

Aquí hay una concordancia entre el modelo europeizante instaurado en 1880, y en los modos que derivaron en la regulación de un Estado que optó por el plan civilizatorio, en tanto las conductas de sus ciudadanos, y la estructuración moral vinculada a

la institución rugby: desterrar los gestos de bravura, de barbarie. Ni más ni menos que responder al imaginado orden y respectivo código de conducta pública instaurado por el proyecto de la Argentina moderna. El rugby educa hombres, les enseña a responder ante agresiones, dicen los interlocutores. Modera y media en la interposición de agresividad y racionalidad. El rugby prepara *verdaderos caballeros*: viriles, fuertes, corajudos y pensantes. El rugby produce verdaderos ciudadanos. Pero el dilema para pensar una supuesta reproducción de las desigualdades es que el movimiento civilizatorio de las costumbres, las prácticas y el lenguaje, más allá de la emergencia de los Estados-nación, implicó la privatización de todas las funciones corporales. Es decir, todo lo que no haya estado al alcance del Estado y sus instituciones reguladoras podrá significar un modo de concentrar, conservar y reproducir un orden desigual de las prácticas sociales y culturales, al constituirse en espacios privados y círculos de producción de privilegios.

El rugby mantiene la obsesión por instaurar jerarquías: económicas, culturales, etarias, étnicas y de género. Allí radica la eficacia de su carácter exclusivo y de privilegio. Someterse a esa jerarquización y lograr sostener el escalafón conseguido es la prueba a pasar. Ese lugar se mantiene con esfuerzo, con dedicación, y con la performatividad tanto práctica como retórica. Palabras, gestos, actitudes normativas dentro del campo de una masculinidad hegemónica, deben asimilarse y reproducirse en el espacio que hemos estudiado, más allá de que intentamos mostrar que las identidades y las valías que las recubren son situacionales. Y que los hombres que juegan al rugby pueden, a la vez, estar atravesados por un tipo de masculinidad subalterna para los criterios de evaluación del campo. Y también pensamos que el origen social y las trayectorias (transformadas en propiedades legítimas para estar y permanecer en una red de relaciones de privilegio) pueden admitir excepciones, valorizando propiedades secundarias.

Esto nos otorga la posibilidad de pensar en las múltiples formas que se construyen y se nos presentan (ya desde el punto de vista analítico) las identidades y las dinámicas de funcionamiento institucionales. Que no son estancas, que varían, según condicionantes propios, coyunturas, o constricciones externas.

Cuando hablamos de ser “macho de verdad”, nos referimos a lo que, en tendencia, nuestras sociedades (patriarcales, profundamente machistas, sexistas y homofóbicas) interpretan, adhieren, garantizan y legitiman: “ser hombre” es ser fuerte, vigoroso, proveedor, corajudo, viril.

El rugby educa hombres, les enseña a responder ante agresiones, dicen los interlocutores. Modera y media en la interposición de agresividad y racionalidad. El rugby prepara “verdaderos caballeros”: viriles, fuertes, corajudos y pensantes. El rugby produce verdaderos ciudadanos.

por **RODRIGO DASKAL**. *Sociólogo (UBA). Docente en UNLP/
UNDAV/Deportea. Investigador del Centro de Estudios del Deporte
(CED) de la Escuela de Política y Gobierno de la UNSAM*





HINCHAS MILITANTES: FÚTBOL, PASIÓN Y POLÍTICA EN EL CLUB ATLÉTICO RIVER PLATE

AL AGRUPARSE, LOS HINCHAS DE UN EQUIPO CONSTITUYEN UN CAMPO IDENTITARIO. EN ESE ESPACIO DIALOGAN Y DISCUTEN SOBRE LA MANERA EN QUE SE VERÁN A SÍ MISMOS Y CÓMO MIRARÁN A LOS OTROS, LOS HINCHAS RIVALES, ASÍ COMO TAMBIÉN CUÁL ES LA MANERA EN QUE QUIEREN SER PERCIBIDOS POR EL RESTO. EN ESTA CONSTRUCCIÓN, EL NIVEL DE EMOTIVIDAD Y COMPROMISO RESULTA TRONCAL PARA ORGANIZAR Y DESPLEGAR EL ACTO IDENTITARIO POR EXCELENCIA, LA FIESTA EN LA TRIBUNA. EN ESTE TEXTO, EL CASO DE LOS HINCHAS DE RIVER PLATE.

E

l día 26 de junio de 1996 se disputa en Buenos Aires, Argentina, la segunda final de la Copa Libertadores de América entre el club local, River Plate, y el colombiano América de Cali. Los registros fílmicos del momento en el que los jugadores locales ingresan a la cancha muestran una inmensa nube de humo, que vuelve casi imposible la visibilidad, producida por una gran cantidad de bengalas de luz de color roja distribuidas en los distintos sectores del estadio, las que acompañan a miles de banderas que se agitan y gran cantidad de papeles arrojados al aire.

Una mirada despreocupada de las imágenes puede dejar librado al azar la existencia de todo ello, previo y durante el ingreso de los equipos. Sin embargo, dicho paisaje no fue una consecuencia meramente espontánea, sino el resultado de la acción coordinada de un grupo de hinchas, algunos amigos pero mayormente aún meros conocidos, que a comienzos de la década de los '90 comenzaba a organizarse para acompañar al primer equipo de fútbol de River Plate, para fletar micros y poder asistir a los partidos de visitante, aunque también para ir organizando otro tipo de actividades en conjunto.

El testimonio de uno de ellos nos cuenta que luego de un primer viaje en tren con un grupo pequeño de amigos a la ciudad de Rosario en el año 1993, el deseo de asistir a los partidos en ciudades lejanas de Buenos Aires comienza a forjar una fuerte sociabilidad entre aquellos que asistían a los mismos en tren o micros de línea, hasta que en 1994 deciden alquilar su propio micro para viajar a Córdoba: "Éramos treinta y cinco en el micro, nos costaba llenarlo, y a partir de ahí al ser el único grupo que sacaba micros ya era un poco más fácil... primero era de boca en boca y desconocidos... no había mails, celulares, éramos nosotros, treinta o cuarenta, después terminamos llenando siempre el micro pero así arrancamos [...] Después sigue con el boca en boca... pidiendo dos pesos por cabeza para comprar bengalas, tres tiros, rollitos, todo lo concerniente a la fiesta en la tribuna a la salida del equipo, también desde el año 1993. Fue más o

menos todo junto [...] dos pesos por aquí, dos pesos por allá, la gente ya te conocía, los que no te conocían se enteraban y después cuando ibas a repartir las cosas, esa retribución volvía". La final citada de 1996 resultó un momento de fuerte impulso para ellos, cuando alrededor de cien bengalas se encendieron simultáneamente luego de ser escondidas el día anterior en el interior del club. Se conectan allí esta acción organizada con la todavía inorgánica de muchos simpatizantes que actuaban por cuenta propia, ingresando pirotecnia, papeles o bengalas; sin embargo, en partidos previos de esa misma competición se habían realizado ya "fiestas en la tribuna", como ellos mismos pasarían a nombrarlas. El entrevistado resultaría, con el tiempo, uno de los líderes de este grupo inicial y de los otros que posteriormente se organizarían, también, en un plano más institucional y político. La propia cultura del hincha lo identificaría en dos niveles; por un lado, como "Fernando de Los Parques", en asociación a la bandera de la que fue dueño y que se transformó en una referencia en términos iconográficos en el estadio, y en segundo lugar cuando ya el grupo que lideraba se identifica con un nombre: *Todo por River*, asociado también a una revista tipo fanzine que comienzan a editar y repartir los días de partido, de forma casera y manual.

Los movilizaba una variable, aunque no la única, vinculada a la "hinchística", al folclore de los simpatizantes y el "rol" que ellos "juegan" o creen jugar: el color de las tribunas y plateas, la cantidad de asistentes a las mismas, las banderas, los cantos: la fiesta en la tribuna.

La conformación temporal de *Todo por River* fue casi simultánea con otros grupos distintos de hinchas, que confluían entre sí: uno de ellos, organizado por medio de las incipientes redes tecnológicas como "listas" de hinchas y foros de Internet, se denominó *AgruPasión Gallina*. Junto a estos dos grupos surge un tercero, ya que a los hinchas unificados por ir reconociéndose en la cancha y a aquellos que lo hicieron por las redes sociales, se suma el de aquellos que forjaron su vínculo principalmente en el desarrollo de actividades deportivas y sociales en el club, más allá de que también asistían a los estadios: *Siempre River*.

Estos tres agrupamientos de lo que hemos llamado *hinchas militantes* comenzaron a organizarse y relacionarse en términos de sociabilidad para realizar actividades los días de partidos, para ir a la cancha juntos, sobre todo en condición de visitante alquilando combis o micros, para publicar y distribuir volantes difundiendo letras de canciones u opiniones muy vinculadas al folclore futbolero. Los movilizaba una variable, aunque no la única, vinculada a la "hinchística", al folclore de los simpatizantes y el "rol" que ellos "juegan" o creen jugar: el color de las tribunas y plateas, la cantidad de asistentes a las mismas, las banderas, los cantos: la *fiesta en la tribuna*. Esta se va constituyendo como campo identitario, donde se dialoga y discute por un lado con una propia concepción de sentido común para verse a sí mismos, pero además y centralmente, con una manera de mirar a los "otros", los hinchas rivales, y de ser mirados por ellos, aunque también y muy importante, por los propios hinchas. Un terreno de disputa simbólico anclado en cuestiones prácticas; un colectivo imaginario, la hinchada toda, que libra su propia batalla y para el cual se utilizan herramientas, algunas de ellas difícilmente cuantificables, adecuadas para la visión nativa: cantar en mayor o menor medida, asistir o no al estadio, vestir una tribuna o platea con banderas y mosaicos, realizar acciones concretas por situaciones puntuales, etcétera.

Unos años después, el poder de movilización de estos grupos se verificaría no solo en los estadios, sino también en otras actividades más allá del fútbol, algunas de índole benéfica y solidaria que desarrollaban desde el inicio de su conformación. Pero un momento de inflexión ocurriría en el año 2001, cuando al cumplirse el centenario de River Plate organizan en su carácter de hinchas una caravana para festejar el aniversario de club, la que unió el viejo estadio en las actuales avenidas Libertador y Tagle de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con el actual en la avenida Figueroa Alcorta. Organizada con mucho esfuerzo y métodos artesanales, la movilización en esos kilómetros de alrededor de cien mil hinchas representó, para ellos, ver concretada una acción cuyo esfuerzo y realización misma eran el fin en sí mismo, sin otra motivación que ser partícipes de ella y verla concretada.

El derrotero de estos grupos de hinchas habilita el análisis sobre algunas dimensiones: una de ellas, las características del vín-

culo con la institución en niveles diferentes aunque vinculados: el “pasional” o “sentimental” por un lado, y el del compromiso político al interior del club por el otro. La primera cuestión permite preguntarnos respecto de si tienen los hinchas militantes, y sus actos, algún tipo de sentido colectivo y basado en qué características. De haberla, ¿hay en dicha experiencia rastros de una concepción comunitaria moral de tipo durkheimniana? ¿Es posible pensarlos bajo el concepto de comunidad emocional de Max Weber, y ponerlo en tensión con determinados valores predominantes en las sociedades actuales?

Podemos afirmar, sobre la base de los testimonios y las evidencias conocidas, que el nivel de la emotividad resulta troncal en el accionar de los hinchas militantes al momento de organizar y desplegar la *fiesta en la tribuna*, en la concepción de jugar y ganar “su partido”. Los hinchas conforman, por un lado, una comunidad cerrada en tanto el sentido de sus acciones limita y excluye, pues no solamente es requisito para ser parte de la misma una adhesión emocional y concreta a un club, sino un umbral mínimo de compromiso personal para con el mismo, y en cuyo interior sus miembros se consideran como iguales o *compañeros*. Pero a la dimensión de la adhesión emocional y afectiva debemos sumarle la vinculación con la idea de comunidad en tanto sentido de ser y estar con “otros” frente al mundo, y donde el concepto de *efervescencia colectiva* se torna una efervescencia creadora e integradora. A la vez que limita, la adhesión emocional conforma una pertenencia grupal de características bastante particulares.

Estos grupos de hinchas futboleros no se congregan religiosamente, aunque ejerzan secularmente una representación “religiosa” en sus vínculos con el fútbol; no se rigen por patrones morales religiosos, pero organizan sus prácticas con reglas más o menos estables también de tipo moral, y no vivencian los mitos ni asisten a ritos con conciencia religiosa, pero dan forma a sus propios mitos seculares y suponen que asistir al estadio constituye un “rito”. Establecen con el fútbol, aunque centralmente con su club, un vínculo pasional, pero también entre ellos conforman lazos comunitarios basados no estrictamente en la obtención de beneficios y logros materiales o económicos, sino más bien de bienes de satisfacción emocional, lo que muchas veces les requiere horas de esfuerzo y dificultades y que se ve reflejado luego en esos efímeros minutos en los que la *fiesta en la tribuna* se vuelve protagonista.

La segunda cuestión vincula estas prácticas y actores con sus instituciones en el plano de la acción política, siendo los clubes asociaciones civiles no lucrativas basadas en la participación voluntaria y aporte de sus socios y el ejercicio de la democracia

asociativista. ¿Hasta dónde muchos de estos hinchas militantes realizan un pasaje, no necesariamente excluyente, de vincularse con el club meramente como hinchas los días de partido a comprometerse en su arena política constituyendo agrupamientos, participando de elecciones, colaborando en comisiones o integrando responsabilidades directivas? ¿Qué ocurre cuando los hinchas militantes entran en contacto con los distintos estamentos de la institución, desde los empleados administrativos hasta los socios que integran las diferentes comisiones y subcomisiones y los dirigentes políticos más tradicionales?

Las formas institucionales y no formales de la acción política, el rol de las relaciones personales, las redes de intercambio y de interdependencia, juegan aquí un rol central a la hora de analizar cómo y de qué manera estos hinchas comienzan a vincularse con la institución y su dimensión política concreta, y qué tipo y formas de sus prácticas adoptan, dejan de lado o rechazan. “En un principio lo que no queríamos que nos pase, si bien éramos un grupo muy informal y a la distancia veo que no hubiese pasado nada, queríamos evitar la palabra *River* en el nombre por una cuestión de derechos y que después no viniera a decirnos algo el ‘club’ que no podíamos usarlo... queríamos ser totalmente independientes, tener una opinión diferenciada de la que podía tener cualquier grupo del ‘club’...”, expresa un hinchista entrevistado que ocupa actualmente un espacio de gestión política en el club e integra la conducción de una de sus agrupaciones.

La necesidad de diferenciarse de la institución, incluso nombrando como “el club” a lo propiamente institucional –los empleados de la gestión, dirigentes, agrupaciones reconocidas, subcomisiones y comisiones, etc.–, muestra cómo en sus inicios este grupo tomaba abierta distancia, diferenciándose de casi toda formalidad institucional y de responsabilidades políticas. Pero buena parte de estos hinchas militantes optaría después por la participación política en el club, lo que ocurrirá de diversas maneras, una de ellas conformando una agrupación política, *Caravana Monumental*, cuyo nombre remite a la caravana del centenario del año 2001. Este pasaje, al igual que toda participación política, es nodal en los clubes argentinos cuya conformación tradicional y legal como asociaciones civiles sin fines de lucro hace del compromiso de los socios su principal vector de funcionamiento.

Este proceso de historia reciente nos muestra un camino de conformación de actores políticos en la sociedad civil: hinchas que conforman agrupamientos meramente futboleros y de distintos orígenes como lo son *Todo por River*, *AgruPasión Gallina* y *Siempre River*, y cuyo motor principal es la construcción de un “folclore” propio que acompañe al equipo en los partidos

de fútbol, sin abandonar ello pasan a ser partícipes de la arena política y en algunos casos de la gestión oficial del club. Hay en este proceso matices y contradicciones, como pueden serlo lo ocurrido con las características que esta incorporación tuvo, o con aquellos integrantes de los grupos que no “avanzaron” en este proceso de politización. La posibilidad de comparar con otras instituciones permitirá ampliar el conocimiento sobre un terreno de gran fertilidad para el estudio en el plano cultural del fútbol, y de la política y la sociabilidad que se despliegan y generan en los clubes considerados como capital social.



Los hinchas conforman, por un lado, una comunidad cerrada en tanto el sentido de sus acciones limita y excluye, pues no solamente es requisito para ser parte de la misma una adhesión emocional y concreta a un club, sino un umbral mínimo de compromiso personal para con el mismo, y en cuyo interior sus miembros se consideran como iguales o compañeros.

“PROMESAS DE CRACK”. CONSIDERACIONES SOBRE EL PROCESO DE FORMACIÓN DE FUTBOLISTAS PROFESIONALES

AL MOMENTO DE PENSAR EL PROCESO DE CONFORMACIÓN DE UN FUTBOLISTA INTERVIENEN MÚLTIPLES VARIABLES ENTRE LAS QUE SE DESTACAN LA INFLUENCIA DE FUERZAS SOCIALES, ECONÓMICAS Y CULTURALES QUE PREFIGURAN UNA DETERMINADA CONCEPCIÓN DEL FÚTBOL. ESTO GENERA QUE EL CAMINO HACIA EL PROFESIONALISMO ESTÉ CARGADO DE ASTUCIAS Y ESTRATEGIAS SUBJETIVAS QUE EXCEDEN EL DESEMPEÑO DEPORTIVO, HACIENDO QUE SEAN REALMENTE POCOS QUIENES CUMPLEN EL OBJETIVO DE LLEGAR A PRIMERA.

por **FEDERICO CZESLI**. *Magister en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana de México-Unidad Iztapalapa y Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires*

por **DIEGO MURZI**. *Magister en Sociología por la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris. Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Becario doctoral de CONICET IDAES/UNSAM. Vicepresidente de la ONG Salvemos al Fútbol*





En el fútbol argentino el número de jóvenes que se convierten en jugadores de fútbol profesional es muy reducido en relación con la cantidad que lo intenta. Los entrenadores coinciden en que solamente alrededor del 3% de los que componen la séptima categoría juvenil de un club (chicos de 15 y 16 años) llegarán a firmar un contrato profesional. Y si bien la firma del contrato representa la meta más ansiada para el futbolista en formación, esa instancia tampoco es sinónimo de un futuro de fama, reputación y tranquilidad económica en todos los casos. El porcentaje es mucho menor si pensamos en jugadores que logran alcanzar la elite del fútbol argentino, jugar en la A y realizar una carrera extensa, para no hablar de aquellos que consiguen llegar a mercados más competitivos como el europeo o triunfar en la selección nacional. Pero esos pocos, esa cifra mínima de jugadores-estrella, logran construir una aspiración de vida que permea sobre una gran cantidad de niños y adultos. Con ellos como espejo, los chicos se incorporan a espacios de entrenamiento de alto rendimiento en los que practican a diario con un régimen disciplinario sumamente exigente, compiten para “demostrar” a sus entrenadores que son verdaderas “promesas” en las que vale la pena hacer una inversión, se construyen como hombres machos que no temen sacrificar el cuerpo, se alejan de sus familias y pasan a convivir con compañeros con los que comparten su vida pero que a la vez son rivales directos en la competencia por seguir en el club la temporada siguiente.

El ingreso de los aspirantes a futbolistas en edades tempranas a una actividad reglada, estructurada y con alto grado de especialización, donde la organización-club despliega protocolos y rutinas que apuntan a transformar sus cuerpos y sus conductas, supone para los jóvenes la inscripción a un proyecto de vida que es intenso y a la vez sumamente incierto. Esto inevitablemente tiene consecuencias para los chicos, que son confrontados diariamente con nociones como el éxito y el fracaso en el marco de una actividad socioprofesional que es competitiva pero no rentada, y que se sostiene en buena parte sobre deseos: deseos de gloria deportiva,

deseos de dinero, de comprarles una casa a sus padres, de conseguir parejas sexuales, de salir en TV, todo tipo de deseos. Analizar la formación de atletas desde las ciencias sociales abarca entonces un conjunto de elementos que atraviesan una práctica que se presenta antes que nada como deportiva, que posee como valores principales la victoria y el éxito y que tiene como organización central a los clubes de fútbol, espacios que en general asumen que son responsables de la formación de los jugadores “como personas” pero que no dudan en desprenderse de ellos si no demuestran el rendimiento esperado.

A partir de observar el mundo de la formación de futbolistas desde nuestros respectivos espacios académicos (la Universidad Nacional de San Martín en la Argentina y la Universidad Autónoma Metropolitana de México) y de conseguir una beca de la FIFA, en los últimos años realizamos tres investigaciones, en la Argentina, en Francia y en México, siempre con futbolistas de entre 15 y 17 años. A continuación, compartimos tres de los ejes principales de esas investigaciones: las trayectorias socio-deportivas de los jugadores, el rol de los clubes de fútbol como promotores de saberes y sentidos, y el lugar que ocupa el dinero en el proceso formativo.



Trayectorias deportivas: la gestión social del talento

¿Cómo nace un jugador de fútbol? ¿Dónde se origina el deseo de un chico por ser futbolista? Nuestra investigación expone una certeza: el ser futbolista es una construcción social. Jugar con los padres, en el colegio, en escuelitas de fútbol o en la calle, recordar las historias de padres o familiares futbolistas o mirar el fútbol por televisión son algunos de los elementos que condicionan las primeras experiencias de un niño con el deporte. Nada de otro mundo, excepto cuando observamos que en muchos casos ese "juego" infantil es relatado por los chicos como un entrenamiento sistemático, en el que junto a sus padres practicaban el pase con cara interna, la gambeta o el remate. O en aquellos casos en que los chicos dicen no haber sido talentosos ni sentirse atraídos por el fútbol, y sin embargo el padre (la figura paterna aparece como central en los relatos) insistió hasta que ellos comenzaron a sentir "la pasión" que hoy los lleva a entrenar a diario.

En algunos casos los jóvenes sostienen su práctica sobre la idea de que nacieron talentosos. En otros, sobre el esfuerzo que realizan desde la primera infancia. Entre los primeros hay una frase

recurrente: "[cuando era chiquito] jugaba con chicos más grandes". La idea es que ya desde pequeños marcaban una diferencia respecto de sus pares, presentándose a sí mismos como poseedores de un don "natural" para el fútbol que habilita y justifica su ingreso a los clubes para desarrollar la carrera de futbolistas.

En Estudiantes de La Plata, club con el que trabajamos en la Argentina, el 70% de los chicos entrevistados era del interior del país y solo 30% provenía de ciudades o barrios cercanos al club. En Olympique de Marsella, club francés donde también realizamos trabajo de campo, la cifra era simétricamente opuesta e incluso la cercanía de origen era una política de reclutamiento, ya que se consideraba que no era beneficioso reclutar a chicos menores de 15 años que viviesen a más de 50 kilómetros del club debido al estrés que les provocaba el destierro.

Sin embargo, en el recorrido entre la casa paterna y el club suceden muchas cosas. Entre los jugadores de Estudiantes el 80% había pasado por un promedio de tres equipos antes de llegar al club. En algunos casos jugaban campeonatos con adultos, se probaron en tres o cuatro equipos de Primera División con o sin éxito e incluso fueron objeto de transacciones comerciales por sus transferencias. Las historias devienen complejas y cargadas



de experiencias que estructuran representaciones, modos en que ellos hoy miran y vivencian el fútbol.

Observemos el siguiente relato de un chico mendocino que en 2012 arribó a Estudiantes de La Plata, y que permite ilustrar algunas de las formas en que los jóvenes se desarrollan.

“...a mí me daba miedo antes, jugar. (...) Mi papá me contaba que yo fui a una escuelita y un entrenador mío me gritaba, y yo me asusté y me largué a llorar y no quise jugar más al fútbol por un mes (...) [El entrenador] me gritaba para mi bien, porque mi papá lo conocía, y no me acuerdo yo, porque era chiquito, tenía cinco años ponele. (...) Mi papá me apoyaba, nada más, me apoyaba. Después me intentó decir ‘no tenés que tener miedo, lo hace por tu bien’ (...) Allá jugaba en una escuelita (...) yo tenía seis años y me ficharon a escondidas para que yo pueda jugar con los '97 [jugadores dos años más grandes]. (...) el club puso plata a la Liga [hizo un soborno] para que pueda jugar. Porque si no yo no podía jugar, por el tema del seguro (...)

–¿A los siete años ya tenías pase?

–Claro, ya tenía pase, ya tenía un contrato y el pase, y el pase era del club y no me lo querían dar. Y mi papá tuvo que pagar. El pase era en esa época como 1.500 pesos, y era mucha plata en esa época, año 2006. Y mi papá (...) terminó pagando como doce pelotas y cuatro juegos de pecheras (...) para que me dieran la libertad, si no, no podía jugar en el torneo. (...)

Entonces, un chico desde los inicios presionado por su padre y por el entrenador, que aprende que esas formas de presión son “maneras de apoyarlo”, que conoció que para jugar puede ser necesario pagar o incluso sobornar y que por ende su juego vale dinero. El relato continúa: con once años el chico pasó a un club provincial en el que salió campeón, el entrenador le consiguió una prueba en Newell's Old Boys, el chico la superó y a partir de ahí debieron apelar a un representante para ir a Santa Fe, donde en un principio iba cada 15 días para no alejarse de su familia. Según su relato, en Newell's los compañeros lo maltrataban y amenazaban con lesionarlo, o no le pasaban la pelota porque temían que les ganara el puesto. En paralelo y según su relato, el representante lo llevó a probarse a Boca, River, Banfield, Lanús y San Lorenzo, equipos en los que también fue aceptado pero a los que no se incorporó porque según su padre “era muy chico”. De ese representante su padre decidió desprenderse cuando se cumplió el plazo porque solo lo utilizaron para acceder a Newell's, de modo que también aprendió que para crecer es posible utilizar a otros actores.

Esta historia, al igual que muchas otras que encontramos en el campo, da cuenta de la influencia de fuerzas sociales, económicas y culturales que configuran una concepción determinada del

El ser futbolista es una construcción social. Jugar con los padres, en el colegio, en escuelitas de fútbol o en la calle, recordar las historias de padres o familiares futbolistas o mirar el fútbol por televisión son algunos de los elementos que condicionan las primeras experiencias de un niño con el deporte.

fútbol y producen representaciones sobre las que se estructura la práctica. Y también expone que más allá de las particularidades de cada trayectoria, las historias están fuertemente desligadas de cualquier linealidad, y por ende, el camino hacia el profesionalismo está cargado de astucias y estrategias subjetivas que exceden el desempeño deportivo. A pesar de que el acceso al primer contrato profesional aparece como la consumación de un proyecto compartido entre el club y el jugador, lo que prima en los relatos de estos últimos es una creciente autonomización del proyecto propio de devenir futbolistas independientemente del lugar donde se realice.

El ingreso de los aspirantes a futbolistas en edades tempranas a una actividad reglada, estructurada y con alto grado de especialización, donde la organización-club despliega protocolos y rutinas que apuntan a transformar sus cuerpos y sus conductas, supone para los jóvenes la inscripción a un proyecto de vida que es intenso y a la vez sumamente incierto.

Los clubes de fútbol como productores de saberes, sentidos y valores

Una de las propuestas centrales de Michel Foucault consiste en pensar la noción de "institución" como aquellos mecanismos a través de los cuales se evita la multiplicidad de sentidos posibles. Sin embargo, para este autor el poder no solo es coercitivo sino que también es "productivo", porque produce saberes y placeres, cierta lógica en los conocimientos que se valorizan y los que son excluidos, y en los actores que definen lo que es verdadero. Este poder se pone en juego en infinitas relaciones entre hombres y mujeres, entre padres e hijos, entre "el que sabe" y "el que no sabe". El autor se pregunta en *El poder: una bestia magnífica*: "¿Qué sería del poder del Estado, el poder que impone el servicio militar, por ejemplo, si en torno de cada individuo no hubiese todo un haz de relaciones de poder que lo ligan a sus padres, a su empleador, a su maestro: al que sabe, al que le ha metido en la cabeza tal o cual idea?".

El fútbol en general y los clubes en particular funcionan como productores de sentidos y promotores de saberes y de placeres. ¿De qué manera? En los modos que ponen en juego para que los jugadores se brinden enteramente y alcancen su máximo rendimiento. Lo interesante es que aquellos elementos que observamos en los clubes pueden ser detectados también en otros espacios de las sociedades occidentales contemporáneas.

El primero es la generación de una estructura de observación: la idea de que los jugadores siempre están siendo evaluados en su rendimiento por el cuerpo técnico, y que en consecuencia la "oportunidad" de ascender de categoría o incluso de llegar a Primera está siempre presente, latente: cualquier partido puede ser el que catapulte al jugador al estrellato. Esta noción es central entre los jugadores: para "llegar" se necesita "tener la oportunidad" pero también "aprovechar la oportunidad". Esto tiene una contraparte, que es el incremento de la presión y el estrés, porque si cualquier partido puede cambiarles el destino de forma positiva, también puede hacerlo de manera negativa, y entonces cualquier error los puede dejar fuera de la carrera por llegar a Primera.

En segundo lugar, lo que en el club Pumas de México llamaron "lo aspiracional", que consiste en una gestión diferenciada de los recursos materiales: para lograr que los chicos se esfuercen más, se propicia la escasez. No hay espacio en la vivienda pensión para todos, el número de fichajes es escaso, en la Argentina el salario sólo se consigue cuando se alcanza la Primera... cada club lo pone en juego a su manera, pero la lógica consiste en que incluso si hubiera recursos para brindarles a todos, por ejemplo, un juego de camisetas o un casillero en el vestuario para que dejen sus cosas, conviene no dárselos para que no sientan "que se ganaron el puesto".

Una tercera forma de ejercer el poder y promover el desarrollo es la puesta en práctica de premios y castigos, y a partir de ahí la generación de esperanza (de llegar) y de temor (por quedar afuera). El club da muestras de que ambas situaciones pueden suceder. El gesto más claro es que si un jugador tiene un mal partido se lo excluye del once inicial en el partido siguiente. Si tiene un partido pésimo, al siguiente se lo pone a jugar en un torneo de menor jerarquía, como es el caso del Torneo Metropolitano en la Argentina. Se podría pensar que la idea es que el entrenador realiza esos cambios para mejorar el equipo, pero muchas veces las modificaciones son una estrategia pedagógica: al sacar al jugador del equipo lo que se busca es afectar su orgullo y así promover que se esfuerce más por volver a ser titular. El objetivo es también a largo plazo, al generarle al joven la sensación de que si su futuro se definiese esa semana se quedaría fuera de la carrera por llegar a profesional.

Por el contrario, si tienen buenos desempeños los suben de categoría o los hacen jugar como *sparings* de la Primera. Y sin dudas, un elemento que opera como “premio” son los viajes al exterior para jugar en torneos internacionales. Allí son llevados algunos jugadores seleccionados del equipo, y esa experiencia constituye los primeros contactos con la imagen arquetípica de la vida del jugador-estrella. Para chicos que provienen de contextos socioeconómicos donde viajar al exterior no es una posibilidad cotidiana, el viaje implica además una diferenciación respecto de sus pares no futbolistas: el fútbol les permite disfrutar las mieles de ser “promesa”, y si quieren mantener esos placeres tienen que mantener el nivel de juego.

Finalmente, otro elemento es la circulación en el mundo de la formación de la idea de que “el esfuerzo” es la variable que define que un jugador llegue o no. Es la creencia democratizadora, la que los ubica a todos en la misma posición y niega los otros capitales –sobre todo el económico, social y simbólico– que permanentemente se ponen en juego. Múltiples relatos sostienen la creencia de que “pese a todo, la posibilidad siempre está”: las historias de aquellos jugadores que no eran considerados en sus equipos y que de golpe lograron demostrar su juego y ser valorados en su medida y llegaron a Primera. Entonces, a partir de aquí el club propone “no bajar los brazos” en ningún caso, incluso si no pareciera haber posibilidades de lograr el objetivo.

El rol del dinero en el proceso formativo

El dinero representa una dimensión que atraviesa el proceso de formación de muchas maneras y está presente en el modo en que los jugadores llevan adelante su práctica, pero dado que es un elemento que contradice valores tradicionales del deporte como la competitividad o el deseo de gloria, al indagar en los actores sobre esta dimensión nunca apareció como prioritaria o central en el discurso directo, aunque los jugadores sí se permitieron señalar que entre sus compañeros había chicos que “sólo jugaban por la plata”.

Esto implica que es indudable que los jóvenes han naturalizado e incorporado la propuesta económica del campo futbolístico. Pero lo que se observa es que el dinero les interesa en primera instancia como medida de su valía deportiva, entendiendo que los salarios dependen de la calidad del jugador y lo perciben como una retribución por su nivel de juego. Así, encontramos chicos que declaraban que estarían “orgullosos” si un club pagara una suma importante por sus transferencias, interpretando esta situación más como un logro deportivo que como un logro económico. Algo que caracteriza a la formación en la Argentina es que los jugadores de divisiones inferiores no perciben un salario por su actividad: se trata de una práctica donde el dinero aparece como la apuesta de máxima. Esto no sucede así en otros países: en Francia, por ejemplo, más de la mitad de los chicos de 15 años cobra dinero por jugar, porcentaje que se incrementa a medida que avanzan en su trayectoria por las divisiones juveniles. Allí la oferta de un contrato funciona para los clubes como una herramienta de persuasión para atraer a los jóvenes prometedores, al mismo tiempo que protege a la institución de eventuales solicitudes de otros clubes para hacerse con los servicios del jugador. Cuando indagamos entre los entrenadores argentinos acerca de si los jugadores juveniles debían o no cobrar un salario, encontramos que en gran parte la respuesta fue negativa, amparada en la idea de que una recompensa material podría limitar o mermar el esfuerzo de los chicos por llegar al profesionalismo. Esa idea se sostiene desde los entrenadores-educadores sobre una doble presunción: por un lado, que los bienes y servicios a los que se accede con el dinero desviarían a los jugadores de su foco central que es la práctica deportiva, y por otro, que el dinero



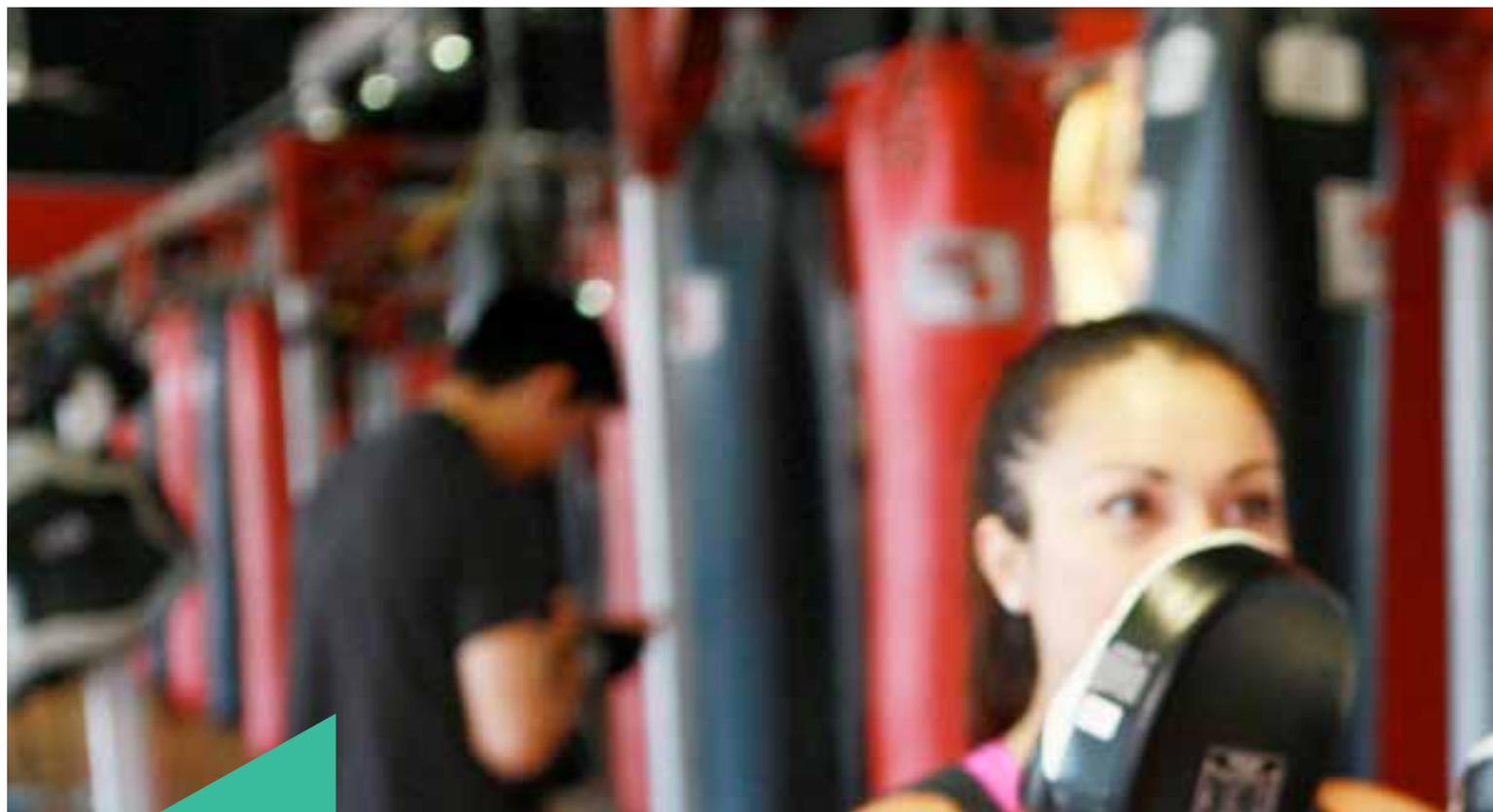
debe ser un premio, algo que se gana con esfuerzo en la cancha y no un beneficio cotidiano que se acuerda en un escritorio, como señalamos párrafos más arriba en relación con la idea del “esfuerzo”.

Sin embargo, en la Argentina la inexistencia de salarios habilita una gama de arreglos económicos no oficiales que tienen al representante como tercer actor, mediando entre el club y el jugador. Muchas veces el representante se transforma incluso en sostén económico del jugador, pagándole un sueldo mensual. Estos acuerdos son privados y se realizan entre partes, amparados en el menor control que impone la legislación argentina de deporte amateur, lo que deja a los actores más librados a la imposición de fuerza y a la efectividad de sus estrategias. Las implicancias que esas relaciones económicas tienen en la formación es muy difícil de medir ya que la variedad de acuerdos que existen es inmensa. Pero sí cabe señalar que el sostén económico que el agente representa para algunos jugadores permite que muchas carreras no queden truncas por falta de recursos materiales. Hemos comprobado que los vínculos entre los jugadores y sus representantes tienden a ser percibidos por los primeros más como paternas o sentimentales que como mercantiles o interesados.

Uno de los objetivos de nuestras investigaciones consistió en observar la recepción por parte de los jugadores juveniles de las ideas, valores y sentidos que la institución-club desplegaba en el proceso formativo con el objetivo de promover la mayor cantidad posible de jugadores al profesionalismo. Lo que observamos es que esa recepción se produce de forma activa, y que los

jugadores despliegan estrategias individuales en ese proceso. El hecho de tener un representante es una de esas estrategias, que les permite contar con un respaldo en caso de ser descartados por el club, o con una herramienta de negociación en caso de continuar en la institución.

En el campo encontramos que el tradicional placer por el deporte o el éxito de gloria deportiva no es contradictorio con el anhelo de bienestar económico o incluso de acceso a lujos. Los chicos juegan también atravesados por fantasías y por la responsabilidad de darles nuevas posibilidades a sus padres y hermanos, y la imagen de gloria deportiva condensa el haber alcanzado todos esos elementos. Pero los chicos saben que la gloria y el dinero solo llegan siendo profesionales, de allí que todos sus esfuerzos (el sacrificio físico, los alejamientos de la familia, la vida fuertemente desligada de la diversión y el ocio) se sustentan sobre ese deseo profundamente arraigado. En el mundo de la formación todo tiempo presente es vivido por los jugadores como una etapa de paso hacia la conquista del profesionalismo. Y su objetivo máximo de “llegar” a profesionales es en definitiva un objetivo individual, más allá de que la práctica del fútbol sea colectiva. Así, sumidos en una estructura de observación permanente que les reclama “mostrarse” y “destacarse”, exponiendo en cada partido que son superiores a sus compañeros y que tienen condiciones para seguir ascendiendo, no es extraño que las imágenes de éxito entre los jugadores jóvenes sean predominantemente individuales y pocas veces estén asociadas a sus compañeros o al equipo.



EL BOXEO ES UNA DISCIPLINA CON UNA EXTENSA TRAYECTORIA EN NUESTRO PAÍS. ESTO PUEDE VERSE REFLEJADO EN LA CANTIDAD DE MEDALLAS OLÍMPICAS APORTADAS POR ESTE DEPORTE A LO LARGO DE LA HISTORIA DE LOS JUEGOS. PERO, ¿POR QUÉ ELEGIR UN DEPORTE EN EL CUAL LAS PERSONAS SE GOLPEAN? ¿CÓMO SE SOPORTA EL DOLOR DE LOS GOLPES RECIBIDOS? ¿CÓMO ES LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN ESTE MUNDO? EN LAS PRÓXIMAS PÁGINAS, ESTA EXPERIENCIA CONTADA EN PRIMERA PERSONA.

LOS SENTIDOS DEL BOXEO



por **VERÓNICA MOREIRA**. Investigadora
CONICET - Docente UBA. Instituto de
Investigaciones Gino Germani, Facultad de
Ciencias Sociales, UBA

Desde hace varios años tengo una deuda pendiente: estudiar algún aspecto relacionado con el boxeo. Desde hace tiempo, miro peleas por televisión buscando un tema para investigar. También asistí a festivales organizados por el Sindicato de Camioneros durante mi trabajo de campo en el club Independiente. Mi experiencia se limitó, todas las veces, a mirar atentamente sin comprender con detalle qué estaba sucediendo en el ring. No obstante, tenía algunas preguntas iniciales: ¿por qué aquellas personas habían elegido un deporte de combate en el que se batían a duelo con los puños? ¿Por qué elegir un deporte en el que los golpes pro-

ducían lesiones en el rostro y dolor agudo en el cuerpo? ¿Cómo los atletas soportaban el dolor de los golpes recibidos? ¿Cómo soportaban el dolor de la derrota? ¿Por qué las mujeres practicaban este deporte? ¿Cómo habían hecho ellas para participar de ese mundo?

Con la única certeza que tenía –la de estudiar este deporte– me dirigí en el mes de abril de este año a un gimnasio ubicado en el barrio de Chacarita (ciudad de Buenos Aires), invitada por otra antropóloga que generosamente quiso compartir su espacio y experiencia. Con el comienzo de la práctica sobrevino una nueva perspectiva: la de la comprensión de un deporte complejo, cuya precisión técnica y coordinación son esenciales. El gimnasio funciona en el primer piso de la sede social de un conocido club de fútbol. Dicha institución nació de la mano de este deporte en 1906 y, como otras instituciones del mismo estilo, sumó a lo largo de su historia distintas actividades y disciplinas de carácter amateur. Hoy, en la sede social se practica natación, taekwondo, gimnasia aeróbica, ajedrez y boxeo.

Si quería escribir algo sobre boxeo debía involucrarme poniendo mi propio cuerpo en el aprendizaje. Los antropólogos sabemos que si queremos conocer un fenómeno desde la perspectiva de sus protagonistas debemos “estar allí”, observando y participando de las actividades de su cotidiano. Creí –aún creo– que practicar este deporte fue la mejor vía para comprender las características y sutilezas de una disciplina que conserva una extensa trayectoria en nuestro país. El boxeo es el deporte que hasta el momento ha dado la mayor cantidad de medallas para la Argentina en los Juegos Olímpicos.

Me presenté como antropóloga y le expliqué mi interés al profesor del gimnasio, una persona respetada y distinguida en el club. Dije algo así como que quería “conocer y escribir sobre boxeo” pero que antes debía saber de qué se trataba. Si bien durante la segunda clase el profesor le dijo jocosamente a un alumno que me estaba explicando algunos movimientos: “Bueno, dale, explicale qué tiene que hacer así salís en la nota” (es común que a los antropólogos nos confundan con periodistas), no volvió a comentar nada sobre –ni a preguntar por– mi trabajo. Al entrenador no le importó mi presentación, pues me incorporó como una alumna más en el grupo de hombres y mujeres de distintas edades, con o sin trayectoria deportiva, de distinta contextura física, que él entrenaba a diario.

Emprendí el desafío pese a la ansiedad y vergüenza que me generaba ir al gimnasio. No me resultaba natural ingresar a ese mundo de nuevas relaciones, dominado por la presencia de hombres jóvenes, siendo una mujer adulta y de pequeña contextura. Olvidando todos los manuales de antropología en rededor, durante las primeras semanas pensé que lo mejor era pasar inadvertida llevando al mínimo el contacto verbal, visual y gestual con mis compañeros y pocas compañeras del lugar. Quise mantenerme al margen (hacerme invisible para no afectar –ni

La clase es exigente y dura aproximadamente dos horas. En ese contexto de exigencia y vigilancia, el cuerpo y la palabra son centrales en el proceso de aprendizaje. Las palabras se dan en simultáneo con la exposición corporal del ejercicio.

ser afectada por– el entorno) sin registrar, entre otras cuestiones, que el profesor me explicaba los ejercicios a viva voz frente al resto de los alumnos. Pensé ingenuamente que la estrategia había dado resultado hasta que comprendí que estaba atrapada en la trama diaria de chismes y ejercicios. Caí en la cuenta, además, cuando noté que los cuerpos –el mío también– tomaban el centro de la escena trotando, saltando, respirando, transpirando. Pese a las dudas e inseguridades, continué con el emprendimiento. Comprendí con el tiempo que el estilo de enseñanza del profesor, caracterizado por el rigor y la exigencia, no estaba destinado únicamente a mí, sino que se extendía para organizar el entrenamiento de todos los alumnos del gimnasio. El trato al inicio fue distante. El profesor me trataba de “usted” y me llamaba de muchas maneras, menos por mi nombre. Decía “ella”, “chiqui”, “chica”. ¿Pagué mi derecho de piso? Sí, pagué. Pasé con éxito una etapa en la que no tenía nombre, en la que realizaba la entrada en calor y el estiramiento del final sin la parte técnica, en la que entrenaba sola, sin guantes, con tiempos muertos durante los cuales no sabía qué hacer. Pasé la etapa en que otros abandonan porque se aburren. Sorteé ese limbo. El cambio de postura del profesor sobrevino cuando incrementé la frecuencia de la práctica por semana. Cuando mostré que estaba comprometida.

A diferencia de otros lugares de entrenamiento recreativo y profesional, el gimnasio donde practico “es una escuela”. Allí no asisten boxeadores profesionales. El objetivo es “la formación”, es decir, la enseñanza del deporte. Dicen algunos alumnos que el profesor pertenece a la “vieja escuela”, esto es: a una escuela donde la asistencia regular y el entrenamiento disciplinado fun-

cionan como pilares del aprendizaje. Ambos valores se estiman tanto o más que la destreza física.

¿Cómo es la enseñanza y el aprendizaje del boxeo en este gimnasio?

Los alumnos quedan en silencio, momentáneamente abstraídos del entorno. No obstante, el gimnasio no es silencioso. Su sonoridad entremezcla el repiqueteo de las sogas, los pasos en el ring y piso de cemento y goma, el choque de mancuernas en el espacio de guardado, los golpes en las bolsas y la rueda, la respiración y los gemidos del último esfuerzo, el choque entre guantes y guantines. El timbre del reloj marca el tiempo de ejecución de los ejercicios y el posterior período de descanso (3 minutos de trabajo por 1 de recuperación). La música, que el profesor controla celosamente, se integra a la práctica (cuando el sonido se usa para realizar un movimiento corporal a su compás), o permanece como un telón de fondo (la música está ahí pero no se escucha).

El diálogo interno, sin palabras habladas, se interrumpe con las órdenes, comentarios y correcciones del profesor, cuya voz y presencia se hacen notar. Las conversaciones animadas, de varios minutos, las inicia él con cualquiera de los presentes. Otras conversaciones están protagonizadas por los alumnos con más trayectoria y/o los que tienen una relación de confianza con el instructor. Si se arman conversaciones espontáneas entre los alumnos más nuevos, estas son breves y duran como máximo lo que dura una tarea (enrollar las vendas, vendarse las manos, estirar las piernas, trotar). Estas charlas improvisadas y breves suceden, con frecuencia, durante las etapas del comienzo y final, casi nunca durante la enseñanza de “la técnica”, en la que los

ejercicios deben realizarse de manera continua para cumplir los tres minutos que marca el reloj.

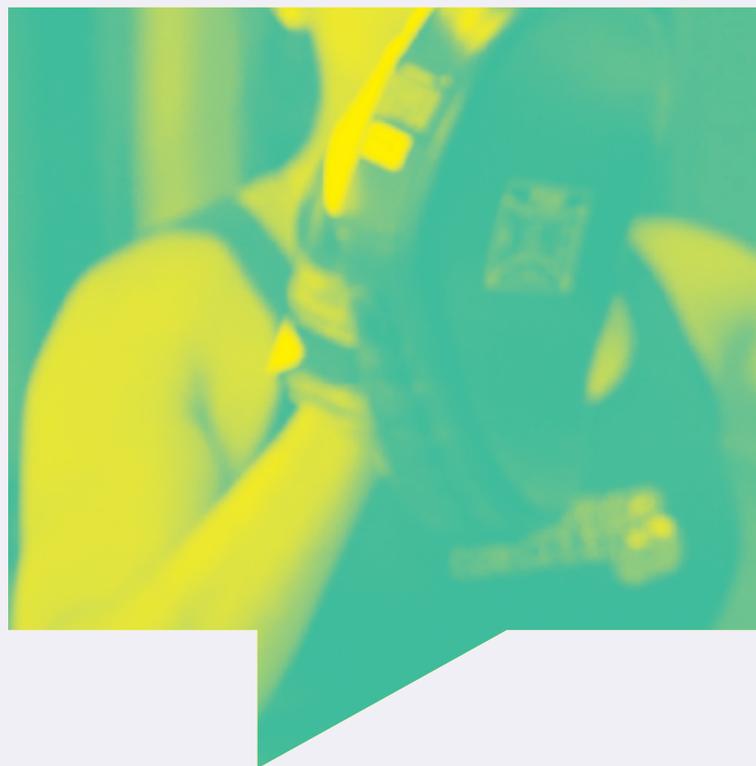
Las conversaciones son limitadas no solo porque la mirada del profesor las inhibe sino también porque el entrenamiento requiere de una respiración adecuada para acompañar el esfuerzo físico. La clase es exigente y dura aproximadamente dos horas. En ese contexto de exigencia y vigilancia, el cuerpo y la palabra son centrales en el proceso de aprendizaje. Las palabras se dan en simultáneo con la exposición corporal del ejercicio. En particular, aprendo mirando y escuchando al profesor y a mis compañeros. Miro, escucho e imito. Por momentos, la explicación de los otros y/o mi mirada se detienen en alguna parte del cuerpo, que en ese instante se transforma en un cuerpo en disección. Me detengo en el pie, el puño, el brazo. En silencio, de manera introspectiva, sin palabras en voz alta, me muevo recordando y analizando las imágenes que quedaron de la explicación gestual y verbal. Pienso y recuerdo. Pero se da un proceso de recuerdos y olvidos. Trato de recordar las sugerencias para no redundar en errores (mantener la guardia alta, no anticipar el golpe, sacar los golpes desde el mentón, girar el talón). Corrijo y, en ese devenir, suceden otros descuidos (me olvido, por ejemplo, de acompañar los movimientos con la respiración). Frente a mi cara de frustración, el profesor agrega: “La práctica hace a la perfección”. Después de un período de práctica insistente se produce –o no se produce– el gesto incorporado. La incorporación se manifiesta cuando el movimiento resulta “natural”.

Las metáforas son habituales y ayudan a comprender el “cómo” de la consigna. Cuando el profesor me enseñaba “el *cross*” con la mano izquierda, me dijo: “Tirá como si cortaras el aire con una sierra”. También ayuda saber el “para qué”. Por ejemplo, durante la entrada en calor hacemos trabajos de “cintura” que se transforman en una defensa en el futuro. La conceptualización del movimiento pensando su finalidad ayuda en el proceso de aprendizaje.

Es parte del entrenamiento entrar en contacto con las texturas de las vendas, los guantes, los cabezales, que pueden generar confort y/o incomodidad. Como todo deporte de contacto, el roce con los cuerpos de los compañeros es habitual. Realicé mi primer “guanteo” con un compañero experimentado. Debía “tirar” golpes “rectos” con ambas manos, y él procurar la defensa con un “quite” y “bloqueo”. Tímidamente, fui adaptándome al objetivo. Invertimos los roles, mi compañero también “tiró” y sentí la presión de su puño en mi mano derecha, hasta que llegó, finalmente, en mi experiencia vital el golpe sobre mi mentón.

El entrenamiento se realiza en un ambiente poco ventilado pese al corredor de ventanas en el salón. Los cuerpos elevan su temperatura, y hasta en los días más fríos, transpiraban sin cesar. El profesor, no obstante, mantiene las ventanas cerradas porque cada uno “tiene que buscar su propio aire”. Esto da como resultado una atmósfera cargada de olor a encierro, objetos transpirados y poco ventilados, y olores corporales.

Quiero destacar, para finalizar, tres dimensiones como resultado provisional de este aprendizaje que lleva pocos meses. En primer lugar, identifico la constitución de una dinámica colectiva para el funcionamiento de un deporte que es individual. Si bien, como dice el profesor, “cada uno perfecciona su técnica”, “corrige cuando se equivoca”, el entrenamiento genera momentos de cooperación, intercambio y solidaridad. La ayuda de los compañeros es central en este proceso, no solo porque los más experimentados corrigen las posturas de los novatos, sino también porque cuando hay contacto físico en ejercicios de ataque y defensa, los integrantes de la dupla deben medir su fuerza para no lastimar al compañero. Cuando el profesor dice “hablen con el compañero”, lo hace porque el que defiende debe estar atento a la combinación de golpes del que ataca. Si uno “tira una combinación” determinada, el otro debe procurar una defensa apropiada para



repeler los golpes. En los guanteos es importante “bajar la emoción” y “respetar al compañero”. El profesor está atento a los gestos excesivos. Al mismo tiempo, frente a esta vigilancia también se dan momentos efímeros de miradas y risas cómplices cuando los ejercicios no salen a la perfección y/o cuando efectivamente entra un golpe en la humanidad del que acompaña. Desde luego que, en este contexto, hay una jerarquía que lideran los alumnos con más trayectoria y/o más destreza. Este aspecto se percibe en la división de tareas y exigencia de los ejercicios.

Otro aspecto relacionado con el entrenamiento en este gimnasio fue la sensación de pertenencia. El paso desde la sensación de sentirme una persona ajena y extraña a ser parte de una grupalidad se dio de manera progresiva. Noté que era incluida cuando algunos compañeros –el ambiente es mayormente masculino, en ocasiones soy la única mujer– comenzaron a cruzar conmigo miradas y palabras; el profesor comenzó a llamarme por mi nombre y me sumó a ejercicios más exigentes con otros alumnos.

Un punto final para señalar es la relación de género. Mi impresión es que en este contexto sí hay actitudes distintas hacia las mujeres que se dan cuando en los guanteos los hombres pegan suavemente, controlan su fuerza. También hay comentarios que marcan a las mujeres con ciertos lugares comunes (las mujeres

son novias, esposas, madres). Por ejemplo, en mi caso, el profesor me imaginó como “novia” de un alumno del gimnasio. Y, con el tiempo, sin mediar conversación, me preguntó “si tenía una hija/un hijo”. O sea, me imaginó como una mujer heterosexual y una posible madre. Recordé la experiencia cuando estaba con los hinchas en el estadio y me preguntaban qué pensaba mi novio sobre mi trabajo con ellos. No obstante, lo que pienso es que en este deporte –que está asociado a la fuerza, la potencia, la resistencia– las mujeres participan más allá de lo que convencionalmente está relacionado con su género; participan de acuerdo con su compromiso y disciplina a la par de los hombres. Todxs son alumnos del gimnasio.

¿Por qué escribir esta descripción? Porque es una manera de reflexionar sobre mi ingreso, presentación y experiencia como investigadora en un mundo construido y constituido históricamente por hombres. Porque es la etapa inicial de un proceso de investigación que va a durar varios años. Esta primera etapa se caracteriza por el descubrimiento de un conjunto de prácticas, relaciones y valores no conocidos. Quise además ubicar mi propio cuerpo –y el de mis compañeros y compañeras– como un “lugar” de experiencias emocionales y sensoriales desde el cual comprendemos e investigamos el mundo que nos rodea.





GENTE QUE CORRE, RUNNERS Y FANATIZADOS: UN ANÁLISIS ETNOGRÁFICO SOBRE LA PERMEABILIDAD DEL MERCADO EN UN RUNNING TEAM



por NEMESIA HIJÓS. CONICET. Instituto de Investigaciones Gino Germani (IGG), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

A PARTIR DE LA MASIFICACIÓN DE LA PRÁCTICA DEL RUNNING, LAS MARCAS NO SOLO HAN DESARROLLADO PRODUCTOS PARA EL CORREDOR, SINO QUE TAMBIÉN HAN GENERADO LA NECESIDAD EN ELLOS. MIENTRAS RECREAN SU ESPÍRITU CORRIENDO, EL MERCADO SE INFILTRA PAULATINAMENTE PROMOVRIENDO UNA FILOSOFÍA, MISIÓN Y VISIÓN EMPRESARIAL. MUCHAS DE ESTAS MARCAS APORTAN TAMBIÉN EN LA FORMACIÓN ATLÉTICA DE LOS RUNNERS, QUIENES DEVUELVEN LA GENTILEZA EN FORMA DE FIDELIDAD EN EL CONSUMO.

El *running* es una de las prácticas atléticas globales con más crecimiento en los últimos años. Es un deporte individual, simple, que no requiere de muchos recursos ni formación para practicarse, tiene impactos positivos inmediatos en la salud, por lo que genera cada vez más adhesión. Aun siendo principiante o veterano, uno puede participar de las competencias porque prácticamente no hay parámetros de exclusión posibles. Por eso es que hoy ya no resulta extraño ver más de 10.000 personas congregadas los fines de semana en Palermo o Puerto Madero, pasando por el Obelisco, con el sol quemando sus espaldas, tratando de mantener un ritmo colectivo pisada tras pisada. Tampoco a los curiosos que se detienen a alentarlos o a fotografiarlos en las esquinas. Con más de una década de multitudinarias carreras de calle, convocando a *running teams* de distintos rincones del país, a corredores solitarios, a principiantes, a los atletas de elite, a los federados y a los aficionados, la ciudad de Buenos Aires adoptó el *running* como una costumbre más, un hábito saludable que está cada día más lejos de la improvisación. Bajo este panorama, los corredores amateurs siguen rutinas de entrenamiento más o menos exigentes, un culto a la vida *fitness* con un creciente respeto por el cuerpo. Porque no se trata solo de cumplir el objetivo, de cruzar la línea de llegada, de obtener la medalla, sino de llegar “entero”, habiendo disfrutado del recorrido y del esfuerzo.

El *running* como producto: estrategias de una marca deportiva

El contexto de globalización y el capitalismo sientan las bases para que el mercado haga rédito de esta práctica y la transforme en un escenario de consumo, plausible de ser exponenciada. Es así como hoy las industrias deportivas pautan que para salir a correr uno necesita un calzado especial según su pisada, un short liviano y una remera *Dri-FIT*. O que para sumarse a la “comunidad *runner*” uno precisa un complemento tecnológico como el *Ipod*, con una aplicación determinada que le simplificará la planificación de sus ejercicios, la lista en *Spotify* con “música motivadora” o el reloj *Garmin* para contar los kilómetros recorridos y el ritmo de la carrera. Las marcas no solo han desarrollado productos “para el corredor”, sino que también han generado la necesidad en ellos, lo que los lleva a creer que requieren de tales elementos para realizar este deporte.

Indagando sobre la expansión de esta práctica, los intereses de los corredores, los sentidos que le atribuyen al ejercicio –mediados por el esfuerzo, la superación y el culto al deporte–, este artículo es resultado del trabajo de campo iniciado a principios del corriente año en el *running team* que tiene la firma *Nike* en la ciudad Buenos Aires. *Nike* es una de esas grandes marcas deportivas que compete en el mercado por instalarse como referente en la indumentaria y el calzado adecuado para los corredores. Los primeros eventos organizados por la marca en nuestro país recorrían distancias de 10 kilómetros, con circuitos que rodeaban los lagos de Palermo y Puerto Madero, contando con 3.500 corredores en su primera edición en 2001 y llegando a quintuplicar esa cifra en los últimos años. Con la masificación de esta práctica y la amplia cantidad de inscriptos a estos eventos, *Nike* buscó alejarse de lo ya popularizado, para distinguirse y marcar la diferencia. En cuanto a las carreras, la empresa optó por distancias más largas y otras destinadas solo al sector femenino, núcleo decisivo en el consumo de su indumentaria. Como no pretende ser meramente una compañía internacional, sino un movimiento, con un modelo de gestión descentralizado y participativo, creó una plataforma de entrenamiento presente también en otras ciudades del mundo y más ambiciosa que el funcionamiento de cualquier *running team*.

En Buenos Aires la actividad se centraliza en el vistoso local que tiene la marca en el Alto Palermo Shopping, el cual funciona

Las marcas no solo han desarrollado productos “para el corredor”, sino que también han generado la necesidad en ellos, lo que los lleva a creer que requieren de tales elementos para realizar este deporte.



como un lugar de encuentro de los corredores. Entre las particularidades que encontré durante la fase exploratoria del trabajo de campo, estableciendo comparaciones con otros *running teams*, no es solo que se estaba repitiendo una escena que usualmente se presenta en un gimnasio (dejar el bolso en un *locker*, saludar a los entrenadores, intercambiar conversaciones con compañeros), pero dentro de uno de los centros comerciales más convocantes y distinguidos de la ciudad porteña, sino que las actividades eran totalmente gratuitas. Si bien existen cupos limitados para realizar el entrenamiento, porque se requiere inscripción previa a través de la página web o por medio de la aplicación, uno está yendo a entrenar de forma supervisada por profesionales, cuatro veces a la semana, sin pagar “absolutamente nada”. Además, después de cada sesión, los corredores reciben una botella de *Gatorade* y las fotos del entrenamiento en su correo electrónico.

El *Nike+ Run Club* (simplificado con las siglas *NRC* y popularizado a través de las redes sociales con el *hashtag #NRCBUE*) llegó a Buenos Aires en octubre de 2015 y desde ese momento no dejó de crecer, impulsando a que los corredores se involucren en un ámbito formalizado de sesiones de entrenamiento, eventos y competencias. La actividad semanal comienza los lunes con la sesión denominada *Ready, Set, Go, Run*, destinada a aquellos atletas que desean *correr mejor*. La sesión consiste en una preparación física y mental para que uno pueda enfrentar el primer kilómetro de carrera, con técnicas específicas, distancias cortas y diferentes ritmos individuales. El *Speed Run* de los miércoles es más específico, destinado a corredores con experiencia previa, para que sean *más fuertes y rápidos*, por lo que se realiza trabajo de velocidad y “pasadas”, con intensidad y “cambios de ritmo”. Cada jueves se realiza el *Home Run*, considerado la sesión *reco-*

very (de recuperación), un *día de diversión, de correr con amigos y hacer otros nuevos*, para recorrer distancias de 5, 8 u 11 kilómetros, con ritmos de 5 o 5:30 k/h. Recientemente se sumó la sesión de *Long Run* los sábados por la mañana, para correr 8, 12 o 18 kilómetros con circuitos turísticos por la ciudad.

Como la marca continúa incentivando la iniciación y la práctica del deporte en las mujeres, buscando “explotar su potencial de atleta”, desarrolló planes de entrenamiento y dos sesiones semanales, también gratuitas, de *funcional training* (entrenamiento funcional, denominado *NTC: Nike Training Club*). El eslogan es “*Vení a entrenar con nosotras*”, y la actividad es supervisada y exclusiva para el sexo femenino. De acuerdo con lo que puedo entrever a partir del trabajo de campo, esto se fundamenta en que hay trabajo de ejercitación y contacto directo con el cuerpo, que expone a la persona que lo practica. Es frecuente encontrar, en cada sesión, grupos de mujeres que oscilan los 20-35 años, comentando que están *retomando la actividad física*. Esto induce también el tipo de entrenamiento: no son tan intensos como las sesiones de *running*, sino complementarios a otra actividad física, como si la actividad de correr fuera la principal, la que marca el objetivo a largo plazo en los entrenados.

La pertenencia al *NRC* no solo implica asistir a las sesiones de entrenamiento sino también hacer uso de la aplicación para celulares y dispositivos Android. Antes y después de cada sesión, los *coaches* indican hacer seguimiento del progreso de nuestra actividad, porque *ahí se dan los detalles como ritmo, distancia, rutas y récords personales, con precisión, para tener control, viendo lo que uno quiere saber durante la carrera*. La aplicación permite compartir imágenes de las carreras, editarlas y agregar lemas de *Nike* para luego ser posteadas en las redes sociales con *hashtags* de la “comunidad *runner*”.

Quienes participan de estos equipos van incorporando de a poco la información que reciben e intentando cambiar hábitos considerados negativos. Si bien es un proceso que requiere de tiempo y disciplina, a medida que van notando mejoras en su productividad y su estado de salud, se retroalimentan con la motivación necesaria para seguir modificando sus conductas.

Tenés un cuerpo, sos un atleta

La plataforma NRC plantea entre sus principales virtudes el hecho de ser inclusiva, la idea es que tanto un corredor que recién arranca como el que tiene varias maratones en su haber pueden entrenar juntos en una misma sesión realizando el mismo trabajo, pero a distintos ritmos e intensidades, buscando siempre la mejor *performance* del atleta. En mis rutinas de musculación en el gimnasio, conversando con Esteban (el entrenador) sobre el trabajo de mi cuerpo y la planificación de ejercicios que me dieran más fuerza en las piernas, me preguntó si para mí cualquier persona podía correr. Me adelanté a garantizar que “*todos podemos hacerlo si nos lo proponemos*”, aunque reparé: “*Tal vez trotar o correr más lento en algunos casos*”. Haciendo referencia a un joven que ejercitaba tríceps, me dice: “*Él, que tiene sobrepeso, que ahora está en 130 kilos porque está bajando, ¿él puede correr?*”. Pensé que tal vez sería una buena forma de perder peso, pero Esteban me corrigió: “*Primero deben bajar, porque sus articulaciones no soportan todo ese peso, fijate lo que hace Cormillot... saca a caminar a sus pacientes por la plaza*”. Se gira hacia otro aparato: “*Mirá a esa chica, tiene cuerpo de atleta, claro, ¿entonces ella también puede correr?*”. Miro a la mujer, tenía su cuerpo trabajado, con músculos bien definidos, que se marcaban aún más cuando hacía la sentadilla. “*Parece toda una atleta, pero tiene un problema en la rodilla, no puede correr por el impacto*”. Y continúa: “*En el caso de tu viejo, que tiene dos stent, ¿puede correr? Obvio que no, las personas con problemas de corazón no pueden, se sobreexigen*”. Mientras Esteban intentaba instruirme en los principios básicos de la educación física, yo recordaba “la filosofía de NRC”: “*Todos podemos ser corredores, porque correr no le cierra la puerta a nadie. Si deseamos sacar el corredor que tenemos dentro, solo debemos atarnos los cordones y seguir. No solo somos corredores sino atletas. Ser rápidos depende más que solo de un par de piernas. Requiere todo nuestro cuerpo, mente y espíritu inquebrantable. Cada carrera tiene un propósito. Algunos días nos sentiremos motivados. Algunos días sentiremos que retrocedemos. Encontrá el sentido de cada kilómetro. Respetá cada entrenamiento. No les temas a los entrenamientos. Será difícil. Por eso nos encanta. El respeto se gana por hacer el trabajo. Así que salí y andá tras ello. Aceptá tus debilidades. Y, luego, elimínalas. Con el trabajo regular y constante, nuestras debilidades podrán convertirse en nuestras fortalezas. Medí el éxito de todas las maneras posibles. No todas*

las carreras serán las más largas o las más rápidas, pero cada carrera es un logro y se debe ver como tal. Creemos en vos, incluso cuando vos no. En los días en que sentimos que no damos el máximo, siempre podemos buscar la motivación en nuestra comunidad. Nike+ Run Club está aquí para recordarnos que nuestro mayor potencial está dentro de nuestro alcance”.

Estos postulados están publicados en el sitio web de Nike, en el local, y también han sido mencionados de forma paulatina y aleccionadora, como parte de la instrucción, durante las sesiones de entrenamiento y en los eventos exclusivos, por parte de los *pacers* y *coaches* del grupo. Los *pacers* (en castellano, “liebres”) son los encargados de marcar determinado ritmo al grupo durante cada sesión de *running*, ya sean carreras de media o larga distancia, o “pasadas” de velocidad. Estos corredores/as experimentados funcionan como GPS, al cual uno puede seguir sabiendo que llegará hasta la meta con el objetivo de marca (tiempo y velocidad) que uno tiene en la cabeza. Seguir al *pacer* es toda una *garantía de éxito* para cualquier *runner*. Según mi relevamiento, NRC Buenos Aires cuenta con 30 *pacers*, equilibrada cantidad de mujeres y hombres, que son supervisados por los *coaches* (instructores): Toto y Sebastián, quienes reciben las pautas desde la sede central de la empresa, ubicada en Oregon, Estados Unidos. Toto es profesor de Educación Física, aparenta unos jóvenes 40 años, tal vez porque emana naturalmente su espíritu de “líder carismático”, definido por los mismos corredores como un “motivador nato”, capaz de impulsar a quienes

se suman por el desafío del primer kilómetro como a quienes buscan bajar sus tiempos. Tiene un amplio conocimiento –casi personalizado– de los que forman parte del grupo, incentivándolos a que tengan mayor grado de conciencia sobre la práctica deportiva y de “lo que el cuerpo nos dice”. Sebastián, un tanto más joven, tiene un perfil menos histriónico y social, siendo su función más de comunicador de las actividades y sesiones especiales, como de los aspectos técnicos previos y posteriores al ejercicio. *Pacers* y *coaches* utilizan indumentaria con colores flúo que los identifica y que al mismo tiempo es “universal”, porque es la misma en las 23 ciudades en donde actualmente hay un NRC.

En una de las paredes del local de Nike en el Alto Palermo está grabada la frase: “*Tenés un cuerpo, sos un atleta*”. Esteban me dice que eso no es una condición para que una persona sea corredora: quienes tienen sobrepeso, antecedentes cardiovasculares y de presión, problemas en las articulaciones, los que se están rehabilitando de una lesión, no pueden hacerlo. Pero el objetivo de NRC es no dejar a nadie afuera: uno *tiene un cuerpo, es un atleta*, puede entrenar y correr, y por ende también debe ser responsable de lo que pase o pueda hacer con él. Toto pone el acento en que, más allá de buscar mejorar los tiempos en las carreras, “*debemos salir a disfrutarlas, el entrenamiento no debe ser un sufrimiento*”, y eso es lo que impulsa al grupo: hacerlo de una forma más sana y planificada, con mayor conciencia e información sobre la práctica, corriendo con amigos, generando “comunidad”.



Vení a correr con nosotros: transformación, conversión y "comunidad runner"

Hace unos días tuve la posibilidad de asistir al Primer Congreso de Fútbol en Argentina, organizado por un grupo empresarial con experiencia en eventos masivos y corporativos, que proponía reunir una serie de referentes del mundo futbolístico y del *management* deportivo. El evento tuvo lugar en el lujoso Hotel Hilton de Puerto Madero, donde durante dos días desfilaron directivos de importantes empresas, *coaches*, ejecutivos y dirigentes de los clubes argentinos de renombre, para brindar su "visión estratégica y tendencias a nivel mundial". En este ambiente exclusivo, la disertación de Guillermo Tofoni, CEO de *World Eleven*, sobre la activación de marcas en el fútbol no fue una anomalía: *"Hoy ya no alcanza con aparecer como sponsor en una camiseta o en la estática de un estadio... La gente está buscando experiencias, tenemos que llevar lo profesional a la gente común, utilizar el producto a nivel motivacional para que las marcas puedan ofrecer sus productos. La industria está a punto caramelo para poder potenciarla, con las redes sociales, porque el negocio del futuro para las marcas es involucrarse"*. Mientras lo escuchaba a Tofoni no dejaba de pensar en la gratuidad de los entrenamientos de *Nike*, en los eventos y sesiones especiales que organizan, en lo que brindan y lo que consecuentemente generan en los entrenados. Ser parte de este *running* (y también *funcional training*) *team* es claramente vivir la experiencia de entrenar "con ellos".

Una persona ajena a este entorno, que escucha lo que un corredor gasta en unas zapatillas, en un reloj con velocímetro y cuentakilómetros, incluso lo que le cuesta la inscripción a una carrera, puede considerar un despilfarro la cantidad de dinero depositado en esas elecciones. Los que no forman parte del mundo *runner* o no han practicado de forma inicial este deporte, alguna vez me han dicho: *"Hay que estar loco para gastar tanta gaita en un par de zapatillas, con todas las que tenés, hay tantas cosas que son más importantes"*. Si bien puede ser que no sientan envidia por las zapatillas o el reloj en sí, consideran que se podría hacer "algo mejor" con ese dinero. En una de sus obras más importantes, Bourdieu dice que nunca es realmente posible ponerse en el lugar de los que están situados en el otro extremo del mundo social porque "la locura de unos es la necesidad primera de otros". Para los *runners*, muchos de estos gastos considerados ostentosos no tienen nada que ver con el despilfarro, sino que son casi siempre una "excelente inversión" que les permite acumular capital social. Este sistema de necesidades que rodea al que ya lleva un tiempo corriendo se explica como una coherencia de elecciones propia de su condición, de su *habitus* de *runner*.

Dentro de la "comunidad *runner*", la *gente que corre* se ubica dentro del grupo de personas que practica frecuentemente un deporte, se calza unas zapatillas (sin importar mucho su modelo y especificidades) y sale a correr por la ciudad. A veces es un sufrimiento para ellos, pero lo hacen porque "tienen que hacerlo",

Una persona ajena a este entorno, que escucha lo que un corredor gasta en unas zapatillas, en un reloj con velocímetro y cuentakilómetros, incluso lo que le cuesta la inscripción a una carrera, puede considerar un despilfarro la cantidad de dinero depositado en esas elecciones.

por la aproximación del verano o para superar el sedentarismo impuesto por la rutina laboral. De vez en cuando se inscriben en alguna carrera, solo para demostrar que ellos también pueden. Pero en absoluto son considerados o autodenominados *runners*, porque aún no han cruzado algunas barreras. De acuerdo con lo que los corredores me han dicho, uno se consagra cuando termina una maratón, esa experiencia los convierte en *verdaderos corredores*, distinguidos, honorables, “de otra categoría”. La maratón de Buenos Aires, por ejemplo, funciona como un gran rito de pasaje que los convierte en *runners*. Aquellos que lo hicieron, primeramente, se sumaron a un *running team*, empezaron a conocer las “claves” para mejorar el rendimiento (como entrar en calor apropiadamente y elongar después del ejercicio) y a complementar con hábitos de alimentación saludable (como ingerir bebidas isotónicas post-entrenamiento y comer hidratos de carbono la noche previa a la carrera). Quienes participan de estos equipos van incorporando de a poco la información que reciben e intentando cambiar hábitos considerados negativos. Si bien es un proceso que requiere de tiempo y disciplina, a medida que van notando mejoras en su productividad y su estado de salud, se retroalimentan con la motivación necesaria para seguir modificando sus conductas. Algunos me comentan que el *running* está en sus genes, que es un impulso irrefrenable, que se les ha vuelto una adicción, que ya no conciben su vida sin salir a correr. Y mientras recrean su espíritu corriendo, el mercado se infiltra paulatinamente, los rodea con las marcas ligadas al deporte. El *runner* hace uso de ellas, las transforma en herramientas para mejorar su rendimiento, para controlar su actividad y así superarse. Si bien el *running* es una tendencia masiva, no todos los que la practican comparten los mismos sentidos, hay quienes se *fanatizan* no solo con el entrenamiento sino también con el consumo de todo lo que la industria les ofrece. “*Vení a correr con nosotros*” y “*Vení a entrenar con nosotras*” son los lemas utilizados por *Nike*, divulgados por los *pacers*, las entrenadoras y los *coaches* a través de las redes sociales, incluso exhibidos en la estática del local, que invitan a que más personas se unan. Pero no es meramente un grupo de personas que entrenan o salen a correr. Esta plataforma de entrenamiento es parte de una comunidad mundial de *running*, que orienta a sus corredores, les brinda planes de entrenamiento, sesiones especiales, hidratación y acceso a determinados productos, al mismo tiempo que promueve su filosofía, misión y visión empresarial. ¿Cómo estos corredores devuelven o saldan esta formación gratuita? Con homenaje –a través de los *hashtags* alusivos en las redes sociales–, respeto y fidelidad en el consumo, es decir, con culto a la marca y *fanatización*.





El running es una de las prácticas atléticas globales con más crecimiento en los últimos años. Es un deporte individual, simple, que no requiere de muchos recursos ni formación para practicarse, tiene impactos positivos inmediatos en la salud, por lo que genera cada vez más adhesión.

EL FÚTBOL TIENE UNA DENSIDAD SIMBÓLICA INABARCABLE. MUCHAS PERSONAS PONEN COSAS POR DEMÁS SIGNIFICATIVAS EN TORNO A UN CLUB, UNA PELOTA, UNA CAMISETA, UNA TRIBUNA O UNA BARRA. EN MOMENTOS EN LOS CUALES SE REGISTRA UN AUMENTO DE VÍCTIMAS FATALES VINCULADAS A CONTEXTOS FUTBOLÍSTICOS, ACTUAR SOBRE LA VIOLENCIA NO PUEDE SER UNA REACCIÓN ESPASMÓDICA, UNA RESPUESTA ELECTORAL O UN PALIATIVO AL PÁNICO MORAL. PARTE DE LA SOLUCIÓN ESTÁ EN ENTENDER LA COMPLEJIDAD QUE HACE QUE EL FÚTBOL SEA UN PRINCIPIO ORDENADOR DE LA VIDA POR EL QUE UN SINNÚMERO DE PERSONAS LE DAN SENTIDO A SU PROPIA EXISTENCIA.

GRAMSCI, BEBOTE Y BULLRICH. LA PAPA QUE CALIENTA Y NO QUEMA

por **NICOLÁS CABRERA**. *Sociólogo. Doctorando en Antropología en la UNC. Becario del CONICET/DAES-UNSAM. Bolsista de FAPERJ*



E

l fútbol argentino está en crisis. No en un sentido apocalíptico, tampoco traumático, mucho menos referido a algún tipo de escasez. Crisis

en un sentido gramsciano: lo viejo está muriendo y lo nuevo no termina de nacer. La Asociación del Fútbol Argentino (AFA), la obsoleta y oxidada maquinaria grondonista, parece ir dando lugar a una ¿nueva? institución que hasta el momento cuenta con una sola idea novedosa y creativa: una elección con 75 asambleístas que terminó en un empate de 38 contra 38 votos.

Lo estrictamente deportivo también es un desafío a la lógica y el sentido común. Nadie sabe ya a ciencia cierta cuántos formatos de campeonatos se aprobaron y se truncaron en el último año. Lo económico-político no destiñe el panorama. El ascenso está en rebelión, los clubes aducen finanzas rojas y el Estado nacional, con la birrome en mano, a punto de firmar la eutanasia del Fútbol para Todos. En el horizonte... desierto.

La llamada "violencia en el fútbol" –léase solo fútbol masculino, comercial y profesional– también está atravesando una etapa de transformaciones no apta para reduccionistas. Hoy el escenario está signado por una paradoja que despierta, al mismo tiempo, perplejidad y curiosidad: hay una progresiva pacificación de los estadios pero un aumento en las estadísticas registradas de víctimas fatales vinculadas a contextos futbolísticos. Solamente en el 2014 se registraron 17 muertes, el peor año desde la fundación del fútbol argentino como deporte profesional. La Argentina es el país latinoamericano con más muertos en torno a una pelota. Mientras tanto se repiten formulas anacrónicas para nuevas problemáticas. La violencia en el fútbol es una papa que calienta pero no quema.



Ayer y hoy

El fútbol, como el arte o la guerra, son esferas de la vida social que parecen decir todo de una sola vez. Su densidad simbólica es inabarcable. Pero hay algunos temas que parecen más estructurales que otros. El fútbol como ritual agonístico donde la violencia física siempre es posible, es tan antiguo como el balón de cuero. El caso argentino no es la excepción.

Según la ONG “Salvemos al fútbol”, el primer homicidio en un estadio argentino sucedió el 21 de octubre de 1922 en la cancha de Tiro Federal, Rosario. Francisco Campá, profesor de Newell's, y Enrique Battcock, obrero y ex jugador de Tiro Federal, intercambiaron golpes en el entretiempo. Minutos después el primero descargó un balazo letal sobre el segundo. La anécdota sirve para desterrar dos mitos reificados en nuestro sentido común: el primero profesa que la violencia es monopolio de las “barras bravas”; el segundo dicta que la sangre derramada es producto de la progresiva mercantilización del fútbol y sus alrededores. La síntesis mitológica se resume en una frase tan escuchada como naturalizada: “La violencia en el fútbol está originada en los negocios de las barras bravas”. Como punto de partida para un análisis integral precisamos relativizar, o mejor dicho, historizar ese cliché generalizado.

El fútbol argentino se profesionaliza oficialmente en 1931 pero algunos autores, como Amílcar Romero, sostienen que su verdadera “modernización” –con su correlativa “mercantilización”– comienza entre fines de la década del cincuenta y durante todos los sesenta. La misma época en la que emergen las llamadas “barras bravas”, término acuñado por el diario *La Razón* tras la muerte de Héctor Souto en abril de 1967, después de una pelea entre “grupos organizados de hinchas” de Huracán y Racing. Lo que estamos tratando de decir es que “los negocios” y “las barras” pululan a partir de la segunda mitad del siglo XX; hasta entonces las peleas, los insultos, los aprietes, las invasiones de campo y hasta el homicidio ya eran parte del paisaje cotidiano de nuestro fútbol autóctono.

Claro está que a partir de la década de los sesenta la violencia se potencia. Pero su salto cuantitativo y cualitativo llega de la mano de la reapertura democrática o, al menos, la capacidad de registrarla por parte de los dispositivos de poder –la desconfian-

za es la primera exigencia para hablar de homicidios dolosos ya que el síndrome de la “cifra negra” y “el carácter manufacturado” de los datos invitan a la prudencia–. Suspendiendo nuestro escepticismo positivista, observamos que desde la década de los ochenta hay un aumento exponencial de víctimas fatales en el marco de lo que podríamos llamar *conflictos clásicos*: enfrentamientos entre hinchas (sean barras o no) de diferentes equipos y/o contra la policía; “combates” cuerpo a cuerpo que progresivamente van echando mano al uso de armas blancas y de fuego; dentro del estadio o alrededor de ellos, y durante los días de partido como principal referencia temporal. Son los años del “aguante”. Aquella categoría nativa devenida en concepto analítico por autores como Eduardo Archetti, Pablo Alabarces, José Garriga Zucal, María Verónica Moreira y Gastón Gil, que constituye un principio estructurante ineludible para explicar cómo las prácticas violentas se volvieron tan recurrentes como legítimas.

Pero se sabe del dinamismo impredecible de la(s) violencia(s). Desde los últimos años de la primera década del siglo XXI hasta hoy, la “violencia en el fútbol” está marcada por una aparente paradoja: tenemos estadios relativamente pacificados y al mismo tiempo un incremento exponencial de las víctimas fatales. Creemos que parte de lo ocurrido se explica –como ya lo argumentaron Diego Murzi, Santiago Uliana y Sebastián Sustas– por un desplazamiento espacio-temporal de los enfrentamientos. Los *conflictos clásicos* están dando paso a lo que podríamos llamar una *privatización de la violencia*, esto significa que las peleas ya no tienen cabida en el escenario público por excelencia del fútbol: los estadios durante los días de partido. Ahora las riñas se desenvuelven principalmente “detrás de bastidores”: bares, plazas, bailes, recitales, barrios o clubes escenifican postales donde se mata y se muere en nombre de la pasión. Y no necesariamente durante los días de partido. Lo cierto es que los estadios y los partidos han sido descentrados como *ring* predilecto en la lucha “por los colores”. Y además este desplazamiento espacio-temporal coincidió con una mutación de los protagonistas de los enfrentamientos: actualmente las peleas son mayoritariamente entre hinchas del mismo equipo. La complejidad es sencillamente abrumadora.

Algunos porqués

Querer responder al porqué del mentado cambio sería abrazar al mundo. Hay tantas aristas como preguntas que exceden las posibilidades del presente artículo. Sin embargo, vamos a esbozar sucintamente algunas hipótesis por el siempre empantanado terreno de las conjeturas. Un buen comienzo sería indagar en la hipertecnologización de los estadios. Hoy las principales canchas del país combinan el rígido modelo de vigilancia perpetua y omnipresente de las cámaras panópticas, con los flexibles dispositivos contemporáneos de exposición pública materializados en celulares siempre ávidos de redes sociales. En ambos casos “la cámara” genera un contexto de hiperexhibición que parece disuadir. Si antes la violencia era espectacularizable –programa “El Aguante”–, ahora ella debe ser parte del *backstage*. La tecnología modifica los umbrales de tolerancia a la violencia.

En el universo de las barras algo se trastocó. Recambio generacional, cintura ante la ley, profesionalización y nuevos sistemas de alianzas-enemistades asoman por el horizonte explicativo. Lo cierto es que entre la mayoría de las barras de los diferentes equipos las viejas rivalidades o se esfuman o se ponen entre paréntesis al mismo tiempo que se incrementan las peleas internas. Hay, al menos, tres cuestiones vinculadas a este nuevo escenario del paraavalanchas:

a) Hinchadas Unidas Argentina (HUA). Aquella aventura *one-géista* significó un acuerdo explícito entre la mayoría de las barras argentinas para unirse bajo un paraguas común. La prensa, como de costumbre, simplificó la movida a un mero oportunismo económico –viajar al Mundial de Sudáfrica 2010– o político –el aparato peronista/K y sus relaciones clientelares– sin ver que se estaba gestando un nuevo pacto barrista de significativas consecuencias. Entre otras cosas, la novedad estaba en que las propias barras se comprometían a mantener la paz y la seguridad *dentro* de los estadios (no robar, no pelear). Lo que pasaba fuera de ellos no venía al caso.

b) Prohibición del público visitante. En el ascenso desde el 2007, y en la primera división desde el 2013, en la Argentina se suprimió al público visitante de un plumazo. Entre los efectos colaterales de la normativa tenemos, por un lado, otro motivo que alentó el pacto entre barras. La amistad de la hinchada local

era imprescindible para que la barra visitante viajara “infiltrada”. Entre asados, vinos y camuflaje neutral, los viejos enemigos se estrechaban la mano para poder seguir a su equipo. Ahora bien, sabemos que el fútbol es una máquina de crear alteridades. Mientras las viejas oposiciones desaparecían, otras nuevas se construían. Como la respuesta ya no estaba al frente, se la buscó al costado. Sin público visitante, el “otro”, el “puto”, el “cagón” pasó a estar en la propia hinchada.

c) Profesionalización. Las barras argentinas nunca fueron improvisadas. Son grupos fuertemente organizados, toda una tradición lo confirma. Pero las lógicas que ordenan la estructura interna de una barra y sus formas de relacionarse con sus “afueras” son dinámicas y cambiantes. En los últimos años se sofisticaron varias de sus costumbres: la carnavalización de la tribuna, sus redes de reciprocidades económicas y políticas y sus enfrentamientos internos. No podemos decir que hay más o menos violencia que antes, lo que sí podemos afirmar es que aumentó considerablemente la letalidad de la misma por el progresivo uso de armas de fuego. No hay mucha complejidad criminológica: hay más poder de fuego, hay más muertos.

Otra razón para pensar el desplazamiento de la violencia tiene que ver con la “la vuelta de la familia a la cancha”. Sin dejar de ser un espacio hegemonizado por un tipo de masculinidad agresiva, heteronormativa y adulta, podemos ver una tendencia –sin que esto atente contra el enraizado machismo futbolero– de mayor feminización e infantilización del público que encuentra en los discursos y publicidades televisivas una caja de resonancia y reproducción. La presencia, real o imaginada, de “la familia” en tanto símbolo opuesto a la violencia, también opera como mecanismo de control social que sin ser determinante constriñe a más de una voluntad.

El rompecabezas está incompleto. Desde la impunidad de lo hipotético podríamos enumerar muchas más variables, pero nos limitamos a marcar algunas que tienen como protagonistas a los espectadores, blanco prioritario de los debates en torno a la violencia. Dejamos el cuadro abierto para otros diálogos que nos ayuden a diagramar un esquema más completo o, por qué no, a demolerlo a fuerza de argumentos.

Un intento propositivo. Y van...

Aun con el riesgo de naufragar en la indiferencia, insistimos desde lo propositivo. Creemos que para avanzar en una discusión seria sobre el fenómeno de la “violencia en el fútbol” se necesita, como punto de partida, dos movimientos indisolublemente ligados: el primero tiene que ver con cambiar radicalmente nuestra interpretación sobre las llamadas “barras bravas”, siempre el principal foco de debate e intervención. El segundo es aceptar la incompetencia estructural que reinó hasta la fecha para sentarnos a discutir nuevas políticas públicas con metas de corto, mediano y largo plazo.

Desde la década de los ochenta hay un aumento exponencial de víctimas fatales en el marco de lo que podríamos llamar conflictos clásicos: enfrentamientos entre hinchas (sean barras o no) de diferentes equipos y/o contra la policía; “combates” cuerpo a cuerpo que progresivamente van echando mano al uso de armas blancas y de fuego; dentro del estadio o alrededor de ellos; y durante los días de partido como principal referencia temporal.



Códigos de barras

En la conciencia colectiva argentina reina una visión estereotipada de las barras: se simplifica su realidad, se anula la heterogeneidad, la parte se confunde con el todo. Los medios no son los únicos responsables pero encabezan el banquillo de acusados. Se conoce a algunos “capos” de los principales clubes de la Capital Federal que son espectacularizados como celebridades –Bebote, Rafa Di Zeo, Mauro Martín y unos pocos más–, pero ¿qué se sabe de los líderes que comandan a equipos del interior o de barrios periféricos del ascenso? ¿Qué conocemos sobre las anchas y heterogéneas “bases” que forman una barra argentina? ¿Será que pelean todo el tiempo? ¿Es socialmente aguantable una guerra permanente? ¿Hay otras prácticas además de intercambiar puños y tiros? En algunas barras –no en todas– hay toda una economía ilegal por detrás que es apropiada por la punta de su estructura jerárquica; entonces, ¿qué ganan las otras 30, 300 o 700 personas que forman parte de esa organización pero que su único contacto con el dinero es a través de rumores? Cuando de personas se trata, la homogeneidad solo es una abstracción, en el mundo de “carne y sangre” la diversidad es la norma.

Traemos algunas preguntas retóricas que intentan desnudar la visión estereotipada que tenemos de las barras. “La violencia” y “los negocios ilegales” como las únicas variables dichas en torno a ellas han traído una doble consecuencia: por un lado, una demonización y simplificación que conduce inexorablemente a una banalización de lo complejo; por el otro lado, un efecto de eclipse donde han quedado ocultas otras prácticas y representaciones iguales o más interesantes que las repetidas hasta el cansancio. El resultado del estereotipo es por demás sabido... sirve para juzgar, no para comprender.

Las barras argentinas existen, por lo menos, desde la década de los cincuenta. Más de 60 años. En varias de ellas conviven tres generaciones de la misma familia, el mismo barrio, la misma ciudad. Una institución social sólida que difícilmente se desvanezca en el aire. No todo es líquido y efímero. El compromiso de un miembro con el colectivo no es solo por dinero, también hay herencia, tradición, ego, costumbre, venganza, sentimiento, prestigio, respeto, orgullo, solidaridad, diversión, lealtad, amistad, contención, y podríamos continuar. Lo que estamos tratando de decir es que prohibirlas es una batalla que nace perdida. El desafío es saber detectar aquellos “códigos” de las barras que pueden resultar potenciales en términos democráticos como sus legitimidades territoriales, su capacidad organizativa, sus redes, el compromiso por lo colectivo o el amor al “club”. Y paralelamente buscar revertir sus tendencias más autoritarias, machistas, xenófobas, violentas y homofóbicas.



Políticas públicas y letra muerta

La historia de la “violencia en el fútbol” podría cronicarse a partir de los sucesivos fracasos legales que intentaron “combatirla”. Recientemente la ministra de Seguridad Patricia Bullrich añadió un capítulo más al presentar ante el Senado un “nuevo Régimen Penal Especial para Espectáculos Futbolísticos”. El corazón del proyecto es bien resumido por la propia dirección de comunicación del ministerio cuando publica que el objetivo de la ley es “desplazar a las barras bravas de los negocios ilícitos instrumentados alrededor de este deporte y así lograr el desfinanciamiento de las bandas violentas”. El estereotipo vuelto ley.

El problema no sólo está en la criminalización de las barras bravas –tradición reproducida ininterrumpidamente desde, por lo menos, el retorno a la democracia con la ley 23.184– sino en todo lo que este enfoque de la seguridad omite. En primer lugar hay un silencio lapidario sobre el accionar policial. Una policía blindada a los mejores aires democráticos sigue comandando operativos de seguridad estructurados sobre una lógica de la guerra. Los espectadores, lejos de tener estatus de ciudadanos, tienen estatus de enemigos, de infractores *a priori*. La contrapartida es obvia: la policía también es un enemigo en el universo moral de los hinchas. Lo curioso es que para remitirse a una policía respetable no es necesario irse hasta Inglaterra, Bélgica o Alemania, sociedades tan admiradas como diferentes. En nuestro vecino Brasil, en Río de Janeiro, está el caso de la GEPE –Grupamento Especial de Policiamento em Estádios– cuyo accionar ha sido celebrado por todos los actores intervinientes del fútbol, ¡inclusive por las barras!



Es imposible diagramar un programa de gestión de la seguridad en el fútbol sin discutir el tipo de espectáculo que queremos. En Inglaterra la violencia “se resolvió” con una combinación de políticas represivas, reestructuración de los estadios, creación de fuerzas de seguridad especiales, mercantilización de los clubes y elitización del público. En Brasil, a pesar de tener algunos antecedentes interesantes como el GEPE o la creación de un estatuto del “torcedor”, la principal consecuencia de su “combate” a la violencia fue una “modernización” de los estadios que cambió radicalmente el paisaje tribunero. Arenas europeas con espectadores brasileños. En esa hibridez son más los desencantados que los entusiasmados con el nuevo espectáculo, síntoma de ello es el creciente movimiento de “torcedores” que se unifica bajo la consigna “*contra o futebol moderno*” y contra el “torcedor-consumidor”. En Bélgica, después del drama de Heysel en 1985 –murieron 39 personas a causa de una avalancha– se tomaron varias medidas, pero tal vez la más novedosa sea la del programa “*Fan Coaching*”. Dicha política buscaba incorporar a los grupos más radicalizados de aficionados en actividades comunitarias en torno al club. Bélgica mantuvo la estética de sus tribunas y redujo los índices de violencia.

Argentina es Argentina, con sus virtudes y miserias. Importar una receta foránea es intentar encajar un círculo dentro de un cuadrado, sin embargo la comparación contribuye a desnudar nuestros claroscuros. En el fútbol, narcisismo patriótico por excelencia, mirar el espejo del otro también podría ser un buen comienzo.

El fútbol

Para algunos el fútbol es la versión actualizada del viejo pan y circo: “El fútbol es popular porque la estupidez es popular”, refunfuñan. Para otros es el elixir contra el individualismo y el atomismo social, un refugio que junta, asocia y colectiviza al calor de una pasión románticamente desinteresada. Dicen que es un espectáculo fríamente mercantilizado que crea “estilos” y “modas” consumistas. También escuchamos que es lo único que no cambia en un mundo líquido donde cambiar es un imperativo. El fútbol es machista, xenófobo, homofóbico, desigual y violento. También genera solidaridad, amistad, lazo social y empatía.

Parece urgente la necesidad de desdramatizar el fútbol, dejar de considerarlo una cuestión de vida y muerte. Sobre todo nos debemos desterrar la maldita costumbre en la que yo me afirmo a costa de la aniquilación o la humillación del otro. Pero esa resignificación no puede incluir su banalización. Muchas personas ponen cosas por demás significativas en torno a un club, una pelota, una camiseta, una tribuna o una barra. Solo la necesidad, la arrogancia o la estupidez pueden afirmar que el fútbol en la Argentina es simplemente “22 idiotas corriendo atrás de una pelota”. Actuar sobre “su violencia” no puede ser una reacción espasmódica, una respuesta electoral o un paliativo al pánico moral; merece considerar que el fútbol es un principio ordenador de la vida social por el que un sinnúmero de personas le dan sentido a su propia existencia.



por **MARCOS BUCCELLATO**. *Estudiante avanzado de Antropología Social y Cultural UNSAM-IDAES*

por **JOSÉ GARRIGA ZUCAL**. *Doctor en Antropología Social. Investigador del CONICET y docente UNSAM-IDAES*



LA VIOLENCIA TIENE SENTIDOS Y SIGNIFICADOS SOCIALMENTE INSTITUIDOS, Y EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS SE UTILIZA PARA COMUNICAR VARIADOS ASPECTOS DE LA COSMOVISIÓN DE QUIEN LA EJERCE. SI BIEN EN LOS ÚLTIMOS AÑOS HAY UNA FUERTE TENDENCIA A PENSAR QUE EL ÍNDICE DE VIOLENCIA ASOCIADO A LA PRÁCTICA DEPORTIVA Y AL CONTEXTO EN EL CUAL ESTA SE DESARROLLA HA AUMENTADO CONSIDERABLEMENTE, ES POSIBLE ASEGURAR QUE LA MISMA SE ENCUENTRA CONTENIDA Y REGULADA POR UNA MULTIPLICIDAD DE MECANISMOS.

“EL CLUB DE LA PELEA”. REFLEXIONES SOBRE LA REGULACIÓN DE LA VIOLENCIA

En el inicio fue la violencia... En los juegos de la premodernidad corría la sangre, sobraban las heridas graves y los muertos caían a troche y moche. El lento proceso que transformó en deportes a estos juegos, hoy indudablemente definidos como brutales y cruentos, se encargó de regular las violencias, controlar las emociones y disminuir considerablemente las muertes y los tullidos. Sin embargo, en los últimos años ciertos espectadores y algunos practicantes de actividades deportivas parecen haber abandonado las regulaciones y controles que hicieron posible este descenso. Un observador distraído podría alertarnos sobre un evidente retroceso y alarmado anunciar el advenimiento de una nueva etapa de incivilización y barbarie que creíamos superada. Dicho retroceso tiraría por tierra el proceso –largo y dificultoso– que tuvo como efecto más notorio el aplacamiento de prácticas violentas. Norbert Elias define como proceso de civilización al largo intervalo que derivó en un control de las emociones. Dos son las claves para comprender lo efectivo del devenir civilizatorio: el autocontrol emocional y la interiorización de la represión para con algunas emociones. Emergen un sinnúmero de formas de regulación de las pasiones que abarca todas las dimensiones de la vida de una persona. Regulación objetiva y subjetiva. En síntesis, una sumatoria de coacciones orientadas al autocontrol. Como resultado de estas operaciones descienden los umbrales de tolerancia para con las violencias. El aumento del control social y el autocontrol sobre ciertas emociones impide la expresión

de actos socialmente reprochables. Recordemos que para Elias este descenso es indisociable al rol del Estado que monopoliza la violencia lícita y legal.

Nos preguntamos, por añadidura, si estamos en una etapa de desregulación de las formas de control que hacen proliferar a diestra y siniestra violencias varias, que tiene como efecto multiplicar la cosecha de muertes violentas. En búsqueda de una respuesta nos vamos hacia el mundo de las actividades deportivas. Los deportes, tanto para sus practicantes como para sus espectadores, son espacios donde las emociones pueden aflorar y, al mismo tiempo, escenarios en donde se instaura y transmite una regulación para con ellas. Los deportes tienen la lógica de la batalla fingida. Serían “como una batalla”, pero controlada, en la que se puede expresar emociones que en otros contextos están prohibidas. Por ello, en estos contextos se admite y estimula la experiencia de formas de excitación que son reprimidas y mitigadas por otros lares. La emocionalidad controlada recrea una situación “como si” fuese otra. Los deportes tienen un efecto liberador necesario en la cotidianeidad rutinaria y desprovistas de emocionalidad.

Ahora bien, nos preguntamos si la emocionalidad antaño controlada se ha desbocado. Proponemos en estas páginas una reflexión sobre las prácticas violentas y su regulación. Invitamos al lector a que nos acompañe con este objetivo en tres actividades diferentes. Nuestra apuesta es pensar la violencia. Entremos a estos mundos diferentes pero no tanto...

Las prácticas violentas se usan para comunicar variados aspectos de su cosmovisión, desde la masculinidad hasta la idealización de un modelo de cuerpo, desde la entereza de espíritu hasta la resistencia al dolor como valor ontológico.

1

Si prendemos la televisión un sábado a la noche puede que con un poco de suerte o de mala suerte, dependiendo del gusto personal, nos encontremos con un evento de Artes Marciales Mixtas (AMM) nacional o importado. Lo podemos reconocer porque por lo general vamos a ver a dos luchadores o luchadoras encerrados en una jaula octogonal o circular, golpeándose, derribándose, estrangulándose o retorciéndose. Podrían decirnos que las AMM representan lo opuesto a la "batalla fingida", ya que aparentan a simple vista la desaparición total de las reglas. En el "vale todo", como también se denomina a estas actividades, parece justamente la búsqueda de la violencia pura, la emoción última a través de la violencia real. Sin embargo, la aplicación de la violencia en el ring está regulada para evitar daños permanentes o muertes. Se busca producir un efecto espectacular aunque con un mínimo de daño. En el "vale todo" no vale todo. Para afirmar esto nos apoyamos en los datos que señalan que son escasos las muertes y los accidentes graves. Es un espectáculo de la violencia, del desenfreno y de la sangre. Más aún, existen algunos que niegan que las AMM sean algo distinto de otros deportes, como el boxeo, donde la violencia está perfectamente controlada y solo es una competencia "como si" fuera una batalla real.

Vemos que en las AMM se entrenan para un combate ¿pero de qué tipo? Es una competencia con un ganador y un perdedor, pero no un enfrentamiento a muerte o que tenga la intención de lastimar o incapacitar al contrincante. Hay un adversario, no un enemigo. Todo el entrenamiento y práctica por fuera del combate en sí se piensan en relación a una competencia, la cual es como una batalla simulada. Recurrentemente escuchamos a los luchadores compararse con los gladiadores del circo romano, pero a diferencia de estos últimos, en las AMM, ambos competidores (y esa es la idea) salen vivos de la jaula. En estas afirmaciones descubrimos que los combates pretenden ser un espectáculo vistoso, como en el circo romano. Lo vistoso no implica la destrucción del adversario. Por el contrario, hay una severa condena moral para aquellos que pasan el límite y buscan realmente lastimar a un contrincante.

Los contrincantes están deseosos de participar en un combate donde se respete la vida y la integridad física del adversario. No se busca su destrucción. Así, se regula la aplicación de la violencia. Hay una búsqueda de una violencia espectacular que se consigue justamente en la regulación de la violencia.

2

Vayamos a practicar karate. Si comparamos un entrenamiento de AMM con una práctica en un dojo de karate vamos a encontrar muchas diferencias. Si analizamos esta práctica tal como hicimos con el caso anterior, nos vamos a encontrar que la orientación al combate es distinta. Si bien los practicantes de karate compiten y entrenan para competir, el sentido de su arte, al menos desde la perspectiva del practicante, es entrenarse para el combate "real". Es decir, el karateca entrena pensando que su arte está hecho para afrontar una situación de enfrentamiento no voluntario y con riesgo real para su vida o integridad. Aquí se entrena para un enfrentamiento con enemigos y no con rivales. Poco importa para nuestra reflexión si realmente las técnicas entrenadas le serían útiles en tales circunstancias, o si el entrenamiento lo prepara para esa situación, lo que nos interesa es que este es su objetivo último. Por tal motivo, no está simulando, está convencido de que el propósito de su práctica es ser eficiente enfrentando la violencia "real".

Si nos acompañan a un torneo de karate observaremos que allí hay una puesta en escena de aquello que podríamos llamar *ethos* marcial. En los torneos se observa el deseo de preservación de una tradición exhibiendo una comunidad de practicantes cerrada y jerárquica, que regula vigorosamente el uso de la violencia. Años luz de ser un espectáculo de la sangre, de la muerte y de las heridas. Se exhibe a través de la "filosofía" propia del arte: el perfeccionamiento técnico y la precisión en la práctica. Pero los torneos no son el objetivo del entrenamiento, son parte del mismo. Alejandro, un practicante avanzado de reconocida trayectoria, nos comentó en una entrevista que las técnicas del arte no se pueden casi entrenar de forma realista y mucho menos aplicar a una competencia. Así presentado, el karate deportivo es la práctica de los que todavía no tienen el saber real ni el estatus suficiente para aprenderlo. Si bien solo algunos alcanzan ese punto, la mayoría entrena para lograr ese fin.

En el karate se busca una regulación de las emociones, no una excitación desenfrenada, sino la capacidad de poder mantener la mente fría. En lo que respecta a la violencia, hay una regulación de la misma, es decir, no es lícito aplicarla libremente. El freno a la violencia no es parte de las reglas o normas internas sino que es más bien de índole moral. Ejercer la violencia va en contra del *ethos*, pero si es legítima la ocasión, puede no tener

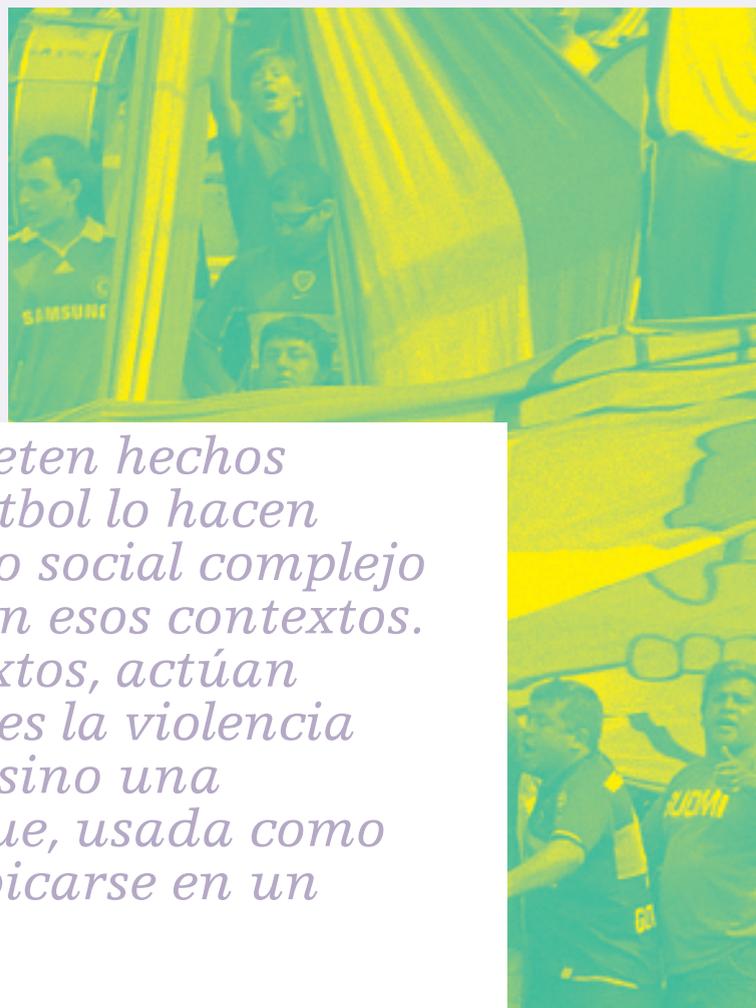
límites. Dicen que un karateca no debería ejercer la violencia porque sí, pero si la situación lo requiere puede utilizar la fuerza letal. Por ello, el freno para con la violencia se alcanza por un proceso de reflexión interior, cuando el practicante toma conciencia de las consecuencias posibles de su saber: “Es como llevar un arma”, nos decía Alejandro, y agregaba que quien enseña el arte “está enseñando a matar”, se regula. No cualquiera está preparado para tener ese conocimiento y mucho menos para enseñarlo, se requiere de una persona con un importante nivel de autocontrol y reflexión.

Hasta aquí entendemos que el entrenamiento del karate se forma en una fuerte regulación de la violencia que tiene como fin último de la práctica el uso, tal vez letal, de las técnicas aprendidas.

3

Dejemos por un rato a los deportistas y observemos el accionar de algunos espectadores. Los miembros de las “barras bravas” en la Argentina lucen como luchadores. Además, anhelan ser así definidos. No son simples espectadores de un evento deportivo. Las prácticas distintivas, aquellas que los definen, tienen que ver con piñas, patadas y pedradas. Imágenes recurrentes de enfrentamientos corporales, de heridos y hasta muertos, en furibundas trifulcas. Pelear, afrontar con valentía y coraje una lucha corporal, es para ellos prueba de pertenencia grupal y señal positiva. Cuantiosas explicaciones de la violencia en el fútbol se sustentan en la incapacidad de controlar y regular las violencias por parte de este grupo de espectadores. Sin embargo, las acciones violentas de los “barras” están sobradamente reguladas y contenidas en valores grupalmente acep-

Los actores sociales que cometen hechos violentos en el mundo del fútbol lo hacen como parte de un entramado social complejo que legitima esas acciones, en esos contextos. Estos actores, en otros contextos, actúan de otras formas, es decir, no es la violencia una particularidad natural sino una acción –legítima y válida– que, usada como recurso social, les permite ubicarse en un determinado espacio social.



tados. La participación en enfrentamientos se transforma en una manifestación del honor grupal e individual. Se distingue y confiere un valor relevante a aquellos que luchan y pelean ya sea contra rivales, contra policías o entre ellos mismos. Dos cuestiones remiten directamente a la regulación. Por un lado, queda claro que para los miembros de la “barra” la pelea es con actores que son “del palo”, o sea, con aquellos que comparten valores positivos asociados a la lucha, y es indigno pelearse con espectadores que no son entendidos como pares. Regulación, como toda, que se viola eventualmente, pero que ordena –sin dudas– las lógicas de las peleas. Por otro lado, se configuran normas que dicen qué se puede y qué no en una pelea entre “barras”. La aceptación, en los últimos años, del uso de armas de fuego exhibe los límites y su movilidad en la regulación de la violencia.



Además, la violencia tiene sentidos y significados socialmente instituidos. Las prácticas violentas se usan para comunicar variados aspectos de su cosmovisión, desde la masculinidad hasta la idealización de un modelo de cuerpo, desde la entereza de espíritu hasta la resistencia al dolor como valor ontológico. Es necesario para iluminar estos sentidos mostrar cómo la violencia se usa según diferentes situaciones, esquivando así cualquier noción que aproxime estas prácticas al reino de lo irracional. En una oportunidad, cuando realizábamos trabajo de campo entre “barras”, notamos algo que nos llamó poderosamente la atención. Estos dicen siempre estar dispuestos a la pelea, pero un día ante mi sorpresa la “barra” de Huracán decidió no enfrentarse contra sus pares de Chicago. Estos últimos habían tirado un portón que dividía ambas parcialidades y, separados por una reja, invitaban a los de Huracán a pelear. La invitación nunca fue aceptada. Desde que empecé el trabajo de campo había escuchado a los miembros decir que no temían a los rivales y que nunca rehuían un enfrentamiento. Los miembros de la “barra” de Huracán los esperaron sin tirarles piedras y sin intentar tirar la reja que los separaba. Al otro día me encontré con varios miembros de la “barras” y los satiricé diciéndoles que habían tenido miedo. Entre risas, todos dieron distintos argumentos para justificar su pasividad. Dijeron que los “barras” de Chicago, al ser locales, estaban moralmente obligados a ir a buscarlos y ellos por ser visitantes a esperarlos. Según este relato, los integrantes de la “barra” de Chicago “tenían que romper la reja”. Otros me contaron que la reacción de Huracán podía terminar con una quita de puntos que perjudicaría la lucha del equipo en el torneo de fútbol. Y un tercero, con un tono intimista, me dijo: “¿Viste cuántos eran?”, dando a entender que la superioridad en número del rival hacía de la reacción de los miembros de la “barra” de Huracán una derrota segura. Los tres argumentos exhiben formas de regulación de la violencia, que tira por tierra cualquier noción de irracionalidad.

Una cuestión más ilumina la regulación de las violencias. Los actores sociales que cometen hechos violentos en el mundo del fútbol lo hacen como parte de un entramado social complejo que legitima esas acciones, en esos contextos. Estos actores, en otros contextos, actúan de otras formas, es decir, no es la violencia una particularidad natural sino una acción –legítima y válida– que, usada como recurso social, les permite ubicarse en un determinado espacio social. Recordamos, por su claridad, el caso de un miembro de la *hinchada* que los sábados hacía de la violencia en los estadios su carta de presentación formal y los domingos era parte de una agrupación católica como los *boy scout*. Por otro lado, las canciones, gritos e insultos son puestas en escena por las “barras” y por muchos espectadores mostrando una emocionalidad controlada, que finge batallas y juegan el juego del “como si”.

Los deportes, tanto para sus practicantes como para sus espectadores, son espacios donde las emociones pueden aflorar y, al mismo tiempo, escenarios en donde se instaura y transmite una regulación para con ellas. Los deportes tienen la lógica de la batalla fingida.

4

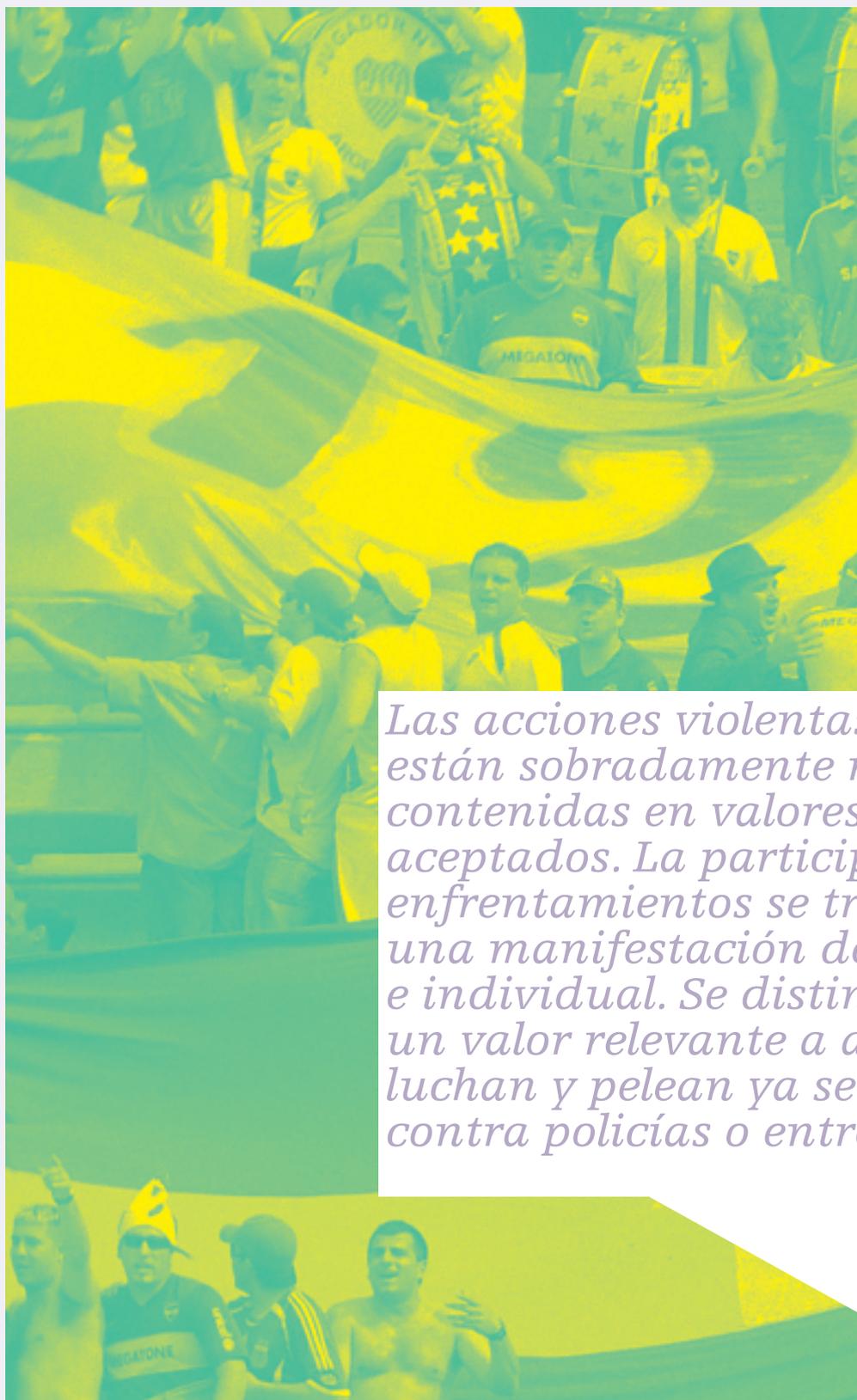
Hemos observado en los tres casos presentados cómo se toleran formas violentas inhibidas en otros órdenes sociales y, al mismo tiempo, eficazmente se regulan otras. Las violencias reguladas se modificaron y emergen nuevas formas. Los luchadores, en los tres casos analizados, participan de espacios donde se estipula qué se puede hacer y qué no. Así, los participantes de estos clubes de la pelea luchan y combaten. En algunas de estas batallas lo fingido tiene cabida, pero en otras no.

Norbert Elias señalaba que la regulación sobre la violencia fue el resultado de la articulación de modificaciones en las estructuras sociales y políticas con las mutaciones en la estructura psíquica que moviliza las formas de comportamiento. En determinado momento se modificaron valores sociales definiendo prácticas que antes eran comunes como vergonzantes, metamorfosis institucional que en el plano psicogenético creó nuevas y diferentes formas de vergüenza. Ahora bien, observamos en los últimos tiempos una modificación de las actividades donde brillan las “batallas fingidas” y podemos, entonces, sostener que se transformaron ciertas formas de violencia en emociones posibles de ser mostradas.

Tal vez, podríamos recorrer otros caminos analíticos –posibles de trazar entre los “barras” pero no para los practicantes de AMM– y proponer que en los últimos años se modificaron las reglas sociales y ya no se buscan “batallas fingidas”. Nuevos

deportes y juegos, espectadores que no son espectadores, señalan la existencia de nuevos escenarios donde los actores no se conforman con hacer cómo y buscan emociones aún más desreguladas. El placer de las “batallas fingidas” propias de la modernidad y el control de las emociones no han desaparecido pero coexisten con otras actividades. Antaño se sumergía a los actores en figuraciones que rompían con la rutina al incluirlos en actividades reguladas donde se experimentaba el riesgo, la ansiedad y tensiones varias. Riesgo, ansiedad y tensiones controladas. Ahora nos encontramos ante nuevas actividades, donde el autocontrol juega el juego de la incertidumbre vital. Una regulación de la violencia pero que ya no finge las batallas sino que las anhela.

O podríamos afirmar que no existe una nueva trama de interacciones sino que existe una superposición de “batallas fingidas” y batallas reales. Solapamiento posible de observar en los actores que según los contextos y las interacciones juegan juegos distintos y diferentes. Las violencias reguladas difícil de concebirlas como batallas fingidas son ahora más visibles, espectacularizadas. Además, podríamos descubrir diálogos continuos entre mundos diferentes que conviven en las tramas relacionales de los actores, y encontrar un miembro de la “barra” que es karateca o que participa de cualquiera de los otros “clubes de la pelea”, exhibiendo diferentes regulaciones para con la violencia.



Las acciones violentas de los “barras” están sobradamente reguladas y contenidas en valores grupalmente aceptados. La participación en enfrentamientos se transforma en una manifestación del honor grupal e individual. Se distingue y confiere un valor relevante a aquellos que luchan y pelean ya sea contra rivales, contra policías o entre ellos mismos.

vocesenelfenix.com